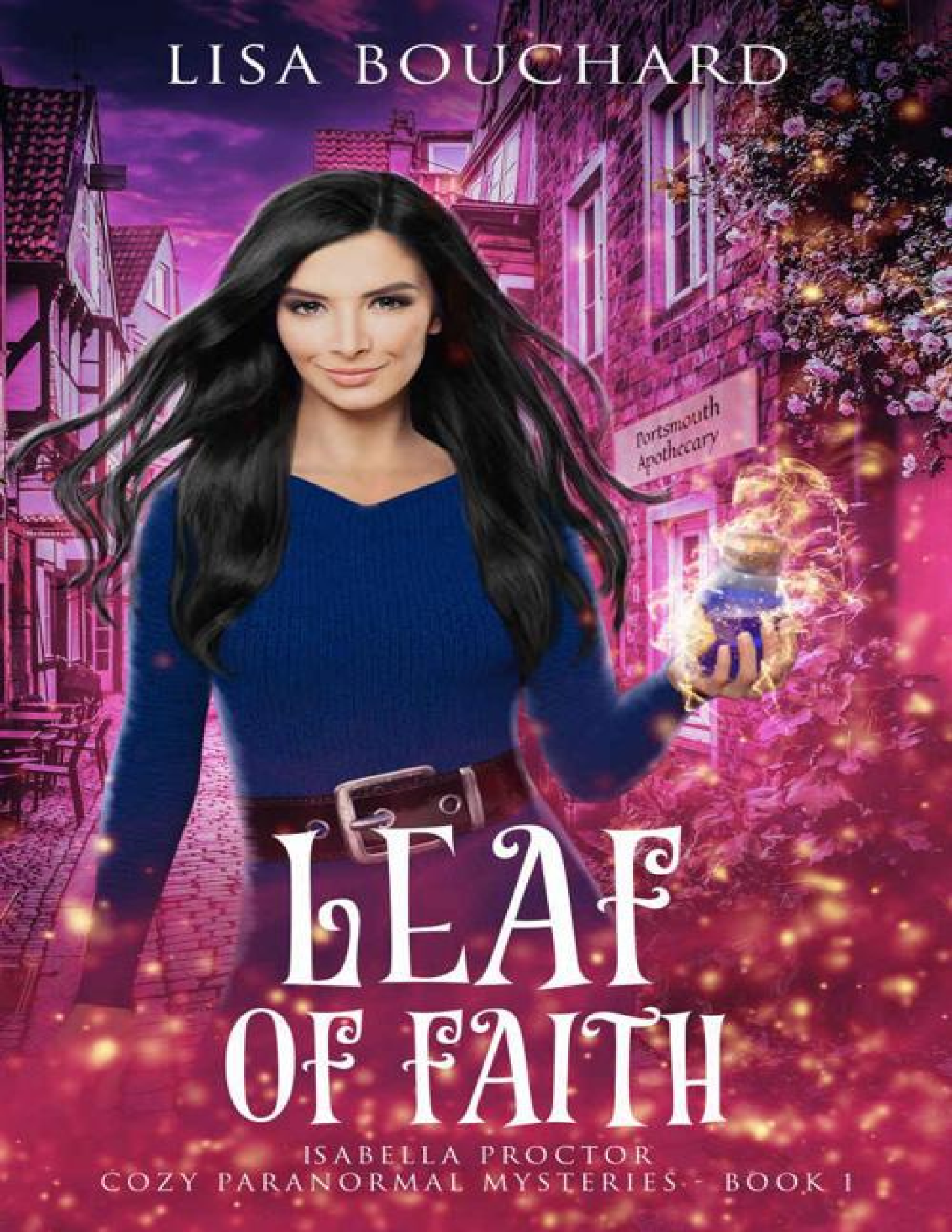




LISA BOUCHARD

LEAF OF FAITH

ISABELLA PROCTOR
COZY PARANORMAL MYSTERIES - BOOK 1



Hoja de Fe

Misterios paranormales acogedores de Isabella Proctor

Libro 1

Lisa Bouchard

Copyright 2021 por Lisa Bouchard

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Editora: Kathryn Barnsley, KRB Editorial

Diseñadora de portada: Karen Dimmick, Arcane Covers

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otra manera, sin el permiso por escrito de la editorial.

<https://LisaBouchard.com>

Contents

<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>

ACERCA DE ESTE LIBRO

Isabella Proctor, una aspirante a bruja de pociones, sueña con una vida normal alejada de la magia. Pero cuando tropieza con el cuerpo sin vida de su mentora, su mundo da un vuelco y una vida sencilla parece estar fuera de su alcance.

De repente, enredada en una investigación de asesinato, Isabella se encuentra como la principal sospechosa a los ojos del recién llegado detective Palmer. Haciendo malabares entre una botica en decadencia, una abuela que ve personas que no están allí y un departamento de policía sin experiencia en resolver asesinatos, Isabella debe usar su ingenio y magia para limpiar su nombre.

Con el peligro acechando en cada esquina y su libertad en juego, ¿podrá Isabella salvar la botica, descubrir la verdad y finalmente abrazar la vida que siempre ha deseado? La lealtad y el dominio mágico de la familia Proctor son puestos a prueba en esta emocionante historia de misterio, magia y caos. ¡Agárrate fuerte mientras Isabella te lleva en un viaje salvaje y encantador!

Capítulo 1



Ser bruja no era algo de lo que hablaríamos con los clientes. Han pasado más de cuatrocientos años desde que mi antepasada Elizabeth Proctor fue condenada por brujería, y el miedo a ser descubiertas aún perduraba. Por eso, en apariencia, las brujas de Portsmouth parecían personas normales. Bueno, quizás no normales. Tal vez inofensivamente excéntricas.

Tomemos mi caso, por ejemplo: parecía cualquier otra dependiente de veintiún años con dos trabajos tratando de salir adelante por su cuenta. Medía un metro setenta, tenía el pelo negro, los ojos de un azul oscuro y rasgos que, para mí, parecían demasiado grandes para mi cara. Mi mejor amiga, Abby, decía que era glamurosa, pero yo pensaba que era más bien un patito feo. Abby siempre ha sido la guapa, con rasgos delicados, cabello dorado brillante y el tipo de gracia y presencia física que resultan de más de una década de clases de baile.

Tal vez no habría destacado entre la multitud, pero era una de las pocas brujas de pociones en New Hampshire.

Agarré el ornamentado pomo de latón y abrí la puerta de la Botica de Portsmouth. La tienda siempre olía al té del día, y hoy era de escaramujo e hibisco. Cerré la puerta tras de mí y me tomé un momento para examinar la sala de ventas. Los frascos de hierbas que se alineaban en el lado derecho de la tienda estaban casi vacíos a pesar de las existencias que guardábamos en la sala de preparación, el expositor de velas en el centro de la sala necesitaba ser rellenado, y varios de los souvenirs turísticos frente al gran ventanal habían sido derribados de la mesa.

Rápidamente me dirigí a la oficina del fondo donde colgué mi abrigo y me recogí el pelo en un moño. Me encantaba esta tienda y usar mis talentos como bruja de pociones para ayudar a la gente —humanos y brujas— aunque los humanos no se dieran cuenta de que la magia estaba involucrada.

Una vez que regresé a la sala principal, miré a Trina Bassett, mi jefa. Tenía los labios apretados por la frustración y su ojo izquierdo temblaba. Estaba ocupada ayudando a la señora Williams con un pedido. La señora Williams tenía setenta años, pero se vestía y actuaba como si tuviera al menos dos décadas menos. Era extremadamente exigente y elegía cada brote de lavanda y manzanilla para su mezcla de té. Tardaba una eternidad en completar su pedido cada semana. Por la forma en que Trina mantenía su cuerpo bajo y redondo rígido, pude notar que estaba casi al límite de su paciencia.

—Buenos días, Isabella —me llamó Trina mientras sacaba un frasco de lavanda de su lugar en el estante y se lo mostraba a la señora Williams.

Le sonreí, esperando que leyera mi aliento.

—Buenos días, Trina. Buenos días, señora Williams.

La señora Williams señaló con un dedo huesudo varios brotes de lavanda y Trina los sacó delicadamente con unas pinzas. Normalmente, usamos un cucharón para sacar las hierbas de sus frascos, pero no para la señora Williams. Medio kilo de té podía tardar una hora en prepararse para ella.

Las nubes se despejaron y el sol inundó la ventana delantera. La luz se reflejaba en las paredes amarillo pálido, bañando la tienda con un cálido resplandor. Marzo en New Hampshire era casi siempre gris, pero estos momentos de sol nos recordaban que venía un mejor clima. Un destello de luz solar rebotando en un fragmento de vidrio roto cerca de los frascos de hierbas llamó mi atención. Quería preguntarle a Trina qué había pasado hoy para que la tienda estuviera tan desordenada, pero eso tendría que esperar hasta que la señora Williams se fuera. Agarré la escoba y el recogedor del armario junto a la puerta trasera. Mientras cerraba la puerta del armario, la señora Williams alzó la voz.

—No me importa lo que pienses, Trina, sabes lo que hay que hacer, y espero que lo resuelvas para esta noche. No me haré responsable si no lo haces.

No queriendo entrometerme, me quedé en el mostrador de la caja al fondo de la sala. Una vez que la señora Williams se fue, barrí el vidrio mientras Trina reponía los frascos de flores que había estado usando.

—¿De qué iba todo eso? —pregunté.

—No es nada de qué preocuparse, querida —dijo. Su mueca me decía lo contrario. Había sido aprendiz de Trina durante alrededor de un año, y ella no ocultaba su preocupación tan bien como creía.

Continué barriendo y encontré más fragmentos de vidrio y raíz de dong quai cortada. Tomé el recipiente de dong quai del mostrador para inspeccionarlo. Había sido reemplazado por uno de los nuevos frascos más anchos que Trina había estado cambiando poco a poco. ¿Por qué se había roto el frasco viejo y, más importante aún, por qué Trina no lo había limpiado completamente?

Antes de que pudiera preguntar, Trina me entregó un vial de vidrio.

—Tu ceremonia de investidura es pronto, ¿verdad?

—Es la semana que viene. ¿Vendrás?

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Trina.

La investidura era el momento, una vez cada siete años, en que una bruja elegía en qué enfocaría su trabajo y estudio. Mis primas Thea y Delia y yo elegiríamos nuestro primer enfoque no principiante. Yo planeaba elegir pociones, y no sabía qué elegirían Thea o Delia.

—En ese caso, es hora de una prueba. Yo terminaré de ordenar. Tienes media hora para decirme los ocho componentes de esta poción.

Me aparté el pelo de la cara y llevé el vial conmigo a mi pequeña encimera en la sala de preparación, frente a la oficina. La pequeña habitación tenía dos encimeras, dos sillas y todo nuestro stock adicional en estanterías que cubrían tres de los lados. Manteníamos las luces tenues porque allí almacenábamos ingredientes fotosensibles.

A diferencia de la zona de ventas, la sala de preparación olía a verde y a tierra. Me senté en mi silla, cerré los ojos y me concentré. Había un método estándar para determinar los ingredientes de las pociones, y siempre que siguiera todos los pasos en el tiempo asignado,

debería poder pasar la prueba. Podría lanzar un hechizo para determinar los ingredientes, pero Trina era anticuada y quería que aprendiera los métodos no mágicos que podría usar frente a los clientes. Las dos primeras pruebas eran simples: olfato y vista. Destapé el corcho e inmediatamente olí el pungente aceite de jengibre. Vertí la poción en un cuenco y reconocí el brillo del polvo de perla. ¿Era esta una poción de longevidad?

Antes de pasar al siguiente paso, Trina abrió la puerta.

—Tu madre llamó y dijo que necesita que la llames inmediatamente.

Estaba concentrada en mi prueba y no había oído sonar el teléfono. Me froté la frente. Cada vez que mi madre tenía algo que quería decirme, era urgente, al menos para ella. No quería interrumpir mi prueba por algo que podía esperar otros veinticinco minutos.

—¿Le dijiste que estaba ocupada?

—No, no se lo dije. Llámala, y si necesitas unos minutos más para terminar, los tendrás. Estaré en la oficina si me necesitas.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué.

—Hola, mamá. Estoy en medio de una prueba. ¿Qué pasa?

—Hola, cariño, sé que dije que no te molestaría cuando te mudaras. Han pasado semanas desde que te vimos, y te echamos de menos —dijo con voz temblorosa.

Repasé mentalmente los seis meses desde que me había mudado y me di cuenta de que tenía razón. Había planeado una retirada gradual de la vida familiar diaria cuando me mudé de casa para hacer la separación más fácil para todos. Era la primera persona en dos generaciones en mudarse a un apartamento, y mi abuela, mi madre y mis tías estaban todas tristes por mi elección.

—Lo siento. He estado increíblemente ocupada y para cuando me acuerdo de llamar, es demasiado tarde.

—Necesito que vengas a cenar esta noche. Estoy preocupada por tu abuela. Su salud ha empeorado y no podemos averiguar qué le pasa —dijo con más angustia en su voz de la que había oído en mucho tiempo.

Se me encogió el corazón. La abuela tenía setenta y siete años, y aunque las brujas pueden vivir el doble de eso, no estaba garantizado.

—Claro, puedo ir a cenar, pero ¿cómo puedo ayudar?

—Tu abuela te escucha, y quiero que la convenzas de que vea a un médico. ¿Puedes pedirle a Trina que venga a echarle un vistazo también?

La abuela era tericamente independiente, pensando que sabía suficiente magia herbal para mantenerse viva casi para siempre. Empezó a escuchar mis consejos solo cuando me convertí en aprendiz de Trina.

—No estoy segura de que me escuche, pero lo intentaré.

—Bien. La cena es a las seis. No llegues tarde.

Colgué y me volví hacia mi poción, tratando de apartar de mi mente la preocupación por la abuela.

—¿Está todo bien? —preguntó Trina desde la puerta.

Levanté la mirada hacia ella, esforzándome por no llorar.

—La abuela no está bien, y mi madre y mis tías no pueden averiguar qué le pasa. Quieren que la convenza de ir al médico.

Trina negó con la cabeza.

—Tu abuela nunca ha visto a un médico en su vida, dudo que empiece a ir ahora.

—¿Puedes venir a hablar con ella esta noche?

—No puedo. Tengo a alguien que viene a la tienda después del cierre. Tengo otra idea. Deja el vial de prueba aquí y vamos al invernadero.

Seguí a Trina por la puerta trasera y me ceñí el cárdigan negro contra el frío aire de marzo. Los arbustos de rosas y enebro plantados junto al invernadero susurraban con el viento. Nuestros pies crujían en el camino de grava que finalmente estaba libre de nieve.

El invernadero era un pequeño edificio acristalado que había construido en el patio compartido detrás de la botica y que proporcionaba la mayoría de las hierbas y flores que necesitábamos. Las estanterías del suelo al techo estaban llenas de plantas raras y comunes que usábamos en nuestras tinturas, vendíamos como productos secos o molíamos en polvo. Entré y respiré profundamente. El aire rico en oxígeno, embriagador con el aroma de las rosas y la equinácea de floración temprana, me animó. Las flores brillantes contrastaban fuertemente con la nieve gris y sucia apilada a lo largo de los bordes del patio e insinuaban el cambio de estación que todos anhelaban al final del invierno.

Había aprendido mucho sobre jardinería de mi abuelo cuando era más joven, y usaba sus lecciones para mantener prósperas las plantas del invernadero. El abuelo y yo pasábamos nuestros fines de semana todo el año trabajando en los jardines familiares: de alimentos, de flores, conmemorativos y medicinales. Si no estábamos fuera trabajando en ellos durante los meses cálidos, estábamos junto a la chimenea en invierno, planificando cambios y adiciones, o comenzando semillas a principios de primavera.

Trina cerró la puerta.

—Es hora de que empieces a usar tus poderes para preparar pociones. Has aprendido lo que hará cada una de estas plantas. Ahora necesitas combinar esa información con lo que sabes sobre otras personas para formar una cura efectiva. Has estado perfeccionando tu intuición durante el último año, y es hora de usarla.

La miré boquiabierto.

—¿Quieres que adivine?

Puso su mano en mi hombro y lo apretó para tranquilizarme.

—No, quiero que pienses en alguien cercano, alguien que te importe, y luego dejes que tu instinto te guíe.

Nos quedamos en silencio un momento mientras yo pensaba.

—¿A quién has elegido?

—A la abuela —dije.

Trina sonrió.

—Pensé que la elegirías. Usa tu intuición y escoge entre tintura, té o bálsamo.

—Tintura, porque será más fácil añadirla a su comida —dije.

—Ten cuidado, dar cualquier asistencia médica a alguien sin su permiso es el primer paso para hacerle daño a esa persona y a ti mismo.

—Lo sé. —Era más profundo que eso. Usar magia en personas no mágicas era casi universalmente mal visto. Las pociones curativas eran una de las pocas excepciones, pero incluso entonces, la persona tenía que conocer los ingredientes que estaba comprando. No había excepción cuando la persona tratada era una bruja.

—Cierra los ojos y concéntrate en tu abuela. Una vez que la tengas en mente, permite que tu intuición te guíe hacia las plantas que necesita. Cuando hayas identificado cada una, entraremos y harás la tintura.

Me mordí el labio y cerré los ojos. Una vez que tuve a la abuela firmemente en mente, el limonero, el arbusto de romero y el pequeño arbusto de enebro fuera del invernadero tomaron su

lugar en mi visión. Abrí los ojos.

—Limón, enebro y romero.

Trina asintió.

—De acuerdo, recoge un poco de cada uno y reúnete conmigo dentro.

Cuando regresé a la sala de preparación, puse los ingredientes de la tintura en mi mesa y miré hacia la oficina, donde Trina estaba de espaldas a mí hablando por su teléfono móvil.

Sus hombros se tensaron.

—¿De dónde crees que voy a sacar esa cantidad de dinero?

Un hombre gritaba al otro lado de la línea, pero no reconocí su voz. Podría haber sido cualquiera, porque el teléfono hacía que su voz sonara metálica.

—No me importa de dónde lo saques, ni lo que tengas que hacer para conseguirlo. Voy hoy y no querrás decepcionarme.

Capítulo 2



Trina colgó el teléfono de golpe sobre su escritorio sin decir una palabra más.

Toqué en el marco de la puerta de la oficina.

—¿Estás bien?

Trina se volvió hacia mí, parpadeando para contener las lágrimas.

—Estoy bien. O al menos lo estaré, una vez que lo arregle todo con él.

Sonreí y dije que de acuerdo, pero no le creí. Su labio inferior temblaba y se forzó a sonreírme.

—Hablemos de algo importante. Explícame por qué tu abuela necesita esto —dijo Trina.

—El limón fortalecerá su sangre, el enebro aumentará su apetito y el romero ayudará a despejar la neblina mental.

—Esto es bueno para cualquier mujer de su edad, y si resuelve el problema, entonces no hay nada grave con ella. —Se sentó en el borde de su escritorio y suspiró—. El problema es lograr que lo tome. ¿Crees que lo tomará porque tú se lo pides? ¿O tendrás que convencerla?

—Pensé en decirle que era parte de mi tarea y que tú lo habías aprobado. Quizás así tenga más fe en ello.

—Considera la mejor manera de abordarla mientras preparas tus ingredientes. No te preocupes por el examen. Puedes terminarlo mañana.

Después de media hora preparando la poción, pasé la mano sobre el frasco lleno y susurré mi intención: "Restaura la salud de la abuela".

Cualquiera podía hacer una poción siguiendo un libro, pero era la intención mágica que una bruja añadía al final del proceso lo que le daba verdadera potencia.

Llevé la poción a Trina para que la revisara. Ella lanzó un sutil hechizo con un movimiento de su dedo para comprobar mi poción.

—Enebro, limón, romero. Buen trabajo. Tu intención también es fuerte. Dile a tu abuela que yo dije que sería una tontería no tomarla. Puede que necesite más de una dosis, repartida en varios días, antes de estar bien de nuevo. Pero si empeora, deja de dársela inmediatamente. —Me entregó el frasco y cogió un sobre de su escritorio—. Vigila la tienda mientras voy a echar esto al buzón.

Me guardé el frasco en el bolsillo. No teníamos clientes, así que llevé los frascos de

lavanda y manzanilla a la sala de preparación para rellenarlos. Estaba a mitad de camino cuando sonó la alarma de mi teléfono. Era hora de irme a mi segundo trabajo, el que pagaba mis facturas.

Aunque aprendía mucho de Trina, ser su aprendiz no me pagaba. Tenía que trabajar treinta horas a la semana en mi segundo empleo, como personal de mostrador en El Café de la Tarta Elegante. No era el peor trabajo del mundo, y Bethany Swift, la dueña, era razonable como jefa. Algún día, sin embargo, quería tener mi propia tienda de pociones.

Podrías pensar que no tendría preocupaciones siendo una bruja, porque podría crear mi propia suerte, conjurar todo el dinero que necesitara y crear pociones de amor para atraer a quien quisiera. La brujería que practicaba mi familia no era así.

Seguíamos algunas reglas estrictas, porque había grandes consecuencias si las rompías. Por las historias de terror que escuché de niña, sabía que nunca, jamás usaría la magia para beneficio personal, porque el precio era demasiado alto. ¿Has oído el estereotipo de las viejas brujas feas? Esas eran brujas que usaban su poder por razones egoístas.

Cogí mi abrigo y miré por la ventana. No quería dejar la tienda hasta que ella volviera, pero tampoco quería llegar tarde al trabajo. Cerré los ojos y relajé la tensión de mi mandíbula. Trina volvería en cualquier momento y el café estaba solo a un par de manzanas.

Las campanillas de la puerta sonaron y abrí los ojos.

—Lo siento, me quedé atrapada hablando con Caroline y no pude escabullirme. ¿Nos vemos mañana? —dijo Trina.

Sonreí. Caroline Arneson arruinaría el día de cualquiera. Quería el espacio de la botica para expandir su propia tienda de souvenirs, pero Trina se negaba rotundamente a mudarse.

—Sí. Estaré aquí antes de las diez. ¿Quieres que traiga café?

Trina dijo que no al café y me recordó una vez más que nunca lanzamos hechizos ni tratamos a otra persona sin permiso. Estuve de acuerdo, pero pensé que sonaba más como si estuviera a punto de convertirme en Darth Vader cuando todo lo que quería era darle un poco más de energía a la abuela.

Caminé las dos cuadras hasta The Fancy Tart, intentando no mirar cada escaparate lleno de nueva mercancía primaveral. Me encantaba el encanto de ladrillo de Market Street y su ambiente turístico, pero hoy no tenía tiempo para mirar escaparates. Cuando no iba con prisa, me encantaba mirar hacia arriba a los edificios de cinco pisos que rodeaban Market Square y soñar con ser propietaria de uno de los apartamentos que albergaban los pisos superiores. La variedad de tiendas en la plaza prácticamente garantizaba que nunca tendría que salir de la zona por nada que pudiera necesitar. No tenía coche y nunca lo necesitaría aquí en Portsmouth. Abrí la puerta de la cocina de la panadería y fiché con dos minutos de retraso.

Guardé mis cosas en mi taquilla y me paré frente al horno de dos metros de altura que estaba horneando panes de centeno y de pumpernickel. Extendí las manos, calentándolas después del frío paseo desde la botica.

Bethany, mi jefa, se giró desde los papeles en su escritorio en la esquina de la cocina y se apartó un mechón de cabello gris rizado de la cara. Tenía harina en su nariz puntiaguda y una sonrisa en sus labios anchos. —Isabella, hola. ¿Ya son las dos?

—Sí. ¿En qué quieres que me centre hoy? —Algunos días había proyectos especiales que quería que hiciera, y otros atendía a los clientes, así que siempre preguntaba primero.

—Hemos estado ocupados hoy. Empieza atendiendo a los clientes.

—Entendido.

Caminé por la cocina, serpenteando entre las mesas metálicas que los panaderos usaban para amasar. Estaba tranquilo, porque las tres grandes mezcladoras de suelo situadas contra la

pared del fondo estaban apagadas. Saludé al panadero de la tarde, Andrew. Andrew era el hermano menor de Bethany, y a sus sesenta y ocho años, todavía tenía suficiente energía para avergonzarme. —Hola, Isabella. ¿Cómo va todo?

—No muy mal. ¿Qué hay bueno hoy?

Sonrió. —Todo está bueno. El último lote de croissants está excepcionalmente hojaldrado, así que te sugiero esos.

Se me hizo la boca agua de anticipación. Si quedaba alguno para cuando tomara un descanso, compartiría uno con Abby.

Al atravesar las puertas de vaivén que separaban la parte delantera de la tienda de la cocina, me sorprendió ver una fila de clientes serpenteando por la tienda y terminando en la puerta. Las vitrinas de cristal de la panadería se estaban quedando sin productos, pero lo que había estaba ordenadamente dispuesto. Estudiantes que necesitaban su dosis de cafeína de media tarde ocupaban todas las mesas de roble.

Miré hacia la pizarra colgada detrás del sistema de punto de venta para ver las especialidades. Nos habíamos quedado sin té de lavanda y miel, pero el café de cardamomo y rosa todavía estaba disponible.

La siguiente persona en la fila llamó mi atención. Era Chuck Mitchell, nuestro vecino de abajo. Normalmente intentaba maniobrar para que Abby Allen, mi mejor amiga desde el jardín de infancia, le atendiera.

—Puedo atenderte aquí, Chuck —dije con mi sonrisa más brillante. Chuck era algo guapo, si te gustaban las barbas de cuello y el pelo que perpetuamente necesitaba ser peinado. Desafortunadamente para Chuck, Abby prefería el tipo atlético y bien arreglado. Su preferencia no impedía que Chuck la invitara a salir al menos una vez a la semana, sin embargo.

—Hola, Belle —dijo con una sonrisa burlona.

Que me llamaran Belle, Bella o cualquier cosa que no fuera mi nombre real me molestaba enormemente. Él lo sabía, y le gustaba verme hacer una mueca cada vez que hacía esta jugarreta. Sorprendentemente, no se había dado cuenta de que antagonizar con la mejor amiga de tu amor platónico no era la manera de ganar su corazón.

—No soy una princesa de Disney —murmuré, antes de decir más alto—: ¿Qué vas a tomar?

—Tomaré lo de siempre, princesa.

Su "de siempre" era un moca caliente grande con ocho cremas y cuatro azúcares. Sí, eso eran cuatro azúcares después del jarabe de chocolate endulzado. Juraba que algún día iba a sufrir una sobrecarga de azúcar solo por hacer este café. Preparé su bebida, cogí el muffin de chocolate menos atractivo de la vitrina y le entregué su pedido.

Ahora, cuando dije el muffin menos atractivo, no quería decir que fuera malo; Bethany no permitiría eso. Era un poco más pequeño y tenía menos chispas que los otros. ¿Era mezquino hacer esto? Sostengo que era mucho menos mezquino que su continuo llamarme Belle; se lo había ganado.

Le cobré y fruncí el ceño a su espalda mientras se alejaba, porque siempre dejaba un billete de cinco dólares en el bote de propinas de Abby, sin importar quién le atendiera. Tan pronto como se fue, ella sacó el billete de su bote y lo puso en el mío.

Mi siguiente clienta era otra habitual, aunque apenas sabía nada de ella más que su nombre. Hoy, Agatha vestía un traje como si estuviera en un descanso del trabajo, a pesar de que le costaba mantener un empleo. Su cabello castaño estaba recogido en un moño sujeto por dos lápices, y me alegré de ver que llevaba zapatos a juego. Lamentablemente, eso no siempre

ocurría. Estaba discutiendo con Alice, la voz en su cabeza, y mientras se acercaba al mostrador, parecía que estaba perdiendo la discusión.

—Hola, Agatha, ¿en qué puedo ayudarte?

—Dos scones de suero de leche y dos té de manzanilla. No podemos permitirnos la cafeína a estas horas del día.

—Enseguida. —Saqué los scones de la vitrina de pasteles—. ¿Cómo estáis Alice y tú hoy?

—Ella quiere café de cardamomo y rosa, pero eso la mantendrá despierta toda la noche. Está discutiendo que nunca le dejo divertirse.

Me di la vuelta para preparar las dos tazas de té. Agatha había sido clienta de la botica durante al menos un año, y no estaba segura de que algo que Trina y yo pudiéramos idear la ayudara. Lo más probable es que necesitara ayuda psiquiátrica, pero nunca siguió nuestra sugerencia de llamar a un médico. Le entregué el té y los scones. —Pasa por la botica y habla con Trina. Tal vez tenga algo nuevo para que pruebes.

Antes de darme cuenta, mi turno había terminado y era hora de dirigirme a casa de mi familia. Había estado demasiado ocupada atendiendo a los clientes como para preocuparme por la abuela, pero mientras caminaba por Market Street, sentí una sensación de inquietud que solo había experimentado una vez antes: el día en que asesinaron a mi tía abuela Jem.

Capítulo 3



Me quedé de pie en la entrada de Proctor House, la casa de mi familia, intentando determinar de dónde provenía esa sensación de temor.

Mientras escaneaba las ventanas de la casa colonial azul de tres pisos, nada me llamó la atención excepto que la moldura blanca necesitaría ser repintada este verano. Tanto por afinar mi intuición.

Cerré los ojos y permití que mis sentidos recorrieran todas las habitaciones de la casa, tratando de encontrar algo peligroso, pero no pude precisar la sensación. Quería encontrar algo que arreglar, algo que hiciera que la abuela se mejorara.

El aroma del asado cubierto de ajo de la tía Nadia se escapó tan pronto como abrí la puerta. Se me hizo agua la boca mientras saludaba a mi familia.

La cocina era el centro de la casa para nosotros. La tía Nadia, la tía Lily y mi madre, Michelle —a quienes mis primos y yo llamábamos colectivamente "las tías"— tenían un negocio de catering cuando éramos más jóvenes, y habían ampliado la cocina para acomodar el trabajo extra. Teníamos una estufa de ocho quemadores, tres batidoras de pie y más ollas, sartenes y utensilios de los que usaríamos en tres vidas. Casi siempre se nos podía encontrar sentados en la mesa de la cocina, bebiendo té, riendo, ayudando a la tía Nadia a cocinar o simplemente estando juntos.

Esta noche, las tías y mis primos estaban cocinando en un ballet de movimientos y uso de la estufa. Delia, cuyo cabello rubio tenía las puntas rojas, estaba cortando manzanas. Thea, que no tenía tiempo para las extensas rutinas de belleza que Delia adoraba, tenía su cabello castaño recogido en un moño. Estaba cantando Peel Me a Grape mientras salteaba coles de Bruselas.

La tía Nadia, la madre de Delia, había seguido los pasos de su hija y se había teñido su largo cabello rubio de negro, con la excepción de un mechón blanco en el frente. Empujó a Thea a un lado y abrió la puerta del horno. —El asado estará listo en diez minutos—dijo.

La tía Lily, la más sobria de todas nosotras, prefería su cabello castaño en un bob —sin complicaciones, proclamaba. Estaba machacando las patatas en la mesa de la cocina.

Mi madre, la más hermosa de las tías, al menos para mí, estaba amasando la masa para el pastel de las manzanas que Delia estaba cortando. Sorprendentemente, se usaba poca magia en la cocina, porque a veces una buena herramienta, como el pelador de manzanas rotatorio, era más

fácil de usar que la magia. Machacar patatas, por otro lado, era el lugar perfecto para el hechizo aplastante de la tía Lily.

Mi madre se limpió las manos en el delantal. —Isabella, ni siquiera te oí entrar. —Me envolvió en un gran abrazo y me besó la mejilla.

—¿Dónde está la abuela? —pregunté.

—Junto al fuego en la sala de estar. No ha podido entrar en calor en todo el día —dijo mi madre mientras cogía una taza humeante de té—. ¿Se la llevas por mí?

Tomé la taza y esperé poder convencer a la abuela de que tomara un par de gotas de la poción que había hecho para ella.

En la entrada de la sala de estar, el humo de la chimenea me trajo recuerdos de tostar malvaviscos durante los apagones de invierno. Las pocas llamas del fuego moribundo parpadeaban y apenas iluminaban el hogar de mármol. La abuela había movido su sillón rojo favorito lo más cerca posible de la chimenea. Estaba sentada con un chal envuelto sobre sus hombros encorvados. No se había tomado el tiempo de cepillarse su largo cabello blanco, y no había color en sus mejillas normalmente rosadas.

—Hola abuela —dije—. Te traje un poco de té fresco con miel para calentarte.

Me sonrió. —Es encantador verte, querida. Te extraño cuando no estás aquí todos los días. Siento que están pasando cosas en tu vida y ya no sé cuáles son. Desearía que reconsideraras y volvieras a casa. —Tomó la taza de mi mano y sopló sobre la superficie de la bebida caliente.

Puse tres leños en el fuego y los acomodé con el atizador de hierro forjado. —Preferiría hablar de ti y tu salud.

La abuela levantó una ceja pero no dijo nada.

Me senté en el suelo a los pies de la abuela, sintiendo el calor hundirse en mis dedos fríos. —Hoy Trina me llevó al invernadero y me hizo pensar en una persona. Una vez que tuve a esa persona firmemente en mente, me hizo pensar en todas las plantas del invernadero hasta que algunas me llamaran. —Hice una pausa por un momento, preguntándome si la abuela se reiría de lo gracioso que sonaba. Cuando no lo hizo, continué—. Algunas lo hicieron, y te hice un remedio.

La abuela se burló. —¿Qué podrías hacerme que yo misma no haya hecho ya en algún momento? He hecho prácticamente de todo a lo largo de mi vida, y aunque no soy tan buena como tú, puedo hacer el trabajo.

Miré más allá de ella y estudié el patrón del papel tapiz colonial de reproducción de la habitación mientras reunía mis pensamientos. —La idea era usar mis habilidades para elegir los elementos correctos para ti. —Saqué la pequeña botella de mi bolsillo y se la mostré—. Esto tiene limón, baya de enebro y romero. Lo hice yo misma, bajo la supervisión de Trina.

La abuela tomó la botella. —¿Y tanto tú como Trina dicen que esto será bueno para mí?

Asentí. —Todos estamos preocupados por ti. Estás sentada aquí en la oscuridad, envuelta en un chal en lugar de estar dando órdenes a todos en la cocina. Algo no está bien.

La abuela frunció el ceño.

—Esta es mi tarea también.

—No lo necesito —dijo. Dejó la botella en la mesa junto a su silla, al lado de su té—. Vamos a ver si la cena está lista.

Presionar a la abuela cuando ella dijo que no sería un error. Las tías encontrarían otra oportunidad para que yo lo mencionara durante la cena. Ayudé a la abuela a levantarse de la silla, algo que nunca habría tenido que hacer hace unas semanas. Se agarró de mi brazo y comenzamos

a caminar lentamente hacia la cocina. Me mordí el labio para evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos. La abuela era mi roca, y después de perder al abuelo el año pasado, no estaba lista para otra muerte en la familia.

En el comedor, Delia había encendido otro fuego en la chimenea. Las vivaces llamas parpadeaban y se reflejaban en los apliques sobre el aparador al otro lado de la habitación. Este era el más pequeño de los dos comedores de la casa, y lo llamábamos la Sala Azul por su papel tapiz toile azul. La mesa de cerezo tenía capacidad para ocho personas, y aún dejábamos la cabecera de la mesa vacía en memoria del abuelo.

—Abuela, ven a sentarte aquí junto al fuego —dijo Delia.

La abuela caminó hacia la silla que Delia había retirado para ella. —Suenan encantador, gracias.

Mientras me sentaba a la mesa del comedor, una sensación de plenitud se apoderó de mí que vivir en mi apartamento no me daba. Nada se sentía tan bien como estar rodeada de familia, pero si cedía a esta comodidad y volvía a casa, no pasaría mucho tiempo antes de que me sintiera sobreprotegida y quisiera mudarme de nuevo. Mi deseo de libertad, aunque estar por mi cuenta a veces daba miedo, superaba mi deseo de vivir en casa.

Las tías pasaron las fuentes alrededor de la mesa, y Delia se aseguró de que la abuela tuviera un poco de todo en su plato, aunque sus ojos empezaban a cerrarse.

Thea puso su mano en el hombro de la abuela y le dio una pequeña sacudida. —Abuela, necesitas despertar y comer la cena —dijo.

La abuela resopló. —Saltarse una comida de vez en cuando no me va a matar.

El tenedor de mi madre resonó al caer en su plato. —Madre, ¿cómo puedes decir eso?

—Tranquila, Michelle. No te vas a deshacer de mí tan fácilmente; planeo estar por aquí durante mucho tiempo —dijo la abuela.

Mi madre se secó las lágrimas de los ojos con su servilleta.

—De hecho —continuó la abuela—, Isabella y Trina me prepararon una poción que debería hacerme sentir mucho mejor en unos días. —Se volvió hacia mí—. Ve a buscar la botella y tomaré un poco con la cena. No podemos dejar que tu madre piense que voy a morir cualquier día de estos.

Le di una sonrisa rápida y fui a buscar la botella. —Tres gotas al principio para ver cómo te funciona.

—Es una lástima que Trina no esté aquí —dijo mi madre.

—Tenía un cliente fuera de horario —dijo—. Ella aprobó los ingredientes, y he estado haciendo estas tinturas durante el tiempo suficiente como para que no se preocupe por mi proceso.

—Si ella está segura... —dijo mi madre.

La tía Lily vino en mi rescate. —Dale un respiro a la chica. Ha estado estudiando durante casi un año con Trina, y ha aprendido más de lo que tú o yo sabremos jamás. Si Trina dice que está bien, entonces lo está.

La abuela se puso tres gotas en la boca y tomó un sorbo de agua. —Listo. Ahora ninguna de ustedes tiene que preocuparse.

La abuela se sentó más derecha en su silla, pero sus ojos aún se cerraban por el cansancio.

Al final de la comida, Delia fue a la cocina a sacar el pastel de manzana del horno, y mientras estaba fuera, la tía Lily se sentó de golpe y gimió.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Thea desde el otro lado de la mesa.

—Mantengan a sus hijos cerca. Es peligroso si se alejan.

Capítulo 4



Cuando la tía Lily terminó de hablar, sus hombros se desplomaron y cerró los ojos. Había pasado bastante tiempo desde que la tía Lily había tenido una visión, y yo había olvidado que ocasionalmente las tenía. La última vez que vi una, tenía diez años.

—Ayúdenme a ir a la cama, chicas —susurró la tía Lily. Tener una profecía era agotador, así que la llevamos arriba y la arropamos en su cama. Le di un beso en la frente y le dije que no se preocupara por nada esta noche. Thea se quedó con ella mientras Delia y yo nos íbamos.

De vuelta abajo, Delia y yo nos reunimos con nuestras madres en el comedor.

—¿Dónde está la abuela? —preguntó Delia.

Mi madre se sonó la nariz. —En la sala. Isabella, solo hay una cosa que podría significar esta profecía.

Puse los ojos en blanco. No quería oírla decirme, por millonésima vez, que no era seguro para mí vivir en ningún otro lugar excepto en la Casa Proctor. —Lo sé, mamá. Crees que no es seguro para mí tener un apartamento con Abby. No puedo hacerlo, no soy como tú. No puedo ser feliz si todo lo que conozco es la vida aquí. Necesito estar por mi cuenta un tiempo, vivir mi propia vida, cometer mis propios errores.

—¿Y si esos errores te cuestan la vida? —me espetó.

Claro, eso es lo que parecía decir la profecía, pero nunca eran directas y nunca parecían significar lo que uno pensaba al principio.

—Estás siendo un poco melodramática —dije.

Mi madre apartó su silla de la mesa y se fue furiosa a la sala. La tía Nadia la siguió, tratando de calmarla.

—Si llamas más a menudo, estaría menos alterada —sugirió Delia.

Solté un suspiro. —Lo sé. Y no imagino que sea fácil verte a ti y a Thea aquí todas las noches, pero a mí no.

—No es fácil para ella, pero tú no has hecho nada malo.

—Seguro que no se siente así —dije.

Cuando mi madre y mi tía regresaron al comedor, ambas tenían los ojos enrojecidos. —Delia, ¿por qué no me ayudas a guardar esta tarta? —dijo la tía Nadia.

Delia sonrió con suficiencia. Todas sabíamos que era una excusa para que mamá y yo

tuviéramos un poco de tiempo a solas.

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no estoy enfadada contigo. Me preocupo por ti todo el tiempo. Intentaré controlarlo a partir de ahora —dijo mi madre.

Le di un abrazo. —¿Qué madre no se preocupa por su hija? Prometo que llamaré más a menudo.

La solté y ella me apretó la mano. —Eso estaría bien. ¿Pasarás mañana a ver cómo está la abuela?

—Por supuesto.

—¿Quieres quedarte a tomar el postre?

Negué con la cabeza. —No, gracias. Voy a acostarme temprano.

Me acompañó hasta la puerta de la cocina y me besó en la frente antes de que me fuera.

Por una agradable novedad, no estaba lloviznando. La temperatura había bajado, sin embargo. Caminé las diez manzanas por las aceras de ladrillo de la calle Market hasta mi edificio de apartamentos. Las tiendas estaban todas cerradas, y en lugar de mirar los escaparates, levanté la vista hacia la media luna que iluminaba el cielo nocturno.

Las luces de cinco de los seis apartamentos de mi edificio estaban encendidas cuando llegué. Solo el apartamento del medio en la planta baja estaba oscuro, probablemente porque el Sr. Subramanian, mi casero, había terminado de renovar por el día. Subí las escaleras hasta el segundo piso, pasé el apartamento de la Sra. Thompson y abrí la puerta del apartamento que compartía con Abby. Ella estaba en el sofá de cuero marrón viendo una película con un gran bol de palomitas.

Nuestro apartamento era del tamaño perfecto para nosotras. Dos dormitorios, un baño, una cocina alargada y una sala de estar con un pequeño comedor. Habíamos cubierto la mayor parte de la alfombra color crudo con alfombras de área de patrones brillantes e intentamos conseguir muebles de tiendas de segunda mano que no desentonaran demasiado.

—¿Qué tal la cena? —preguntó Abby.

Me desplomé a su lado en el sofá y me metí una palomita en la boca. Mastiqué y suspiré.

—¿Tan mal? —preguntó.

—Fue más o menos como siempre. Siempre es agradable estar allí, pero odio la presión que recibo a cada momento para que vuelva a casa.

Abby se rió. —Sí, el sentimiento de culpa maternal te atrapa.

—Cierto, excepto que yo tengo culpa maternal, culpa de tía, culpa de prima y, lo peor de todo, culpa de abuela.

—Es como toda la culpa de unas vacaciones de una sola vez —se rió Abby.

No se equivocaba. La mayoría de las familias no vivían todas juntas como la nuestra. Incluso otras familias de brujas se conformaban con vivir cerca unas de otras, pero no en la misma casa. Así que para otras familias, nuestra cena de la noche se parecía más a unas vacaciones, porque todos estaban allí.

Cogí otra palomita. —Sí, supongo que sí. Pero, ¿qué se le va a hacer? —pregunté.

—No vas a ceder y volver a casa, ¿verdad?

No había ninguna posibilidad de que eso sucediera. —De ninguna manera, trabajé demasiado duro para salir sin herir los sentimientos de todos como para volver ahora. Tengo demasiados planes para una vida que no gire alrededor de la Casa Proctor.

No quería seguir hablando de mi familia, así que miré la televisión. Abby estaba viendo la película que siempre la animaba.

—¿Otra vez Enola Holmes? ¿Qué pasó? —pregunté.

Abby sorbió por la nariz. —Le pedí a Bethany que me diera más entrenamiento y me rechazó. Otra vez.

Pobre Abby. Estaba desesperada por hacer algo de sí misma y había puesto sus ojos en dirigir The Fancy Tart cuando Bethany se jubilara. El problema era que Bethany ya había insinuado que quería que yo la dirigiera. No podía dirigirla y ser una bruja de pociones al mismo tiempo. Simplemente no había encontrado una manera de hacérselo saber a Bethany sin decepcionarla.

Si tan solo hubiera una forma de hacer que Bethany viera lo mucho que Abby se esforzaba. Si Bethany dedicara tanto tiempo a entrenar a Abby como lo hacía conmigo, Abby mejoraría mucho.

—Lo primero que tienes que hacer es dejar de quejarte por las mañanas tempranas. Si quieres ascender en este trabajo, vas a tener que aceptar trabajar a horas ridículamente tempranas.

Abby cerró los ojos con fuerza. —Ya es bastante malo tener que estar aquí antes de que salga el sol, ¿pero estar feliz por ello?

—No necesitas un truco mental jedi para cambiar su percepción de ti, solo deja de quejarte por los turnos tempraneros —dije—. Ella piensa que soy genial porque no me molesta levantarme temprano y no me quejo por ello. No trabajo más duro ni mejor que tú, pero ella me ve como una mejor trabajadora.

Abby suspiró. —No hay otra salida entonces, es hora de fingir hasta lograrlo. —Miró su reloj—. Supongo que tendré que irme a la cama en cuanto termine esta película.

Se acostaría a las nueve, y no había forma de que se durmiera antes de la medianoche, pero al menos lo intentaría. Y yo podía ayudar un poco. —Déjame prepararte un té para una noche tranquila que te ayude a dormir.

A Abby no siempre le gustaban mis té, así que hizo una mueca. —Mientras no tenga bergamota.

Fui a la cocina e intenté el ejercicio que Trina y yo habíamos hecho antes. Pensé en Abby y su necesidad de dormir. Saqué manzanilla, tila y valeriana de mi pequeña reserva personal. No se necesitaba bergamota. Puse la tetera a hervir y lavé los últimos platos en el fregadero mientras esperaba.

¿Qué estaba pasando con la salud de la abuela? Durante la última tormenta de nieve, estaba paleando las escaleras traseras porque estaba frustrada de que nuestro quitanieves aún no hubiera llegado. Que estuviera exhausta todo el tiempo significaba que algo andaba mal. La profecía de la tía Lily también era preocupante.

La tetera silbó y vertí el agua caliente sobre la linda bola de té que le había regalado a Abby por su cumpleaños. En la sala de estar, Enola Holmes estaba llegando al final.

Abby olió el té que le entregué. —Gracias.

Sopló sobre el té antes de dar un sorbo. Quería que tomara un poco de té antes de contarle sobre la abuela. Abby adoraba a mi abuela, principalmente porque la abuela siempre había sido amable con ella. La mayoría de los niños brujos empezaban a perder amigos en la escuela secundaria, porque los niños podían notar cuando alguien era diferente. A Abby no le importaba si yo era diferente; ella permaneció a mi lado. Esta lealtad le ganó a Abby un lugar en el corazón de la abuela para siempre.

—Hay otra cosa que quería decirte.

Abby me miró y dijo: —¿Sí?

—La abuela no está bien.

Abby se mordió el labio mientras dejaba su té sobre la mesa de café. —¿Qué tiene?

—No estamos seguros. Ya conoces a la abuela, no va a ir a ver a un médico.

—¿Es grave?

Tomé una de sus manos entre las mías y decidí que sería mejor decirle la verdad. —Estaba bien hace un par de semanas, pero ahora parece haber perdido todas sus fuerzas. Se queda dormida a todas horas del día y no puede mantenerse caliente.

Los ojos de Abby se llenaron de lágrimas. La pérdida de la abuela la devastaría tanto como a cualquier otro miembro de mi familia. —Hice algo en la botica que logré que tomara con la cena, y tal vez eso ayude.

Abby se burló. —Sé que a tu familia le gustan los remedios antiguos, pero ¿y si esta vez es algo grave? ¿Y si es algo que el té y el descanso no pueden curar? —Se levantó de un salto del sofá y caminó de un lado a otro en nuestra sala de estar—. Necesitamos hacer un plan. Necesitamos llevarla a ver a un médico de verdad.

Se sentó y ya no pudo controlar sus lágrimas. —Esto suena exactamente como lo que le pasó a mi abuelo. Empezó a decaer, y no fue hasta después de que murió que descubrimos qué le pasaba. Tenía cáncer y no se lo dijo a nadie. Nunca recibió ningún tratamiento y murió.

Después de esto, se derrumbó en mis brazos y sollozó. La convencí de beber más té, porque para cuando lo terminara, no estaría despierta por mucho tiempo. Nos relajamos en el sofá y vimos los últimos minutos de la película en silencio.

Cuando aparecieron los créditos, apagué la televisión. —Pareces agotada. Vamos a acostarte para que puedas causar una buena impresión en Bethany mañana por la mañana.

Abby me miró con ojos tristes y cansados. —¿Segura que estarás bien?

Le apreté la mano. —No te preocupes por mí, estaré bien. Visitaré a la abuela mañana y te prometo que resolveremos algo.

Esperaba no haberle mentado a mi mejor amiga.

Capítulo 5



Al día siguiente fui directamente a la botica para hablar con Trina. Necesitaba consejo sobre cómo lidiar con mi familia sobreprotectora. Cuando llegué a la puerta principal, un escalofrío agudo recorrió mi cuerpo, la misma advertencia que tuve anoche en la Casa Proctor. La puerta de la botica estaba abierta. Otra mala señal. La tienda estaba hecha un desastre. Todos y cada uno de los frascos de pociones y hierbas secas u otros ingredientes habían sido tirados de los estantes. Los frascos más grandes no se habían roto, pero los más pequeños sí, dejando un charco apestoso en medio de la habitación. Las velas habían sido barridas de la parte superior del mostrador, y la mesa de artículos para turistas había sido volcada.

—¡Trina! —grité, pero ella no respondió.

La oficina y la sala de preparación también habían sido revueltas, pero Trina no estaba en ninguna de ellas.

Corrí hacia el invernadero. Abrí la puerta y me atraganté con el hedor a alcohol de frotar. Contuve la respiración y la busqué rápidamente. Tampoco estaba allí. Con la adrenalina bombeando, salí del invernadero y caminé por un lado. Una mancha de sangre oscura y seca en el suelo y marcas de arrastre me advirtieron que algo andaba mal. Seguí las marcas, con el corazón latiendo con fuerza, mientras me llevaban detrás de los arbustos de enebro junto al invernadero.

Mis rodillas se debilitaron cuando vi a Trina, tirada boca arriba en el suelo. ¡Esto no podía ser!

—Oh no, no —me lamenté.

Me incliné para comprobar su pulso, pero no había movimiento bajo su piel fría y sin vida. Me desplomé en el suelo, observando sus ojos abiertos y sin vida y su cabello gris, enmarañado con sangre.

Mi mente corría, tratando de decidir a quién llamar primero. Saqué mi teléfono y marqué el 911. Cuando la operadora de voz tranquila respondió, todo lo que pude decir fue: —Está muerta. Envíen ayuda a la Botica de Portsmouth —antes de colgar. Acaricié el cabello de Trina mientras lágrimas calientes corrían por mis mejillas.

Unos minutos después, un oficial de cabello gris cuyo estómago tensaba los botones de su camisa caminó alrededor del edificio, con el arma desenfundada, y me ordenó que me alejara

de Trina.

Me levanté con dificultad y salí de detrás de los arbustos. —Está muerta —susurré.

—Venga por aquí —ordenó mientras bajaba su arma. Cuando lo hice, me llevó lejos de Trina—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Isabella Proctor. Soy la aprendiz de Trina.

—Cuénteme qué pasó.

Le expliqué que había venido a hablar con Trina y que la encontré ya muerta.

—¿A qué hora llegó? —preguntó.

Miré el reloj en mi teléfono. —Hace unos diez minutos. Llamé justo después de encontrarla.

Hizo un gesto hacia la puerta trasera de la botica. —Vaya a esperar allí y no entre.

Asentí y caminé con piernas pesadas hacia la puerta.

Otra oficial, una mujer más joven de tez cálida color sepia, salió por la puerta trasera de la botica con una silla. Su cabello rizado estaba recogido en un moño, y ya algunos mechones se estaban escapando. —Siéntese, señorita. Si se siente mareada, ponga la cabeza entre las rodillas.

Hice lo que me indicó. —Estoy bien —Cerré los ojos y calmé mi mente acelerada.

Trina se había ido. Ya no habría más tardes riendo mientras trabajábamos codo a codo haciendo pociones. No más charlas íntimas sobre lo que se necesitaba para ser una buena bruja. Nunca más vería su sonrisa, llena de amor y aceptación hacia mí tal como era. Busqué en mi bolsillo mi teléfono y marqué a mi madre.

—¿Mamá? —dije, con la voz quebrada.

—¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

No importa cuán mayor seas, a veces simplemente necesitas a tu madre. —Estoy... estoy en la botica. Trina está afuera y alguien la ha herido. La policía está aquí, pero... ¿puedes venir?

—Voy para allá.

No tuve la oportunidad de darle las gracias antes de que colgara.

El médico forense llegó e inspeccionó el cuerpo de Trina. Me levanté e intenté entrar en la sala de preparación, silenciosa y oscura, sin querer verlo llevársela.

La oficial se puso frente a la puerta. —¿Qué está haciendo?

—La señora Cedar vendrá en unos minutos a recoger su pedido.

Me llevó a la silla. —Nadie puede entrar a la tienda ahora mismo. Siéntese y espere aquí. No puede tocar nada hasta que terminemos de procesar la escena.

Me senté, deseando no haber ido a cenar anoche. Si me hubiera quedado con Trina para su cliente nocturno, ella aún estaría viva hoy. Podría haberla salvado.

Justo cuando las lágrimas comenzaban a correr por mis mejillas, una mujer muy embarazada con un traje marrón dijo: —¿Señorita Proctor?

—Sí, soy yo.

Acercó otra silla que alguien había traído y se sentó con un gemido. —Soy la detective Joelle Wheeler. ¿Usted encontró a la señora Bassett?

Me mordí el labio. —Detrás de los arbustos —Quería decirle más, pero no podía obligarme a describir lo fría que estaba su piel, o cómo sus ojos vacíos ya no mostraban amabilidad.

Sacó un bolígrafo y una libreta de su bolsillo. —¿Había alguien más con usted?

Negué con la cabeza. —No. Era solo yo. Bueno, y Trina...

—Por supuesto. Ahora, piense con cuidado, ¿vio a alguien en el edificio o saliendo

cuando llegó?

No había visto a nadie. Pero su pregunta ni siquiera tenía sentido. La sangre ya se había secado, lo que indicaba que Trina llevaba muerta un tiempo. ¿Estaba tratando de engañarme o inculparme?

—No, pero ¿quién se habría quedado toda la noche después de matarla?

—¿Qué le hace pensar que llevaba muerta mucho tiempo? —preguntó.

—Cuando le tomé el pulso, Trina estaba fría, y el charco de sangre en la grava se había oscurecido y secado. El asesino se habría ido hace tiempo.

—El asesino podría haber estado esperándola a usted.

No había considerado eso. Mi visión se estrechó y el suelo empezó a dar vueltas.

—¿Señorita Proctor? —La voz de la detective Wheeler parecía lejana, aunque estaba sentada a mi lado.

Una mano presionó la parte posterior de mi cabeza hasta que me incliné hacia adelante.

—Bien. Quédese así unos minutos —dijo la detective Wheeler, con preocupación en su voz.

Respiré profundamente hasta que mi mente se aclaró y el mareo disminuyó.

En el callejón, una mujer estaba gritando y un hombre trataba de calmarla. Con horror, me di cuenta de que la mujer era mi madre. Me incorporé y tanto la detective Wheeler como yo miramos hacia el alboroto.

—Esa es mi madre. No se detendrá hasta que la dejen hablar conmigo.

—No podemos dejar entrar a nadie más en la escena del crimen. Podrá irse una vez que haya terminado con usted.

Estaba a punto de hacer otra pregunta cuando sonó su teléfono. Contestó, pero no dijo otra palabra hasta el final, cuando dijo: —Entiendo, señor —y colgó.

—Su madre llamó pidiendo un favor al jefe. Quiere que la liberen ahora. Así que, eh, esas son buenas observaciones sobre la escena del crimen, quiero decir. Última pregunta y luego podrá irse. ¿Quién habría querido matarla?

—Las cosas estaban un poco raras con Trina ayer.

La detective Wheeler arqueó una ceja, animándome a continuar.

—Ayer, recibió una llamada que me pareció amenazante. Ella le restó importancia y no quiso decirme nada al respecto. También hubo una clienta, la señora Williams, que la amenazó. Y ayer por la tarde, dijo que no podía venir a cenar porque tenía una cita con un cliente fuera de horario.

—Ya veo. —Se puso de pie y me tendió la mano para que se la estrechara—. Gracias por su cooperación. ¿Dónde puedo localizarla?

Miré a mi madre; ella me llevaría de vuelta a su casa. —Puede encontrarme en la Casa Proctor. Está a unas cuadras de aquí.

—La conozco. No salga de la ciudad —ordenó.

¿Salir de la ciudad? No era probable que saliera de mi habitación por mucho tiempo, no con un asesino suelto.

Caminé hacia mi madre, que miraba con el ceño fruncido a otro de los muchos oficiales que habían llegado a la escena. No dijo una palabra mientras me envolvía en un gran abrazo.

—No digas nada. Hablaremos cuando lleguemos a casa —susurró mi madre en mi oído—. No había necesidad de hacerte ver todo eso.

Caminamos las seis cuadras hasta la Casa Proctor en silencio, con su brazo protectoramente alrededor de mí.

Cuando entramos en la cocina, un oficial con un uniforme impecable estaba sentado a la mesa tomando té con mis tías Lily y Nadia. —Isabella, quiero que conozcas a un viejo amigo de la escuela, el jefe Dobbins —dijo la tía Lily.

Estreché la mano húmeda del hombre bajo y calvo y me uní a él y a las tías en la mesa. Me dirigió una sonrisa comprensiva que no llegó a la tristeza de sus ojos. —Isabella, es bueno verte de nuevo. Nos conocimos cuando eras más joven, cuando tu tía abuela Jemima fue asesinada.

Lo imaginé con más pelo y lo recordé. —Lamento que nos encontremos de nuevo en circunstancias tan malas —dije.

—He sido amigo de la familia durante mucho tiempo, y sé que no mataste a la señora Bassett, pero tengo las manos atadas. La detective Wheeler tiene que interrogarte tan exhaustivamente como a cualquier otro sospechoso.

La tía Nadia puso una taza de té y un sándwich de pavo frente a mí. —Come, te sentirás mejor.

No había forma de que pudiera comer, aunque el té sonaba como una buena idea. Tomé un sorbo y casi me atraganté porque no esperaba el whisky que le había puesto. —¿Podría tomar un poco de leche? —pregunté, esperando suavizar el alcohol tan temprano en el día. Claro, algunas personas bebían en el almuerzo, pero no parecía que yo fuera a ser una de ellas.

Tomé otro sorbo de té; estaba mucho mejor ahora que tenía algo de leche. No se me había ocurrido que yo fuera una sospechosa, y mis manos temblaban tanto que tuve que dejar la taza de té.

—También estoy aquí para advertirles a todos que no es seguro para... —hizo una pausa para aclararse la garganta—. Personas de su persuasión en este momento.

¿Sabía que éramos brujas? Él y la tía Lily debieron haber sido extremadamente cercanos en algún momento.

—Esto podría ser el comienzo de un aumento en la violencia aleatoria contra... —se desvaneció.

—¿Contra quién? —espetó la tía Lily.

El jefe se sonrojó y permaneció en silencio.

—Ni siquiera puedes decir "bruja", ¿verdad? Después de todos estos años, todavía no puedes decirlo. —La tía Lily se burló.

—Vamos, Lily, sabes que yo... —empezó a decir el jefe.

La tía Lily lo interrumpió. —Sé que eres un hombre débil, ni siquiera capaz de decir la verdad. —Caminó hacia la puerta de la cocina y la abrió—. Gracias por la advertencia.

Miró a Nadia, a mi madre y a mí, y luego se marchó sin decir una palabra más. Lily cerró la puerta tras él y salió furiosa de la cocina. Más allá de ser cercanos, Lily y el jefe debieron haber estado enamorados en algún momento. Se necesitaba mucho para hacer enojar a mi dulce y tranquila tía Lily.

—¿De qué iba todo eso? —pregunté.

—Déjalo por ahora —dijo mi madre—. Pero toma la advertencia en serio. Con un asesino suelto en la ciudad, es hora de que vuelvas a casa.

Lo sabía. Llevaba menos de veinte minutos en la Casa Proctor y ya estaba hablando de que me mudara de vuelta.

Intenté cambiar de tema.

—¿Cómo está la abuela hoy?

—Está tomando una siesta. Podrías vigilarla si te mudaras de vuelta a tu antigua habitación —dijo mi madre.

—Michelle, deja a la chica en paz —dijo la tía Nadia.

—Es fácil para ti decirlo. Tienes a tu hija segura aquí, yo soy la que se va a la cama cada noche aterrorizada de que Isabella vaya a salir lastimada porque vive en un apartamento con otra chica joven. Los hechizos de protección en su puerta no detendrán a nadie decidido a entrar. ¡Apenas tienen protección alguna!

¿Cada noche? Eso me parecía excesivo.

—Difícilmente creo que...

—No sabes lo que es preocuparse por ti todos los días —me interrumpió mi madre—. Hay una razón por la que esta familia siempre ha vivido junta. Seguridad. Eres demasiado joven y débil para cuidarte sola. Vivir sola es buscar problemas.

—¿No crees que estás exagerando? —preguntó la tía Nadia con voz calmada y tranquilizadora.

—No vivo sola; tengo a Abby, y vivo en un edificio lleno de gente amigable. No estás siendo racional, mamá. —Intenté mantener la creciente exasperación fuera de mi voz, pero se coló. Necesitaba irme antes de que tuviéramos una verdadera pelea.

—Y yo digo lo mismo sobre tu ridícula ingenuidad —respondió mi madre.

Si mi madre supiera las veces que Abby y yo habíamos salido tarde en la noche, estaría mucho más preocupada. Giré el pomo de la puerta de la cocina y miré a mi madre.

—No sé de qué está hablando el jefe Dobbins. Es perfectamente seguro en Portsmouth.

—Díselo a Trina —gritó mi madre mientras yo salía por la puerta trasera.

Capítulo 6



¿Por qué las personas que más amabas eran también las que más te frustraban? No era la única a la que le pasaba esto, ¿verdad?

Normalmente no me dejaba arrastrar a las mismas discusiones sobre seguridad personal, porque sin importar lo que dijera, mi madre no me creería. ¿Parecía que Portsmouth era más peligroso hoy? Sí, pero ni siquiera podía recordar la última vez que alguien había sido asesinado aquí.

El paseo a casa normalmente me calmaba cuando estaba frustrada con mi familia, pero no esa tarde. El viento frío azotaba mi cabello contra mi rostro, aumentando mi irritación. Cuando llegué a casa, decidí que la única manera de demostrar que ella estaba equivocada era presentarle hechos y cifras. También era mucho más fácil estar enojada con mi madre que seguir pensando en Trina. Cada vez que cerraba los ojos, veía su mirada vacía y sentía ganas de vomitar.

Una vez dentro del apartamento, dejé el correo sobre nuestra mesa de comedor, me quité las botas y me despojé del abrigo. Abby no llegaría a casa por unas horas; ahora era el momento perfecto para reforzar las protecciones mágicas de nuestro apartamento. Coloqué mis manos en la puerta, invoqué mi poder y concentré mi intención en un hogar seguro y protegido. Las tías y yo habíamos puesto las protecciones cuando Abby y yo nos mudamos, y ahora las estaba fortaleciendo. Las protecciones eran sutiles. Si alguien intentaba entrar con malas intenciones, de repente sentía que tenía que estar en otro lugar. Nadie pensaría que había sido afectado por la magia.

Después de que estuvieron tan fuertes como pude hacerlas, me calenté una taza de chocolate caliente y me senté en la mesa del comedor con mi portátil para buscar asesinatos en Portsmouth. Solo había habido otro asesinato en los últimos diez años, un caso de violencia doméstica. El hombre había sido capturado y aún estaba en prisión. Era seguro decir que Portsmouth no estaba lleno de asesinos.

Aun así, uno había sido suficiente para Trina. Miré al vacío y todo lo que podía ver era el cuerpo de Trina detrás de los arbustos. Mi visión se nubló con lágrimas contenidas.

Cerré mi portátil y fui a mi habitación. Agarré una caja de pañuelos, la colcha que mi madre me hizo cuando era niña y a Bunny Wiggles, mi viejo conejo de peluche. Era hora de relajarme y dejar que mi mente descansara. Me acomodé en el sofá y encendí la televisión. Pasé

por los canales, sin esperar encontrar algo que valiera la pena ver, hasta que me topé con un episodio antiguo de Ben 10. Este era el programa que la abuela y yo veíamos en los días que me quedaba en casa enferma y las tías estaban todas fuera trabajando. Me sentía muy parecida a Ben cuando era niña, porque ambos teníamos poderes que no habíamos aprendido a manejar. También podía relacionarme con no poder manejar las cosas en este momento.

Después de unos minutos, mis ojos se volvieron pesados, y no desperté hasta que escuché la puerta del apartamento abrirse.

—Hola, dormilona —dijo Abby.

Me froté la cara y me estiré. No había planeado quedarme dormida, pero ahora me sentía mucho más tranquila. Debí no haberme visto mejor, porque una vez que me volví hacia ella, inmediatamente vino a mí y me dio un gran abrazo.

—Lo siento mucho. La señora Subramanian pasó por la botica y luego fue al café. Vio a la policía y preguntó qué había sucedido. Por supuesto, no le dijeron mucho, pero vio un cuerpo siendo sacado por el médico forense y escuchó a alguien decir Trina.

Sorbí por la nariz. —Fue horrible. La encontré esta mañana. —Las lágrimas corrían por mis mejillas y alcancé otro pañuelo.

Abby me atrajo de nuevo a sus brazos. —Déjalo salir todo.

Me permití llorar hasta que no pude más. Me aparté de ella, aún sollozando.

—¿Tú la encontraste? Eso es terrible.

Me limpié los ojos y me soné la nariz. La culpa se revolvía en mi estómago. —Tenía un cliente fuera de horario, y la dejé sola para poder ver a la abuela.

—Ella nunca te dejaba quedarte para las personas fuera de horario, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Y si hubieras intentado quedarte anoche, te habría hecho irte. —Abby levantó mi barbilla para que la mirara en lugar de mi regazo—. Esto no es tu culpa.

Entonces, ¿por qué sentía que lo era?

—Podría haber ayudado. Debería haberme quedado, aunque fuera afuera.

—¿Sabes cuándo sucedió esto? —preguntó.

—No. La policía no me dijo nada.

—Parecía una persona amable. Excéntrica, pero agradable. ¿Quién habría querido matarla?

Hace tres días, habría dicho que nadie. Ahora no estaba segura. Había habido una discusión en la botica donde se había roto un frasco, la señora Williams la había amenazado, y un hombre le había gritado tanto por teléfono que ella había terminado en lágrimas. Y luego estaban los sospechosos habituales a considerar: familia, socios comerciales e intereses románticos.

—Tengo una pequeña lista.

—¿Una lista? No puedo imaginar hacer enojar a alguien lo suficiente como para que quiera matarme, y mucho menos una lista entera —dijo.

Hablar las cosas con Abby me levantó un poco el ánimo. Sentarme en el sofá llorando no lograría nada. Sí, estaba devastada porque Trina estaba muerta, pero llorar era un pobre sustituto de averiguar quién la había matado. Y nunca he sido el tipo de persona que espera a que otros hagan las cosas.

—Si nos guiamos por todas las series policiales que hemos visto, el marido siempre es el principal sospechoso. En este caso, tiene un ex marido, lo que lo hace doblemente sospechoso. Ayer, tuvo una discusión con la señora Williams, y la escuché hablando por teléfono con alguien

exigiendo más dinero. No quiso explicar ninguno de los incidentes. También había vidrios rotos en la tienda que no había terminado de barrer. —Tomé un respiro profundo para calmar mis nervios y el temblor en mi voz—. No sé si eso fue un accidente o si alguien provocó una pelea.

Las cosas no eran tan pacíficas en su vida como ella aparentaba, y deseé haberla presionado más por respuestas mientras pude.

—No puedo creer que tu familia te haya dejado volver aquí. ¿Por qué no intentaron retenerte en su casa? —preguntó.

—Lo intentaron. Estuve allí antes, pero mi madre seguía insistiendo en que no estamos a salvo y que necesitamos estar todos juntos.

—¿Otra vez? ¿No estaba machacando con eso anoche?

—Sí, y también me fui de allí entonces. —Me levanté y caminé de un lado a otro de nuestro pequeño salón—. Tengo que salir a dar un paseo o algo. Quedarme aquí sentada mucho tiempo me volverá loca.

Abby bostezó. —Iré contigo.

De ninguna manera quería que Abby viniera conmigo. Iba a ver a Thea y Delia en su oficina, donde hablaríamos sobre cómo nuestros poderes podrían encontrar al asesino de Trina. No podríamos hacer eso si Abby estaba allí.

Me puse el abrigo. —No, no hagas eso. Estás agotada. Voy a ver a Thea y Delia, y estaré bien sola.



Llegué a Port City Tours, la empresa de tours de mis primas, justo a tiempo para abrirle la puerta a un repartidor de pizzas. Seguí el delicioso aroma de la pizza que mis primas habían pedido para cenar y me alegré de haber venido. Thea y Delia habían estado dirigiendo Port City Tours desde que todas nos graduamos de la escuela secundaria. ¿Quién mejor para dar tours de una ciudad que la familia más antigua de esa ciudad, verdad?

El negocio alquilaba dos pequeñas habitaciones a seis puertas de The Fancy Tart. La más grande era la sala de reuniones, donde los grupos podían reservar sus tours en el largo mostrador de la entrada y esperar a que comenzaran. Sillas cómodas y un sofá con una gran mesa de café llenaban la habitación. Carteles que detallaban los tours disponibles esta temporada cubrían una pared. Otras dos paredes tenían fotos del Portsmouth histórico y del astillero local. La gran ventana que daba a la calle tenía "Port City Tours" pintado en letras doradas. Thea había tomado todas las fotos y creado los carteles ella misma. Esta temporada estaban haciendo el Black Heritage Trail, Strawberry Banke y Discover Portsmouth.

Colgué mi abrigo en el armario de la habitación más pequeña, su oficina, entre los disfraces que usaban cuando realizaban tours temáticos. No había clientes, así que me senté en el sofá, puse los pies sobre la mesa de café y dejé escapar un largo suspiro.

Thea le pagó al repartidor de pizzas mientras Delia empujaba mis pies fuera de la mesa para hacer espacio para la pizza, los platos y las servilletas que trajo.

—Nos enteramos de lo de Trina —dijo Delia.

Miré por la gran ventana, observando los coches pasar. No podía soportar ver las expresiones preocupadas de mis primas. Yo era la prima fuerte, la que siempre se mantenía entera, y no quería que me vieran desmoronarme.

Delia me entregó un plato con dos porciones de pizza de champiñones, mi favorita. — Sabíamos que aparecerías por aquí tarde o temprano.

Thea me dio una botella de agua. —Necesitas esto. Te ves terrible.

Le di una débil sonrisa. —Gracias.

Di un sorbo y cerré los ojos. No había forma de que pudiera comer la pizza todavía.

—¿Crees que estuvo relacionado con la magia? —preguntó Thea.

—No lo sé —dije.

—¡Thea! Tal vez ella no quiera hablar de eso —dijo Delia.

—Sí quiero. Es solo que... no sé qué decir. Hablar de ella parece tan inútil cuando su asesino todavía anda suelto, ¿sabes a lo que me refiero?

Delia frunció el ceño. —¿Qué más se puede hacer?

—Podríamos averiguar qué le pasó, quién la mató y por qué. —Descubrir lo que había sucedido me dio una pequeña chispa de esperanza en el pecho. Si supiera lo que pasó, podría darle algún sentido a su muerte, y entonces sería libre de llorarla.

Abrí los ojos y me incorporé. —Necesitamos averiguar qué pasó anoche. ¿Quién se apunta?

Sin un segundo de vacilación, mis dos primas dijeron: —¡Yo!

El amor y la gratitud llenaron mi corazón. —No podría pedir mejores primas que ustedes dos. Ahora, ¿cómo vamos a hacer esto sin que nos atrapen?

Capítulo 7



Thea, Delia y yo nos encontramos en Port City Tours a la una de la madrugada, y no pude evitar reírme del atuendo de Delia. Llevaba unas mallas negras debajo de un largo tutú negro y un jersey negro oversized con lentejuelas.

—¿Qué demonios llevas puesto? —le pregunté.

Sonrió tímidamente.

—Dijimos que íbamos a una fiesta, así que tenía que ponerme ropa de fiesta. No es mi culpa no querer revelar el plan.

Negué con la cabeza y miré de ella a Thea, quien llevaba unos vaqueros negros y un jersey más sensatos.

—¿Nada de ropa de fiesta para ti?

—Nada con lo que quiera andar a hurtadillas —dijo Thea.

—Tu pelo nos va a delatar —le dije a Delia—. ¿Trajiste un gorro?

Delia dijo que no.

—No podemos salir contigo así. Será obvio quién eres para cualquiera que aún esté fuera esta noche. ¿Tienes un gorro entre tus disfraces? —pregunté.

Delia negó lentamente con la cabeza, pero luego sus ojos se abrieron de par en par y entró en el armario de disfraces. Sacó un gran chal negro y se lo envolvió en la cabeza, al estilo hijab.

—¿Estamos listas?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Me preocupaba que nos atraparan, pero también me inquietaba lo que pudiéramos encontrar. La mayoría de las víctimas de asesinato eran asesinadas por personas que conocían. ¿Y si alguien que yo conocía era un asesino? Decidí que era mejor saberlo que preguntármelo el resto de mi vida.

—Vamos.

Caminamos rápidamente, sin hablar porque no queríamos llamar la atención en las calles oscuras y tranquilas. Decidimos caminar por los callejones traseros tanto como fuera posible, y cuando asustamos a un gato, Delia soltó un grito corto. Sin pensarlo, Thea y yo la mandamos callar al unísono, aumentando el ruido.

Después de tomarnos un momento para calmarnos, continuamos.

Llegamos a la botica con solo un incidente de choque contra unos cubos de basura y,

afortunadamente, no despertamos las sospechas de nadie. Levanté la cinta de la escena del crimen para Thea y Delia. Thea nos guió por el borde del pequeño patio trasero de las tiendas, tratando de no alterar nada.

Delia había prometido practicar su hechizo de oscuridad esa tarde para asegurarse de que fuera lo suficientemente fuerte como para bloquear al menos la luz de nuestras linternas.

—Adelante, lánzalo ahora —le susurré a Delia.

En la oscuridad, apenas pude distinguir sus brazos moviéndose en un amplio círculo.

—Esto es lo mejor que puedo hacer —dijo Delia—. Deberíamos estar a salvo si nos limitamos a usar linternas.

Abrí la puerta trasera de la botica.

—De acuerdo. Voy a revisar la oficina, vosotras centraos en la tienda. Avisadme si encontráis algo.

En la oficina, el escritorio de Trina había sido vaciado, y había papeles y libros esparcidos por todas partes. Trina nunca se habría ido por la noche sin ordenar. Examiné los papeles sobre el escritorio. Eran los formularios de pedidos personalizados de los últimos cuatro o cinco años. ¿A quién le interesarían los pedidos especiales que Trina había creado para clientes anteriores? Sería mucho más fácil preguntar qué servicios teníamos disponibles.

Los papeles en el suelo habían sido sacados del archivador abierto. Eran recetas de varias pociones que Trina y yo podíamos hacer. Claramente alguien estaba buscando una poción específica. Cogí suavemente una por la esquina para inspeccionar la huella aceitosa que había en ella. La receta era para aceite de creatividad, pero aparentemente al asesino no le importaba la creatividad.

Nos negábamos a hacer muchos tipos de pociones. La lista era más o menos lo que cabría esperar. Nunca hacíamos nada que permitiera a una persona controlar a otra, no hacíamos nada que hiciera la cosa de "concédeme tres deseos" al estilo genio, y no hacíamos nada que permitiera a la gente hacerse rica rápidamente. Teníamos nuestros estándares éticos, como Trina siempre me recordaba, y nunca usábamos nuestro trabajo para ayudar a una persona a obtener ventaja sobre otras. Estas pociones eran demasiado peligrosas en las manos equivocadas.

Si tenías problemas con un brote de gota o necesitabas un buen tónico para ayudarte a dormir, entonces definitivamente éramos las mujeres indicadas. Esta vibra de bienestar ayudó a impulsar la mentalidad de Trina de "no hacer daño y no tratar sin permiso". Ella se veía a sí misma como un complemento del campo médico, o a veces como un reemplazo del mismo.

Todos los cajones de su escritorio habían sido sacados y vaciados también. Los libros habían sido tirados de su estantería. Me moría de ganas de limpiar y guardar todo, pero no podíamos dejar que la policía supiera que habíamos estado aquí. Iluminé la habitación con mi linterna una vez más y luego salí a la tienda.

—¿Habéis encontrado algo? —le susurré a Delia. Desde fuera, el hechizo de Delia hacía que la botica pareciera oscura y vacía, pero por si acaso alguien pasaba por allí, no quería que me oyeran.

—La caja registradora está abierta y casi vacía —dijo Delia.

Iluminé la caja con mi linterna. No había billetes, pero las monedas seguían separadas en sus compartimentos.

—Si Trina fuera a hacer un ingreso en el banco, se llevaría los billetes y las monedas. Parece que dejó todo el dinero en la caja.

No habría sido mucho, tal vez unos cientos de dólares. No lo suficiente como para que valiera la pena entrar aquí o matarla.

—También hay un montón de frascos rotos. Parece que alguien estaba furioso y quería desquitarse con su negocio —susurró Delia.

Se me cayó el alma a los pies al ver la destrucción completa de la tienda. Pasarían meses antes de que pudiera rehacer todas las pociones que habían sido destruidas, y costaría más de lo que probablemente tenía la tienda. No sabía cuándo podría reemplazar el resto de la mercancía.

Aunque, por otro lado, era posible que ni siquiera fuera mi problema. Trina nunca había hablado sobre lo que haría para su jubilación, o a quién podría dejarle el negocio. Ciertamente era demasiado pronto en mi formación para que ella pensara en que yo me hiciera cargo.

—Thea está revisando la sala de preparación —dijo Delia.

Nos unimos a Thea y tosimos por el olor a alcohol isopropílico.

—¿También rompieron todas las botellas aquí? —preguntó Delia.

Pasé mi linterna por los estantes de almacenamiento y vi la misma destrucción que en la tienda principal. Vidrios rotos por todas partes, pociones y hierbas esparcidas, y tantos suministros desperdiciados.

—Estoy de acuerdo con Delia. Alguien estaba furioso y decidió arruinarlo todo para Trina —dijo Thea.

—Creo que eso lo hicieron en el momento que le rompieron el cráneo. Esto fue exagerado —dije.

Thea me dio un apretón en la mano. —¿Quieres ir a investigar qué pasó afuera?

No, no quería, pero sabía que teníamos que hacerlo. —No podemos acercarnos a la mancha de sangre ni a donde la arrastraron, pero deberíamos entrar al invernadero.

—Por mí está bien —dijo Delia—. No quiero acercarme demasiado al lugar donde murió. Me da escalofríos incluso estando tan lejos.

Salimos y cerré la puerta con llave. Delia chasqueó los dedos y el hechizo sobre la botica desapareció.

—¿Puedes lanzar ese hechizo de nuevo para el invernadero? —pregunté.

—Puedo, pero es todo de cristal, así que debemos ser rápidos. El hechizo ya se estaba desvaneciendo en la tienda, y solo estuvimos allí unos diez minutos. Tendré que aumentar la intensidad para el invernadero. Solo podré mantener el hechizo por un par de minutos. Después de eso, corremos el riesgo de ser vistos —dijo Delia.

Bien. Tendríamos que ser rápidos. Una vez que sentí que el hechizo se activaba, abrí la puerta del invernadero. El olor a alcohol me golpeó como un ladrillo y farfullé.

—¿Qué demonios? —preguntó Delia.

—Más alcohol. ¿Pero por qué? —pregunté.

Entramos, y una vez que enfocamos nuestras linternas en las plantas marchitas, fue obvio.

—¿Quién haría esto? —exclamé. Todas y cada una de las plantas habían sido rociadas con alcohol y ahora estaban muriendo. Pasé mi linterna por los dos pasillos que recorrían el invernadero y no vi más que plantas moribundas.

—Vámonos antes de que respiremos demasiado de esto —dijo Thea.

Delia chasqueó los dedos para liberar el segundo hechizo de oscuridad. Salimos rápidamente, caminamos por el borde del patio de nuevo, nos escabullimos bajo la cinta de la escena del crimen y caminamos en silencio.

Después de unos minutos, el olor a alcohol dejó mi nariz y el mareo se aclaró de mi cabeza. —¿Qué pasó anoche? —pregunté, pero nadie me respondió. Mis primas estaban tan desconcertadas como yo.

Regresamos a su oficina y entramos. Era el mejor lugar para hablar en privado. —No sé

qué pasó allí, pero alguien estaba realmente enojado. Podía sentirlo en el aire, incluso un día después —dijo Delia.

—¿Pudiste sentir algo específico? ¿Como quién era o qué buscaban? —pregunté.

Delia negó con la cabeza. —Se está desvaneciendo rápido, también. Para la mañana no podré sentir nada.

—¿Aprendimos algo? —preguntó Thea.

—El asesino estaba buscando algo; la oficina era un desastre y los archivos estaban por todas partes. Tendría que ordenarlo antes de poder averiguar qué falta —dije.

—Una vez que la policía termine, seguro te dejarán entrar para ordenar. Tendrás que hacerlo, ¿no? Demasiadas personas dependen de ti y Trina —Thea dejó de hablar por un momento— de ti ahora, supongo, para lo que necesiten.

Mis hombros se hundieron ante la idea de que la gente contaría conmigo. Claro, Trina me dejaba hacer mucho del trabajo simple, pero ser responsable de todo parecía demasiado.

Me levanté de un salto del sofá. —Tengo que irme. ¿Nos vemos mañana para almorzar?

Antes de que pudieran responder, salí corriendo por la puerta como si pudiera huir de mis responsabilidades con los clientes de Trina.

A una manzana de la tienda, luces azules rompieron la oscuridad de la noche cuando un coche se detuvo junto a mí. Seguí caminando mientras el coche igualaba mi ritmo.

—Disculpe —dijo el conductor por la ventanilla del lado del pasajero.

Me giré para ver a un hombre mostrando una placa. —Soy el detective Steve Palmer. ¿Puedo hablar con usted un momento? —preguntó.

Dejé de caminar. —Hace frío, sea rápido.

Sonrió. —El coche está caliente. La llevaré a casa.

Un coche caliente sonaba genial ahora mismo, pero un viaje con la policía después de haber allanado una escena del crimen no parecía lo más inteligente. Por otro lado, ¿parecería culpable si no aceptaba su oferta? ¿Debería llamar a un abogado? ¿Podría permitirme un abogado? Probablemente no. No había una buena respuesta aquí, así que opté al menos por estar fuera del viento helado.

—Buenas noches, detective Palmer. ¿Suele merodear por las calles de Portsmouth buscando mujeres para llevar a casa?

Ahora que estaba en el coche, podía distinguir mejor sus rasgos. Cuando sonreía, sus ojos marrones se arrugaban. Parecía tener unos veinticinco años, con pelo castaño corto y un serio caso de barba de tres días. Se rio. —No. Pero hubo un asesinato en la zona anoche, y esperaba que el autor volviera a la escena del crimen.

Mis ojos se abrieron. Ni siquiera había considerado eso cuando se nos ocurrió el plan de buscar pistas en la botica. Esperaba que mi angustia pareciera tristeza por la muerte de Trina y no por casi ser atrapada.

—Sí, lo sé. Yo era la aprendiz de Trina.

—Interesante —murmuró mientras sacaba una libreta del bolsillo de su chaqueta y la abría—. ¿Usted es Isabella Proctor?

—Sí.

—Qué coincidencia. Iba a hablar contigo más tarde hoy, pero ahora puedo hacerte preguntas mientras te llevo a casa.

Puso el coche en marcha y se dirigió hacia mi apartamento. No le había dicho mi dirección, pero ya sabía adónde ir.

—Me estoy haciendo cargo del caso en lugar de la detective Wheeler, porque ha entrado

en trabajo de parto prematuro. ¿Tienes alguna idea de quién podría haber querido muerte a la señora Bassett? Tú trabajabas más estrechamente con ella, y pensé que tendrías alguna valiosa perspectiva.

Me volví hacia él.

—Sí que la tengo. De hecho, tengo una lista. Trina estaba teniendo problemas con varias personas durante la última semana. Nunca había notado que tuviera problemas así antes. Su ex marido, Frank, está en lo alto de mi lista, pero Caroline Arneson y la señora Williams la amenazaron hoy. Tenemos una clienta problemática que Trina juró que no era un peligro, pero no estoy segura. Se llama Agatha. Trina tuvo un cliente a altas horas de la noche ayer que no conozco, y oí a alguien exigiéndole dinero por teléfono.

Giró el coche hacia mi aparcamiento.

—Esa es una lista considerable. Investigaré sobre ellos. Mientras tanto, señorita Proctor, manténgase a salvo. Está claro que le ha dado muchas vueltas a esto y es mejor que los civiles dejen la investigación a la policía. Las investigaciones de asesinatos no son para aficionados, pueden resultar heridos.

Me bajé de su coche. ¿Aficionada? ¡Ja! No tenía ni idea de lo bien que podía protegerme si lo necesitaba.

Capítulo 8



Fui directamente a mi apartamento. Las luces estaban apagadas cuando abrí la puerta, y todo el edificio estaba en silencio. Encendí la luz de la sala y miré alrededor, feliz de estar en casa.

Abby había ordenado antes de irse a dormir: los platos estaban en el escurridor y las alfombras tenían marcas de la aspiradora.

Estaba demasiado agitada para irme a dormir, así que me preparé un baño y le añadí un poco de aceite de caléndula. El delicado aroma era exactamente lo que necesitaba para liberar el estrés acumulado que llevaba. Me sumergí en el agua hasta que mi barbilla rozó la superficie y obligué a todos mis músculos a relajarse. La tensión en mis hombros se liberó, y permití que el agua caliente hiciera su propia magia en mis músculos.

Si el asesino estaba buscando algo, era porque Trina no se lo quiso dar. O ella. O ellos. Trina tenía reglas estrictas sobre las pociones que proporcionábamos, y no se desviaba de ellas. Me parecía que había rechazado al asesino en la tienda, donde intentaron intimidarla rompiendo cosas. Cuando eso no funcionó, la persiguieron afuera, la mataron y luego decidieron registrar la oficina.

Tenía que dejar de pensar así, o nunca iba a poder dormir. Agité la mano hacia la vela en el mostrador para encenderla, y apagué las luces del baño de la misma manera. Me quedé mirando la vela, meditando en la bañera.

Como de costumbre, me quedé dormida durante mi meditación y desperté sintiéndome fría y arrugada. Encendí la luz y vacié el agua. Una ducha rápida y caliente para entrar en calor de nuevo, y estaría lista para una buena noche de sueño.

Dos minutos después de entrar en la ducha, Abby llamó a la puerta del baño.

—Isabella, tengo que prepararme para el trabajo. ¿Ya casi terminas?

¡Oh, escobas! No tenía idea de que había dormido tanto tiempo.

—Sí, dame dos segundos para secarme —salté de la ducha, me sequé lo mínimo, me envolví en una toalla, recogí mi ropa negra de andar a escondidas y abrí la puerta.

—Te quedaste dormida en la bañera otra vez, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, lo hice. Pero ahora me voy a la cama.



La luz del sol que se filtraba a través de las cortinas amarillas llenaba mi dormitorio con una luz cálida que me despertó. Me estiré y disfruté de la sensación cálida y acogedora de estar envuelta en mis mantas. Estaba bien descansada y tenía un millón de preguntas sobre lo que le había pasado a Trina. Había decidido, mientras me quedaba dormida anoche, que debería hablar hoy con el jefe Dobbins, ver si podía sacarle alguna información. No iba a preguntarle directamente que me lo contara todo, pero era buena haciendo hablar a la gente.

Después de salir de mi apartamento, me encontré con la señora Thompson en las escaleras. Hoy llevaba puesto su abrigo rojo de lana con guantes y botas a juego.

—Hola, Isabella —dijo.

—Hola, señora Thompson. Déjeme ayudarla con esa bolsa.

Le quité la bolsa llena de comestibles; a los setenta y ocho años, no necesitaba cargarla ella misma escaleras arriba. Normalmente hacía la compra cada dos días, diciendo que el paseo le sentaba bien. Debió haber elegido este apartamento por su cercanía al supermercado.

—Gracias, querida. Decidí comprar más de lo habitual porque se pronostica una tormenta, y no creo que pueda salir del apartamento el resto de la semana.

—Suenas ominoso. Avísame si se le acaba algo y yo se lo traeré —dijo. Era como la abuela que nunca tuve: dulce, cariñosa y amable. Mi abuela, por otro lado, a menudo era el equivalente emocional de pisar un Lego.

Llevé sus compras a su apartamento y las dejé sobre la mesa del comedor. Su apartamento tenía la misma distribución que el mío, pero los muebles antiguos, las cortinas y el arte hacían que el suyo pareciera un hogar en comparación con la estética barata de primer apartamento que teníamos Abby y yo.

—¿Puedo hacer algo más por usted mientras estoy aquí? —pregunté. A veces tenía un frasco que no podía abrir, o necesitaba que le bajara una pieza de porcelana del estante superior. La vida debe ser difícil con poco más de un metro y medio de estatura.

—No, querida. Gracias de todos modos.

Jameson, su gato negro de pelo corto, se frotó contra mi pierna, y me agaché para acariciarlo. Ronroneó cuando le rasqué entre las orejas.

—¿Quién es un buen chico? —pregunté, lo que me valió más ronroneos. Me enderecé—. Los veré a ambos pronto.

Al salir, escuché música del apartamento al otro lado del mío. Hoy los Stanley estaban escuchando a Sinatra. La señora Stanley decía que Sinatra era la música con la que salían cuando eran jóvenes, y siempre se sentían jóvenes al escucharlo.

Afuera, entendí a qué se refería la señora Thompson. Podía oler que la nieve caería en unas horas. Lo primero era lo primero; fui a ver al jefe Dobbins.

La estación de policía de Portsmouth era una curiosa mezcla de lo moderno y lo clásico. El edificio en sí era uno de esos colosos de ladrillo del siglo XVIII, completo con columnas masivas flanqueando la gran puerta principal, y una sala de espera que reflejaba el exterior georgiano. Sin embargo, más allá del área de recepción, todo era elegante y moderno.

La recepcionista llamó al jefe para anunciarme, y él salió enseguida a saludarme. El jefe tenía más o menos la edad de las tías, lo cual tenía sentido, ya que estaba bastante segura de que él y la tía Lily habían salido juntos hace mucho tiempo. Tenía el aspecto de demasiadas donas y

no suficiente persecución de gente por la calle que tienen muchos hombres de mediana edad, y los botones a punto de reventar de su camisa decían que aún no lo había asumido. Me sonrió cálidamente. Pensé que era un poco extraño, pero ¿quién era yo para juzgar? Me acompañó personalmente a su oficina, y me sentí especial, como si me estuviera exhibiendo. Una vez que entré en la oficina, cerró la puerta. Condecoraciones, placas de premios y fotos del jefe con personas prominentes cubrían las paredes de su oficina. Un portátil y dos grandes monitores descansaban sobre el escritorio de roble tras el que tomó asiento.

Una vez que me senté y acepté su ofrecimiento de café —cómo había logrado salir de mi apartamento sin desayunar ni tomar café— fui al grano.

—Bueno, jefe, me preguntaba cuánto tiempo le llevaría terminar la investigación en la botica. Me gustaría mantener la tienda abierta al menos el tiempo suficiente para permitir que nuestros clientes tengan lo que necesitan hasta que puedan encontrar otro herbolario.

El jefe Dobbins asintió.

—Loable. Pero no estoy seguro de que eso sea factible. No echaste un buen vistazo a la tienda, pero no queda mucho dentro que no haya sido destruido. Y las plantas del invernadero probablemente ya estén todas muertas.

Yo sabía eso, así que era hora de sacar a relucir mi talento de la clase de actuación del instituto y fingir sorpresa.

—¿En serio? Debe haber algunas cosas que se puedan salvar. Quiero decir, se necesitaría mucho tiempo para destruirlo todo. Y las plantas pueden soportar unos días de descuido antes de marchitarse.

Él negó con la cabeza.

—Casi todo fue destrozado, y las plantas fueron rociadas con alcohol. Ya estaban muriendo ayer.

Me cubrí la boca con la mano, fingiendo conmoción.

—¿Quién haría algo así? Es decir, ¿no fue suficiente con que... mataran a Trina, sin destruir también su negocio?

Se inclinó hacia adelante, en tono confidencial.

—No lo has oído de mí, pero creo que ese era el plan desde el principio. Una persona no se toma tanto tiempo para destruir algo en medio de la noche, después de haber matado a alguien, a menos que tenga un rencor muy serio.

Pensé en eso por un minuto. No podía imaginar qué habría hecho Trina para provocar tanta ira.

—¿Está seguro de que ese fue el orden de los acontecimientos? Es decir, ¿cómo puede saber cuándo fue destruida la tienda?

El jefe se reclinó en su silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza, preparándose para darme una lección.

—¿Estás interesada en el trabajo policial? Siempre podemos usar más mujeres jóvenes en la fuerza. Nos da mejor reputación en el pueblo, ya sabes, parece que estamos tomando un enfoque más suave.

No me interesaba el trabajo policial, porque se centraba en la letra de la ley más que en la justicia. Pero él no necesitaba saber eso ahora.

—Siento que tengo muchas opciones abiertas, y aunque el trabajo policial no era algo que hubiera considerado, tener una visión más cercana de lo que hacen es mucho más interesante de lo que jamás había esperado.

Y mi madre decía que no era diplomática.

Él apoyó los codos sobre el escritorio.

—Hay algunas pistas que indican que ella fue asesinada primero.

Abrí los ojos de par en par, pero no dije nada. La mejor manera de conseguir que alguien comparta información contigo es quedarte callado y dejar que llenen el silencio.

—Pista número uno: no tenía vidrio ni aceite en los zapatos. Pista número dos: tenemos una hora de muerte bastante precisa basada en la temperatura de su cuerpo, y eso fue unos cuarenta y cinco minutos antes de la hora que marcaba el reloj roto en su oficina. Alrededor de la una y media de la madrugada. Pista número tres: si hubiera entrado y visto a alguien destruyendo su negocio, habría intentado defenderse, y aparte de la herida en la cabeza, no tenía ninguna otra lesión.

Ciertamente parecía mucha evidencia. ¿Por qué no me había dado cuenta de nada de eso? Estaba pensando en lo que se me había escapado cuando el jefe dijo:

—Lo siento. Esto debe ser demasiado para que lo pienses tan pronto. Déjame llevarte al vestíbulo y sacarte de aquí.

Era su cuerpo, me di cuenta. Si hubiera examinado sus zapatos o sus manos, podría haber notado la falta de evidencia. Me sentí inútil; todo lo que hice fue sentarme con ella, esperando a que llegara la policía cuando podría haber estado buscando pistas. La próxima vez. Oh, diosa, espero que no haya una próxima vez. Si nunca tuviera que hacer esto de nuevo, sería genial.

Capítulo 9



Menos mal que el jefe me envió cuando lo hizo, porque tenía que trabajar a las tres. Si me daba prisa, llegaría justo a tiempo.

En la cocina de The Fancy Tart, Bethany frunció el ceño.

—¿No recibiste el mensaje de Abby? No tenías que venir hoy.

Era amable, pero necesitaba el dinero. Además, si mantenía mi mente ocupada, no pasaría el tiempo llorando o recordando a Trina detrás de los arbustos.

—No lo recibí. Prefiero estar aquí, mantenerme ocupada y ayudar.

Bethany asintió, pareciendo entender cómo me sentía.

—Bueno, entonces puedes ayudarme a limpiar la cocina. Ya terminamos de hornear, y una vez que esté limpia, me iré a casa. Empieza con las superficies de trabajo.

Limpiar y desinfectar las mesas de la cocina era el trabajo más mecánico de la panadería. Tomé toallas de papel y un bote de spray desinfectante del estante de productos de limpieza. El desinfectante salió siseando de la boquilla y flotó hacia la mesa. Arranqué una toalla de papel del rollo y limpié rítmicamente la superficie de acero inoxidable.

—Conocí a Trina cuando abrió la botica. Sabía cómo hacer sus productos y asumió que el resto del negocio se cuidaría solo —Bethany se rio—. ¡Estaba tan equivocada!

—¿Qué pasó? —pregunté.

—No podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo la joven tiraba por la borda su sueño por falta de un poco de asesoramiento, así que la ayudé. En el primer año que la botica estuvo abierta, pasé más tiempo trabajando en su negocio que en el mío.

—¿Y quién se encargaba de la panadería? —pregunté.

Bethany suspiró.

—Mi marido aún vivía entonces, y mi hijo todavía nos hablaba. Ellos se encargaron de la panadería mientras yo trabajaba con Trina.

No tenía idea de que Bethany conociera tan bien a Trina.

—Trina nunca mencionó tu ayuda para poner en marcha el negocio. Siempre parecía tan buena gestionando todo lo relacionado con la empresa.

—Aprendió rápidamente el lado empresarial, y nunca ha sido de las que admiten necesitar ayuda.

Tal vez eso fue lo que la mató. Si hubiera pedido ayuda, o me hubiera contado cuál era el problema, podríamos haber trabajado juntas para solucionarlo. Después de todo, era familia, y estoy segura de que la abuela o las tías también habrían colaborado.

—¿Sabes cómo llevar su negocio? —pregunté.

—Puedo cuadrar las cuentas y llevar el control del inventario. ¿Por qué?

Dejé de lavar la mesa y levanté la mirada.

—Tenemos clientes que dependen de nosotros, y me temo que no podré ayudarlos yo sola. Me preguntaba...

Bethany negó con la cabeza.

—Te estás adelantando demasiado. ¿Te dijo ella que heredarías el negocio? ¿O has visto su testamento?

—No. Nunca hablamos de eso.

—Es muy probable que se lo deje a su ex marido. Su negocio se fusionaría bien con el de ella.

No había considerado eso. Frank y Trina llevaban divorciados el tiempo suficiente como para haber dado la vuelta y vuelto a ser amigos. Su pequeño negocio de cristales por correo habría sido una buena adición a la botica.

—Es un buen punto. Aun así, me siento responsable de los clientes.

Omar, uno de los nuevos empleados, asomó su cabeza rizada por la puerta.

—Necesitamos ayuda en el mostrador.

—Yo iré —dije. Sería más rápido que Bethany terminara de limpiar la cocina a que atendiera a los clientes.

La primera persona a la que atendí fue la señora Newcomb, la cliente favorita de Trina. Tenía unos sesenta y tantos años y una voz ronca por fumar. Trina le preparaba un remedio para la garganta a base de miel que la señora Newcomb afirmaba que funcionaba mejor que cualquier cosa que le dieran sus médicos.

—Aquí estás, cariño —dijo la señora Newcomb con voz rasposa—. Esperaba verte hoy, porque quería decirte cuánto lamento tu pérdida. Nuestra pérdida. He llegado a depender de nuestras tardes de martes juntas, solo charlando —Miró a lo lejos antes de continuar—. Y tú, ¿qué vas a hacer? Vas a mantener el negocio abierto, ¿verdad?

Mientras hablábamos, Omar atendió a varios otros clientes. A menudo pensaba que la señora Newcomb hablaría para siempre si no tuviera que hacer pausas para toser. Puse su pedido habitual en una bolsa.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. ¿Magdalena de café?

Tomó la bolsa de mi mano.

—Cuídate, cariño. Si necesitas algo, llámame de inmediato. Trina querría que te cuidara.

Se dirigió a la caja registradora y yo me aparté de la fila por un momento, parpadeando para contener las lágrimas. Supongo que nunca te das cuenta de cuánto le importas a la gente hasta que hay problemas.

Me volví hacia los clientes y vi a la señora Thompson, la siguiente en la fila.

—Qué gusto verla de nuevo —dije—. ¿Qué puedo ofrecerle esta tarde?

—Tomaré un cuadrado de ruibarbo y una taza de té rooibos. Después de todo lo que ha pasado últimamente, necesito relajarme y sentarme tranquilamente un rato.

—¿Por qué no va a sentarse y yo le llevo su pedido? —ofrecí.

Elegió una mesa pequeña en el rincón, alejada de la puerta.

—El mejor asiento de la casa para los días fríos —dije mientras colocaba su té y aperitivo

frente a ella—. Sin corrientes de aire, y es fácil sentarse tranquilamente si lo desea —Puse un pequeño paquete envuelto sobre la mesa—. Algunos dulces para Jameson directamente de la cocina.

Me dio unas palmaditas en la mano.

—Eres demasiado buena con nosotros. Algún día tendré que hacer algo amable por ti. No dejes que te retenga de tu trabajo.

Llegué al mostrador a tiempo para ayudar a Agatha, la última persona en la fila, con su pedido. Al parecer, quería un éclair, pero su amiga invisible Alice dijo que debería comer una ensalada de vez en cuando. Agatha insistió en que lo haría, si no estuvieran en una panadería y dijo que sería grosero pedir algo que no servíamos. Había escuchado estas conversaciones lo suficiente como para saber que el éclair ganaría. Puse uno en un plato para ella. Sin embargo, siempre elegía una bebida diferente. Esperé a que ella, o ellas, se decidieran.

Me preocupaba Agatha. A veces parecía no saber lo que hacía.

Al final, el chocolate caliente con caramelo salado ganó sobre el agua de ensalada coreana. Preparé su chocolate y lo llevé a la caja. —Ve a sentarte y te llevaré tu pedido —tenía algunas preguntas que hacerle sobre dónde estaba la noche que mataron a Trina.

Una vez que eligió una mesa, puse su chocolate frente a ella.

—¿Cuándo abrirá la botica? —preguntó.

—No estoy segura. La policía aún la está examinando en busca de pistas. Creo que debería abrir en los próximos días. ¿Necesitas algo?

Asintió. —Sí. Sí. Lo necesito. Necesito algo de ashwagandha porque —su voz se elevó con enojo— Alice está siendo demasiado ruidosa en mi cabeza. ¿Agua de ensalada con un éclair? Eso está mal.

Me senté frente a ella, esperando poder calmarla y hacerle algunas preguntas. —Puedo ayudarte tan pronto como abra la tienda. Prometo llamarte y podrás venir a recoger lo que necesitas. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Parpadeó confundida. —¿A Agatha o a Alice?

—Bueno, supongo que a ambas. ¿Puedes decirme dónde estabas la noche que mataron a Trina?

—Estaba en casa, durmiendo debajo de mi cama. No sé dónde estaba Alice.

—¿Por qué dormías debajo de tu cama? No puede ser tan cómodo como dormir en tu colchón, ¿verdad?

Se rio. —Alice dice que la cama es más cómoda también. Por eso insiste en dormir en ella. Mientras le deje tener la cama, me deja en paz hasta la mañana —sus ojos se abrieron y susurró—: Eso significa que ella no tiene coartada. ¿Crees que lo hizo?

Mi corazón se afligió por Agatha. Fuera lo que fuese que le pasaba, Trina no había podido arreglarlo con una poción. Era hora de que buscara medicina más tradicional. —No lo sé. ¿Puedes preguntarle?

Agatha cerró los ojos por un momento, los abrió y dijo: —Alice dice que estuvo en casa toda la noche. Aunque no sé si creerle. Es astuta y se ha metido en problemas antes.

—¿Cómo se mete en problemas sin ti?

Agatha me miró como si fuera idiota. —No puede. Compartimos el cuerpo, así que estoy con ella dondequiera que vaya. No recuerdo ir a algún lado con ella, no hasta que me doy cuenta de que llevo ropa diferente o a menos que haya algo mal.

—¿Qué quieres decir con mal?

—Como si alguien dijera que me vio en algún lugar que no recuerdo haber estado.

—¿Tienes compañeros de piso? Tal vez ellos sabrían si saliste esa noche.
Agatha miró su chocolate. —No tengo compañeros. Alice los ahuyenta.
No había manera de que pudiera obtener mucho más de Agatha. Tal vez Palmer podría, o tal vez estaría más coherente una vez que repusiera sus pociones.
—Tan pronto como pueda, te conseguiré lo que necesitas. Mientras tanto, ve a ver a mi abuela. Tiene un gran jardín medicinal y puede ayudarte.
Me miró con desconfianza en los ojos. —No tomo medicina de cualquiera.
—Si conoces a Trina, probablemente conoces a mi abuela, Esther Proctor.
El rostro de Agatha se iluminó. —¿Eres la nieta de Esther? Con razón estás toda roja por los bordes.
—¿Puedes ver mi aura?
Se burló. —Yo no, tonta. Alice puede ver auras, yo no. Dice que tu aura es roja —se inclinó hacia mí y susurró—: Eso no es bueno. Corres demasiados riesgos y estás en peligro.
Se me secó la boca, porque podría tener razón. —Yo, eh, tengo que irme ahora. Tengo otro trabajo que hacer —caminé inestablemente hacia la cocina y me senté en un taburete.
—¿Qué pasa? —preguntó Bethany mientras se ponía el abrigo. Se iba a casa, y no quería molestarla con mi teoría sobre Agatha matando a Trina—. No es nada.
Bethany se quitó el abrigo y vino a pararse a mi lado. Tomó mi mano entre las suyas. —No deberías mentir.
Antes de que pudiera responderle, sonó mi teléfono. Era mi madre, y hablaba rápido y bajo. —No puedo entenderte. Habla más despacio y más fuerte.
—La abuela tomó más de tu poción y está armando un escándalo. Estamos en The Crispy Biscuit. Encuéntranos en casa, necesitamos ayuda para calmarla.
La poción que hice para la abuela no estaba hecha con nada conocido por tener interacciones fuertes. De hecho, los ingredientes se usaban todos en alimentos. Por otro lado, aunque mi madre a menudo exageraba, no era de las que entraban en pánico sin motivo. Si decía que necesitaban ayuda, entonces las cosas estaban mal. —Estoy en el trabajo. Estaré allí tan pronto como pueda. ¿Necesitas que te ayude a llevarla a casa?
—No. Solo llega a casa rápido.
Bethany frunció el ceño. —¿Problemas?
Guardé el teléfono en mi bolsillo. —Mi abuela no está bien y necesito ir a verla. Lo siento, prometo que recuperaré las horas.
Se quitó el abrigo. —Ve, no te preocupes por nosotros.



Llegué a casa antes que el resto de la familia y comencé a registrar la habitación de la abuela. Ella se enfadaría si supiera que estaba haciendo esto, pero tenía que encontrar qué había causado la interacción. Busqué en sus cajones, su armario, su baño e incluso debajo de su cama, y no encontré nada sospechoso.
¿Dónde escondería la abuela algo? Antes de que pudiera encontrar algo, escuché a la abuela gritar mientras mi madre y mis tías la acompañaban por el camino de entrada.
Corrí a la cocina para ver a las tías obligando a la abuela a entrar en la casa.
—No podemos dejarlo atrás. No cierren la puerta hasta que lo dejemos entrar —gimió la

abuela.

—No tengo idea de qué está hablando. No hay ningún hombre con nosotras, y nadie nos siguió a casa —dijo mi madre.

—¿Alucinaciones? —pregunté.

—Sí —dijo la tía Lily.

La tía Nadia y mi madre finalmente lograron sentar a la abuela en una silla porque accedieron a dejar abierta la puerta de la cocina. La abuela miraba la puerta en silencio, como si esperara que alguien entrara.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Cuando insistió en que guardáramos un lugar para él en la mesa, nos preocupamos un poco. Cuanto más tardaba en aparecer, más agitada se ponía. No nos dejaba pedir hasta que él llegara. Llegamos a un acuerdo pidiendo algunos entrantes primero, pero cuando gritó que necesitábamos mantener la puerta del restaurante abierta, supimos que teníamos que irnos —dijo la tía Nadia.

La abuela apartó la mirada de la puerta y me miró. —¿Eres tú, Isabella?

Acerqué la silla frente a la abuela y me senté. Tomé sus manos frías y húmedas entre las mías. —Sí, abuela, soy yo. ¿Puedes decirme a quién estamos esperando?

La abuela retiró sus manos de las mías bruscamente. —No me dijo su nombre, porque es un secreto. Sé que tiene cosas importantes que decirnos, cosas que salvarán vidas.

El viento azotó nuestra puerta abierta de la cocina y todas saltamos.

—Está aquí —susurró la abuela.

Cerró los ojos y comenzó a temblar. Le agarré la mano de nuevo, y ella la apretó con fuerza. Después de un minuto, dejó de temblar y abrió los ojos. —Se ha ido. Podemos cerrar la puerta.

La tía Lily cerró la puerta y luego la cerró con llave, algo que casi nunca hacíamos cuando estábamos en casa. Los hechizos protectores de nuestra casa tenían siglos de antigüedad y nos mantenían a salvo.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó mi madre.

La abuela se incorporó. —Creo que sí. Dijo que estaba en peligro.

—¿Qué tipo de peligro? —preguntó la tía Nadia.

—No lo sé. Se fue demasiado rápido —dijo la abuela. Se desplomó en su silla, apenas capaz de mantener los ojos abiertos—. Ayúdenme a subir a la cama. Necesito descansar.

La tía Lily la ayudó a levantarse, y ella y yo apoyamos cada lado de la abuela mientras la llevábamos lentamente a su dormitorio. Se acostó en su cama con un suspiro de alivio. —Tal vez me sienta mejor mañana.

Quería una respuesta más de ella. —Abuela, ¿con quién estabas hablando? —No respondió, porque ya estaba profundamente dormida.

La tía Lily me sacó del dormitorio. —¿Qué más había en esa poción que le diste?

—Nada. Era limón, romero y enebro calentados en agua.

—¿Estás segura?

—¿Qué estás diciendo? ¿Crees que yo hice esto?

La tía Lily se pasó los dedos por el pelo. —No. Supongo que no. Es solo que ayer estaba bien, y luego tomó tu poción.

Fruncí el ceño. —Pero no estaba bien. Estaba agotada y muy diferente a sí misma. El problema está en lo que sea que la puso así, interactuando con mi poción. Necesitas registrar la casa y encontrar cualquier cosa nueva que ella pueda estar tomando, antes de que sea demasiado

tarde.

Capítulo 10



Una vez que me aseguré de que las tías estaban bien sin mí, salí. Mi plan era volver al café hasta que me di cuenta de que probablemente mi familia había dejado el restaurante sin pagar. Es decir, ¿quién los detendría cuando intentaban sacar a una mujer delirante del lugar?

Habían ido a The Crispy Biscuit, un punto de encuentro local que servía desayunos todo el día. Empujé la puerta de cristal y me envolvió el aroma a tocino y café. ¿Eran competencia para The Fancy Tart? En cierto modo, aunque nosotros no servimos comidas completas como lo hace el Biscuit.

El Biscuit también tenía una atmósfera muy diferente. Los reservados tapizados en rojo y blanco eran acogedores y complementaban la ecléctica y siempre cambiante colección de arte en exhibición. Una hermosa pintura al óleo de un paisaje marino podía estar colgada junto a un Elvis de terciopelo. Nunca sabías qué ibas a ver a continuación.

En la estación de los camareros, me alegré de ver a mi amiga Emma.

—Hola, Isabella, ¿cómo está tu abuela? —preguntó Emma.

Era bueno tener una amiga comprensiva. —Está descansando ahora. Está tomando una nueva medicación y está teniendo una reacción a ella. —Suficientemente cerca.

Emma frunció el ceño. —Eso pasa. Espero que lo resuelva pronto. Se veía realmente alterada.

Le di un rápido apretón en el brazo. —Gracias. Estoy segura de que lo hará. Las tías la cuidarán. En realidad, estoy aquí para pagar su cuenta. No creo que nadie se acordara de dejar algo de dinero en la mesa cuando la abuela empezó a gritar, ¿verdad?

—No, no lo hicieron. No pidieron mucho, así que lo pagué de mis propinas.

Su amabilidad me hizo sonreír. Claro, hemos sido amigas desde sexto grado, pero las propinas no son muy buenas a principios de año. —Vaya, eso es muy amable de tu parte. ¿Cuánto fue?

Levantó la mano como si no quisiera tomar mi dinero, y deslicé un billete de veinte dólares entre dos de sus dedos.

—No, no es necesario. Y no fue tanto —dijo. Intentó devolverme el billete. Me metí las manos en los bolsillos.

—Sigue hablando y le agregaré más —advertí.

Sonrió. —De acuerdo. Me la pagarás por esto.

La propina generosa era justa, porque cada vez que hay un disturbio, otras personas se van rápidamente y las propinas se resienten. Al menos de esta manera, estaba ayudando a compensar el problema que causó la abuela.

—Entonces, ¿tu abuela hace esto a menudo? No recuerdo que fuera del tipo que grita —preguntó Emma.

Negué con la cabeza. —No. Ha estado cansada últimamente, y al menos hasta hoy, ha estado tan lúcida como tú o yo. Pasará un tiempo antes de que vuelva a salir. ¿Qué dijo?

—Fue lo más extraño. Es como si tuviera Alzheimer y pensara que alguien que solía conocer iba a unirse a ellos. Insistió en tener otro lugar en la mesa, y cuando esta persona imaginaria no apareció, se agitó e insistió en que mantuviéramos la puerta abierta. —Suspiró—. Adoro a tu abuela, pero hace demasiado frío afuera para mantener la puerta abierta. Cuando no lo hicimos, se volvió loca.

La voz de Emma se quebró con tristeza. Por supuesto que no quería molestar a la abuela, pero también tenía responsabilidades. —Entendible.

—Tu madre y tus tías prácticamente tuvieron que arrastrarla fuera de aquí. Seguía diciendo que él no podría encontrarla si se iban.

Fruncí el ceño. Las alucinaciones nunca eran buenas. —Bueno, gracias de nuevo. Aprecio que cuides así de mi familia.

¿Cómo podría averiguar qué le pasaba a la abuela? Deseaba poder preguntarle a Trina qué hacer. Me metí las manos heladas en los bolsillos del abrigo y caminé hacia The Fancy Tart. No había nada que pudiera hacer para ayudar a la abuela, así que al menos podía ocuparme de mis responsabilidades en el trabajo y con Bethany.

Los pensamientos sobre el mal giro de la abuela y la muerte de Trina daban vueltas en mi cabeza, y no oí a la señora Williams llamándome hasta que me alcanzó en la acera.

—Oh, lo siento. Supongo que estaba distraída. —Me detuve porque estaba sin aliento.

Puso una mano en mi brazo. —Quería decirte lo mucho que lo siento por, bueno, ya sabes.

¿Lo sentía? Ahora era el momento perfecto para preguntarle sobre lo que ella y Trina estaban discutiendo. —Gracias. Es una tragedia tan sin sentido. Me hace sentir que ninguno de nosotros está a salvo aquí ya. De hecho, noté que ella había estado discutiendo con gente últimamente, mucha gente.

La señora Williams intentó poner una expresión de sorpresa, pero yo sabía la verdad. La había oído amenazar a Trina. —¿A qué te refieres? —preguntó.

Tomé su mano entre las mías. —Gente como usted, entrando en la tienda y diciéndole a Trina que tenía hasta la noche en que la mataron para arreglar algo.

Intentó soltar su mano. No la dejé ir. —No me di cuenta de que habías oído eso.

—¿Tenía alguna razón para matarla?

Para mi sorpresa, se rió. —¿Por un doble cargo en mi tarjeta de crédito? No parece que valga la pena, ¿verdad?

—Supongo que todo depende de cuánto fuera.

—Diez dólares. Si no revertía el cargo, iba a llamar a mi compañía de tarjetas de crédito. Ellos se habrían encargado desde ahí, pero no creo que envíen sicarios por un asunto de diez dólares —Arrancó su mano de la mía—. Honestamente, las cosas que dicen ustedes los jóvenes. No tienen ni una pizca de decencia. Puede apostar que no volveré a la botica, no si van a acusarme de asesinato. Y espere una llamada de mi compañía de tarjetas de crédito.

Se alejó, murmurando sobre los jóvenes de hoy en día.

Debería haberme preocupado por perder una clienta. No lo estaba. Nunca más tendría que elegir cada flor individual para ella.

Antes de llegar a The Fancy Tart, el abogado de Trina llamó para anunciar la lectura de su testamento. Tenía que estar allí porque era, según él, una beneficiaria importante. Trina y yo nunca hablamos de su testamento, y me sorprendió estar incluida. Solo tenía cincuenta y cuatro años cuando murió; supongo que nunca pensó que necesitaba decírmelo.

La panadería estaba vacía, excepto por Omar. Cerrábamos a las cinco de la tarde, y la hora anterior a eso solía estar muerta.

—Hola, Omar. Ya volví.

Omar me miró y negó con la cabeza.

—Oh, no. Bethany me dio instrucciones estrictas si volvías —Sacó dos éclairs de la vitrina y los puso en una bolsa—. Debía darte estos y enviarte a casa.

Sonreí y tomé la bolsa. Nunca he sido de las que rechazan los éclairs. Algún día tendría las caderas para demostrarlo, pero no hoy. Hoy podía comerlos sin penalidad.

—Dijo que deberías ir a casa y relajarte.

Doblé la parte superior de la bolsa.

—No se equivoca en eso. Te pondré al día la próxima vez que te vea.

—Oh, una cosa más. Tuviste un mensaje telefónico de tu abuela.

¿De la abuela? Había estado profundamente dormida hace una hora. Omar me entregó un trozo de papel que decía: "Tomé una siesta y ahora me siento mucho mejor".

Me alegré de que se sintiera mejor y estaba segura de que las tías la vigilarían de cerca esta noche. Me metí la nota en el bolsillo, le di las gracias a Omar y me dirigí a casa, a una buena película y dos éclairs para cenar.



A la mañana siguiente, salí temprano de mi apartamento, queriendo llegar al supermercado antes de que llegara la tormenta de la que me había advertido la Sra. Thompson.

El detective Palmer estaba en mi entrada, apoyado contra su Dodge Charger sin distintivos. No había notado lo bien que se veía con su chaqueta de cuero y jeans cuando me había llevado a casa. El suéter que llevaba era lo suficientemente ajustado como para mostrar que era un hombre que se tomaba en serio ir al gimnasio. Sacudí la idea de mi cabeza. Hasta que no dejara de verme como sospechosa, no podía tratarlo como nada más que un policía.

—Buenos días, Detective. ¿En qué puedo ayudarle? —pregunté.

Se enderezó y abrió la puerta del pasajero.

—Señorita Proctor, me gustaría que me acompañara a la comisaría. Tenemos algunas preguntas.

Eso sonaba ominoso, y dudé. Sin embargo, cuanto antes me excluyera, más pronto estaría tras la pista del verdadero asesino de Trina. Me mordí el labio.

—De acuerdo. Voy a necesitar algo de café antes de llegar allí.

—Tenemos café en la comisaría —dijo.

Le fruncí el ceño.

—Olvida dónde trabajo. Agua marrón quemada y del día anterior no será suficiente. Voy

a necesitar café de verdad —Sonreí, esperando que captara mi broma—. Necesito fuerzas para soportar más de sus preguntas.

Pareció tomar eso como un cumplido, porque me sonrió.

—De acuerdo. Conseguiremos dos en un autoservicio —Me indicó que me sentara en el asiento delantero.

Supongo que era bueno que no me tuviera sentada en el asiento trasero, como una verdadera sospechosa. Aunque, tal vez pensó que no representaba ningún peligro para él, y el riesgo de tenerme adelante era cero. De cualquier manera, me alegré de no parecer culpable mientras conducíamos.

—Gracias. ¿Tal vez podríamos conseguir también el desayuno?

Una de sus cejas se levantó.

—¿De The Fancy Tart?

—¿De dónde más? ¿Cree que soy una traidora de la pastelería?

—Por supuesto que no. No tomaría pasteles de cualquier panadería. Aceptaré su oferta y aumentaré el tamaño de su café a grande, yo invito.

Esto iba bien. Un poco de coqueteo nunca hacía daño antes de tener que defender mis acciones. Me sorprendió un poco que siguiera el juego, sin embargo. Nos detuvimos en The Fancy Tart por café y danesas, y llegamos a la comisaría en menos de quince minutos.

Me llevó a una deprimente sala de interrogatorios. Una mesa, dos sillas, una grabadora digital y un espejo unidireccional eran todo lo que había en la habitación gris industrial. La luz fluorescente sobre la mesa zumbaba.

Señaló la silla que daba al espejo.

—Tome asiento.

Ambos nos sentamos, y yo forcé a mi corazón acelerado a que se calmara.

—Voy a grabar esta entrevista para referencia futura —dijo después de encender la grabadora.

—Bien. Pregúnteme lo que quiera.

Dio un mordisco a la danesa que le dejé elegir de la bolsa y luego se recostó, relajándose. Todos hemos visto suficientes series policiales para saber que la sala de interrogatorios era el equivalente a un escenario, y que todo era una actuación. Se estaba relajando para animarme a relajarme. Y estaba funcionando.

—Primero, deberíamos simplemente hablar, anotar los aspectos básicos de su vida. ¿Puede indicar su nombre completo y ocupación para la grabación?

—¿Empezando con las preguntas fáciles? Me llamo Isabella Prudence Proctor. Por favor, no te burles de Prudence. No es mi culpa. Si quisieras amenazar con arrestar a mi madre por ponerme un segundo nombre tan horrible, podría haber otra pasta para ti —dije.

Él se rio entre dientes. —¿Y tu ocupación?

—Trabajo en el mostrador de The Fancy Tart Café aquí en Portsmouth.

—¿Algún otro trabajo? —preguntó.

—Soy aprendiz, perdón, era aprendiz de Trina Bassett en la Botica de Portsmouth.

—¿Nada más? —insistió.

—No. Nada más. —¿Cuándo habría tenido tiempo para un tercer trabajo? Quizás si me pagaran por un estudio del sueño.

—Te he visto trabajar en la panadería, probablemente más veces de lo que es bueno para mi salud. Háblame sobre la pasantía —dijo.

Suspiré. No quería hablar de Trina; su muerte aún estaba demasiado fresca en mi

corazón. —Hay muchos caminos para convertirse en herborista, y yo elegí la ruta del aprendizaje. Ayudó que Trina fuera una pariente lejana y que estuviera dispuesta a enseñarme.

—¿Y cuánto te pagaba?

—Como muchas pasantías, no me pagaba nada. Por otro lado, yo tampoco le pagaba por enseñarme. Era un acuerdo mutuamente beneficioso que no involucraba transferencia de dinero.

Me miró con escepticismo. —Hay mucho margen para que ella se aprovechara de ti en esa situación.

—Supongo que lo había, pero esa no fue mi experiencia. Fue paciente conmigo, no se molestó cuando me fui de casa y tuve que encontrar otro trabajo para pagar las cuentas.

—Cuando empezaste como su aprendiz, ¿aún vivías con tu familia?

Asentí.

—Por favor, responde para la grabación —me recordó.

—Oh, lo siento. Sí. Cuando comencé la pasantía, vivía en casa y no necesitaba otro trabajo.

—¿Por qué mudarte? ¿No era más fácil vivir en casa? —preguntó.

Tomé un sorbo de café. —Era más fácil desde una perspectiva financiera. No lo era desde un punto de vista personal. No sé cuánto tiempo viviste en casa una vez que cumpliste dieciocho. Para mí fue difícil. Mi madre y mis tías son todas del mismo molde, y esperaban que yo fuera igual que ellas. No lo soy, y discutíamos mucho.

Se inclinó hacia adelante. —¿En qué eres diferente?

—Quiero explorar más cosas, ver más lugares, hacer más de lo que vivir aquí en Portsmouth me permite. Las generaciones mayores de mi familia no lo entienden.

Sonrió. —Empecé la universidad a los dieciocho. Volví a casa ese primer verano y fue miserable. Mis padres querían tratarme como si aún fuera un niño pequeño, cuando había madurado mucho durante ese año. Nunca me quedé más de unas pocas noches en casa de mis padres después de eso.

—Así que entiendes cómo me siento. Probablemente no sepas esto: mi familia tiene un problema genético. Las mujeres casi siempre dan a luz gemelos, y uno de los gemelos muere muy joven. Ser la gemela sobreviviente de mi madre me hace especialmente preciada y ella siempre ha sido sobreprotectora.

—Eso suena horrible. ¿Es lo mismo para tus tías?

—Sí. Cada una de mis dos primas también tiene una hermana muerta.

Tomó un sorbo de café y me miró por un momento, con verdadera preocupación en sus ojos. —Odio ser brusco, pero ¿por qué seguir teniendo hijos? No parece que el dolor valga la pena —dijo.

—¿Por qué alguien tiene hijos? Porque los quieren, independientemente de su salud o del tiempo que puedan pasar con ellos.

—¿Crees que tendrás hijos? —preguntó.

Miré la grabadora. —Difícilmente creo que esa sea información que necesites para el interrogatorio, ¿no crees?

Entrelazó los dedos detrás de la cabeza. —No. Tienes razón. Dejé que mi curiosidad me ganara. Lamento las pérdidas de tu familia.

Intenté agradecerle, pero tenía un nudo en la garganta y no pude decir nada.

—Entonces, Trina no te pagaba nada, ¿es correcto? —preguntó, sonando mucho más oficial.

—No. No me pagaba.

—¿Y cómo te hacía sentir eso? —preguntó.

Nunca había considerado cómo me hacía sentir. Simplemente era así. —Cuando comencé a trabajar en The Fancy Tart, estaba agotada todo el tiempo. Nunca había tenido un trabajo donde tuviera que estar a las cuatro o cinco de la mañana, y fue difícil acostumbrarme. Una vez que cedí y me acosté a las nueve, mejoró mucho. Así que supongo que al principio me sentía resentida, pero hace tiempo que no me siento así.

—¿Las nueve? Parece temprano.

—No para alguien que necesita estar despierto y feliz a las cinco de la mañana —dije.

Se inclinó hacia adelante y me miró a los ojos con una expresión que había perdido toda amabilidad. —Y estabas enojada con Trina por no pagarte, para que pudieras dejar el difícil trabajo de la panadería.

Su cambio de tono me sobresaltó. Lo dijo como si lo creyera completamente, y como si yo también debiera creerlo.

—No. Para nada. Me gusta el trabajo de la panadería. Ahora que estoy acostumbrada, me gusta levantarme temprano y ver salir el sol. No extraño estar despierta hasta la medianoche, perdiendo el tiempo hasta estar lo suficientemente cansada para dormir. Si nunca hubiera tomado el trabajo de la panadería, nunca habría aprendido estas cosas sobre mí misma. —Intenté no sonar defensiva, pero no me gustaba hacia dónde se dirigía esta pregunta.

—Tenemos testigos que te sitúan en la botica la noche del asesinato.

No dije nada, porque no me había hecho una pregunta. Además, a menos que fueran testigos que me vieron a las seis de la tarde, cuando Trina aún estaba viva, me estaba mintiendo descaradamente. Me ruboricé al darme cuenta de que mentía para ver si confesaba.

Esperó a que yo hablara. En su lugar, le di un mordisco al cruasán y un sorbo al café. No dejaría que me asustara para que dijera nada.

Finalmente, dijo: —¿Qué tienes que decir sobre eso?

Primera ronda para mí. —¿A qué hora me vieron? —pregunté.

—No estaban seguros, en algún momento después de las diez.

—Sus testigos están equivocados. O mienten. O ni siquiera son reales. A las diez de esa noche yo estaba en mi apartamento, profundamente dormida —respondí bruscamente.

Se puso de pie y se inclinó sobre la mesa. —¿Me estás llamando mentiroso? —dijo mientras su rostro enrojecía.

Me aparté de él, asustada por su repentino cambio de humor. En mi mente, escuché las primeras enseñanzas de mi madre, advirtiéndome que mantuviera la calma. Tranquilité mi mente y encontré la verdad en la situación. La verdad era que yo estaba en casa, dormida, y él estaba equivocado.

—Como dije, sus testigos están equivocados. Sé que usted no tiene que decirme la verdad y creo que todo este tiempo tomando café y comiendo pasteles era su manera de ablandarme para que confiara en usted.

—Mi testigo no está mintiendo.

Interesante. Testigo, no testigos. Definitivamente me estaba mintiendo. —¿Ahora es solo un testigo? Sigue estando equivocado.

Se sentó en su silla, tomó el bloc legal y el lápiz que había traído a la sala y los arrojó frente a mí. —Escribe dónde estabas y qué hiciste esa noche. Incluye qué usaste para golpear a Trina en la cabeza, y por qué quisiste matar a la mujer que había sido amable contigo.

¿Acaso no me había estado escuchando? Una vez más, recordé la advertencia de mi madre mientras sentía el hormigueo de la magia recorriendo mi piel. Después de una respiración

profunda y purificadora, me di cuenta de que no me había leído mis derechos. No estaba arrestada. No tenía ninguna obligación de responder a sus preguntas, mucho menos escribir una falsa confesión.

Reuní todo mi valor y me puse de pie. Por mucho que me asustara, me acerqué a él y lo miré a los ojos. —No haré tal cosa. Si no estoy bajo arresto, me iré ahora. Si tiene alguna otra pregunta razonable, preguntas que lo lleven al asesino de Trina, estoy disponible.

Caminé hacia la puerta, esperando que no estuviera cerrada con llave, porque iba a parecer una idiota si no podía salir de allí por mi cuenta.

En el momento en que mi mano tocó el pomo, este se movió y la puerta se abrió. El alivio me inundó hasta que vi al Jefe Dobbins, con una expresión agobiada en su rostro.

Capítulo 11



—Supongo que puedo irme, ¿verdad? —pregunté.

El jefe Dobbins se apartó de la puerta de la sala de interrogatorios.

—Por supuesto. No está detenida. Antes de que se vaya, me gustaría hablar con usted unos minutos.

Lo miré con escepticismo. Claramente, no podía confiar en Palmer, así que ¿por qué confiaría en él?

—Le prometo que podrá irse cuando quiera. Me gustaría explicarle un poco lo que estaba haciendo el detective Palmer.

Supuse que no me mataría escuchar su explicación. Después de todo, me había dicho a qué hora murió Trina la última vez que hablamos; tal vez se le escaparía más información.

—Guíe el camino —dije.

Una vez que cerró la puerta de su oficina, dijo:

—Por favor, siéntese. ¿Puedo ofrecerle algo?

Negué con la cabeza mientras me sentaba en el brazo de la silla para visitantes.

—Aparte de mi bollo danés que dejé en la sala de interrogatorios, no. Preferiría salir de aquí lo más rápido posible.

Se sentó detrás de su escritorio.

—Estaba observando la entrevista a través del espejo unidireccional. Probablemente me sorprendí tanto como usted cuando Palmer pasó repentinamente de charlar a acusarla de asesinato. No exijo a mis detectives que discutan sus interrogatorios conmigo. En este caso, ojalá lo hubiera hecho, porque le habría advertido que su técnica no funcionaría con una mujer Proctor.

¿Con una mujer Proctor? ¿Qué tan bien conocía a mi familia?

—Lo agradezco. Entonces, dígame, ¿estaba diciendo la verdad cuando dijo que tenía un testigo? —pregunté.

—Como dije, no discutimos los interrogatorios. Palmer solo lleva aquí unos meses. Vino de Boston, y allí hacen las cosas de manera diferente. Asumen que cada sospechoso es culpable y luego les dicen que confiesen.

—¿No obtienen muchas confesiones falsas? Me sentí intimidada allí. Una mujer más

asustada haría lo que fuera para alejarse de ese hombre enojado.

El jefe apoyó los brazos en su escritorio.

—Muchas menos de lo que podría imaginar. Y si una persona va a retractarse, será casi inmediatamente después de salir de la sala de interrogatorios. Si esperan mucho más, estamos seguros de que tenemos un caso sólido.

—Entonces, ¿todo lo que tiene que hacer un criminal es ser más terco que su detective y puede salir caminando?

El jefe se rió.

—No, en absoluto. Si tuviéramos pruebas contundentes en este caso, las usaríamos para encontrar a su asesino.

No me gustó cómo sonaba eso. Forzar confesiones a través de la intimidación parecía innecesario en Portsmouth.

—Isabella. Eh, señorita Proctor, sabe que tengo una larga historia con su familia, y espero que entienda que tengo en alta estima a todas las mujeres Proctor, incluida usted.

Asentí lentamente, preguntándome por millonésima vez por qué las tías no hablaban de su pasado.

—Entiendo por qué estaría confundida y enojada por su interrogatorio, y quería explicárselo. Odiaría que esta única experiencia la desanimara de la idea de unirse a la fuerza —dijo.

Era hora de un poco de manipulación.

—Me temo que el detective Palmer ya lo ha hecho por usted. Mis tías se sentirán decepcionadas por el trato que he recibido aquí.

El jefe palideció.

Hice una pausa antes de continuar.

—Supongo que podríamos llegar a un acuerdo y no tendría que contárselo.

El jefe se inclinó hacia adelante.

—Continúe.

—Primero, me gustaría saber si había un testigo, porque su declaración es una mentira o, al menos, confundieron a alguien más conmigo. Mi compañera de cuarto le dirá que estaba en casa y dormida a las diez. Y segundo, tengo curiosidad sobre cuando dijo que no tenían pruebas contundentes. Quiero decir, ¿no hay huellas dactilares o muestras de ADN o algo?

—Palmer no me ha hablado de ningún testigo.

¡Ajá! Ahora sabía cómo se veía Palmer cuando mentía. La piel del jefe se sonrojó y trató de salir del apuro intimidando a su testigo. Esto podría ser útil en el futuro.

—Normalmente, tendríamos evidencia física en el cuerpo o en el lugar. Tenemos las huellas dactilares de Trina y asumimos que las otras que encontramos en la caja registradora y en la sala de preparación eran suyas. Comprensible, ya que trabajaba allí. Las de Trina estaban en todo también. Encontramos muchas otras huellas en los frascos, todas únicas. A menos que la tienda haya sido destrozada por una turba, quien lo hizo llevaba guantes. Había una huella de bota aceitosa en un pedazo de papel, hecha por botas Timberland con punta de acero de hombre, talla 10.

Las botas Timberland eran muy comunes en New Hampshire. Incluso teniendo en cuenta la talla, esa no era una pista muy útil.

—Tampoco había evidencia del asesino en la roca con su sangre —continuó.

De repente, mi cabeza comenzó a dar vueltas. No había pensado en un arma homicida, ni en lo que podría ser. Me sentí estúpida e ingenua, como una niña pequeña que se creía adulta.

—Señorita Proctor, ¿está bien? —El jefe llamó a su secretaria para que trajera un vaso de agua. Cuando me lo entregó, no estaba segura de poder retenerlo.

—Beba a sorbos pequeños —dijo ella—. Le prometo que se sentirá mejor.

El primer sorbo se revolvió en mi estómago pero se quedó abajo. Tomé un sorbo más y decidí no tentar a la suerte con un tercero.

—Haré que alguien la lleve a casa —dijo el jefe.

—Te lo agradecería.

Obtener más información de él tendría que esperar. Para mi horror, llamó a Palmer por el intercomunicador y le dijo que me llevara a casa.

—No, gracias. Puedo tomar un taxi.

Palmer llamó y entró en la oficina. Se sentó en el borde del escritorio del jefe y me entregó mi café y el bollo danés. —Lamento lo del interrogatorio. Las acusaciones son un procedimiento establecido en mi antiguo departamento. No pensé que admitirías un crimen que no cometiste, pero si tuvieras un atisbo de culpa, podría lograr que confieses.

Lo miré fijamente, con el ceño fruncido y la magia hormigueando en mis dedos. Necesitaba calmarme o iba a lanzar un hechizo involuntariamente.

—Es un cumplido, en realidad —continuó.

—No se te da bien tratar con mujeres, ¿verdad, Detective? "No creo que pueda intimidarte demasiado" no es el tipo de cumplido que a las mujeres les gusta escuchar —le espeté.

Detrás de él, el jefe resopló. —Te ha pillado ahí, Steve.

—Probablemente tengas razón —dijo—. Déjame compensarte llevándote a casa. Prometo que no habrá interrogatorio ni intimidación.

Se estaba haciendo tarde y quería volver a ver cómo estaba la abuela, así que acepté su oferta. Tener a la policía como mi servicio personal de taxi parecía un buen uso del dinero de los contribuyentes en este momento.

—De acuerdo. Puedes llevarme a Proctor House en su lugar.

Esto llamó la atención del jefe. —No le vas a contar esto a tu tía Lily, ¿verdad?

—La abuela no se encuentra bien, dudo que salga el tema. —¿Me sentía mal por mentirle? Ni un poco. Definitivamente tenía la intención de contárselo.

—Bien. Palmer, espero que vuelvas inmediatamente. Necesitamos ajustar tu idea de las técnicas de interrogatorio.

De camino al coche, Palmer preguntó: —¿Qué pasa contigo y el jefe? Nunca lo he visto tan interesado en un solo testigo o sospechoso.

—¿Y cuál soy? ¿Testigo o sospechosa?

—No eres sospechosa. Y tampoco testigo, aunque encontrar el cuerpo te hace estar involucrada.

—Tiene la idea de que estoy interesada en el trabajo policial y quiero unirme a la fuerza. No he tenido el valor de decirle lo contrario.

Palmer se rio. —No con él tratándote como si fueras un huevo de Fabergé, eso seguro. ¿Qué le dio esa idea?

—Confundió mi interés en el caso con un interés en el trabajo policial. Todo lo que quiero es averiguar quién mató a Trina.

Palmer dejó de caminar. —No lo hagas. Es peligroso, y no quieres interponerte entre un asesino y su escape hacia la libertad. Si una persona ha matado una vez, matará de nuevo para

mantenerse libre.

Me burlé. —Dudo que yo sea lo suficientemente importante como para que alguien quiera matarme.

Me tocó el brazo y lo miré. Me sorprendió la preocupación en sus ojos. —Lo digo en serio, Isabella. Llámame y yo me encargaré. Prométemelo.

No quería prometer algo que no tenía intención de hacer. —Prometo que te llamaré si creo que estaré en peligro de muerte.

No necesitaba saber que podía cuidarme sola, la mayor parte del tiempo.

Capítulo 12



Palmer y yo no hablamos durante el corto trayecto hasta la casa de mi familia. El coqueteo que habíamos mantenido de camino a la comisaría fue reemplazado por un silencio incómodo, interrumpido solo por el chasquido de la señal de giro del coche.

Cuando llegamos a la casa, salté del coche.

—Gracias por traerme. Lo aprecio.

—Recuerda lo que prometiste. Nada de perseguir asesinos.

Saludé con la mano mientras caminaba hacia la casa, sin querer repetir mi casi mentira.

Thea abrió la puerta principal cuando llegué.

—¿Quién era ese?

Puse los ojos en blanco.

—El detective Palmer. ¡Menudo imbécil!

Cerró la puerta tras de mí.

—¿Desde cuándo tienes hombres guapos llevándote por ahí? ¿Y detectives de policía, nada menos?

Fruncí el ceño.

—No te importaría su aspecto si te acusara de asesinato.

Los ojos de Thea se abrieron de par en par.

—¡No puede ser! ¿Por qué pensaría eso?

—Según el jefe de policía, es más fácil convencer a una persona culpable de que admita su culpabilidad que hacer el trabajo de campo y encontrar pruebas. Como no me quebré, decidieron que soy inocente.

Thea frunció el ceño.

—Por supuesto que lo hicieron. Lo eres, ¿verdad? Es decir, no te están interrogando porque hayas hecho algo malo, ¿no? —preguntó vacilante.

Me detuve un momento. ¿Thea pensaba que yo era capaz de asesinar?

—No es que fueras a matar a nadie, pero ¿tuviste alguna pelea con ella o algo así?

Le di un puñetazo suave en el hombro.

—No seas idiota —desesperada por cambiar de tema antes de que volviera a lo guapo que era Palmer, pregunté—: ¿Qué está pasando hoy?

Caminamos hacia la cocina y Delia dijo:

—El funeral de Trina es en tres días y estamos empezando a prepararnos.

La tía Nadia se volvió desde el fregadero para mirarme.

—Oh, Isabella, estás aquí. Bien. Puedes empezar a secar los platos.

Los seis, todos menos la abuela, trabajamos durante la tarde preparando la comida para las personas que vendrían a presentar sus respetos.

Thea se sentó a la mesa.

—Y tenemos buenas noticias. Las cinco registramos la casa. No había nada en los baños ni en la habitación de la abuela. Encontramos té en la cocina que ninguna de nosotras había probado.

—¿La abuela recibió té por correo? —pregunté mientras sacaba la lechuga del refrigerador.

—Llegó hace unas semanas de su amiga Hope, en Sewall —dijo la tía Nadia.

La abuela tenía muchas amigas en comunidades de brujas alrededor del mundo que yo nunca había conocido. Sewall era un pueblo más al norte, oculto de los no brujos. La mayoría de las brujas de New Hampshire vivían allí, porque no necesitaban esconder sus habilidades.

—Lo puso en el armario y me olvidé por completo. El té tiene salvia. ¡Salvia! Con razón pensaba que estaba viendo fantasmas —continuó la tía Nadia.

No estaba segura de que la salvia explicara la fatiga de la abuela. Era un alucinógeno fuerte y no legal en varios estados. ¿Por qué querría Hope envenenar a la abuela?

—¿Cómo supieron qué había en el té? —pregunté—. Es decir, no lo probaron con nadie más, ¿verdad?

La tía Nadia sacó una bandeja de brownies del horno.

—Por supuesto que no. Conocemos algunos hechizos de identificación. Una vez que tu madre lo probó y vio que estaba envenenado, lo tiramos. No tiene sentido tentar al destino dejándolo por ahí.

—¿Todavía está en el cubo de basura?

La tía Nadia asintió.

—Debería estar justo en la parte superior.

Primero, la abuela fue envenenada, luego Trina fue asesinada. ¿Estaban relacionados los dos hechos? No estaba segura. Una cosa que sí sabía era que la policía no estaba preparada para lidiar con nada mágico y necesitarían mi ayuda. Salí y miré el camino de entrada. Todavía había un poco de nieve en el suelo y las plantas de los jardines aún estaban dormidas. Abrí la tapa del cubo de basura, tomé un trozo de periódico del reciclaje y recogí la lata de té. Si había salvia en el exterior del envase, no quería que me tocara. Abrí la lata y olí suavemente. Mezcla cítrica.

Cerré los ojos y me concentré en el té y sus ingredientes. Este proceso no era tan místico como sonaba. Era como tratar de distinguir todos los instrumentos en una pieza musical, pero con comida o bebida. Cuando aprendí a hacer esto por primera vez, la comida me sabía asquerosa porque probaba los ingredientes individuales —harina, huevo, sal, lo que fuera— y no estaba probando la combinación. Me llevó tres semanas aprender a activar y desactivar esta habilidad antes de poder comer algo que no fuera un alimento de un solo ingrediente. Ahora lo mantenía desactivado a menos que realmente lo necesitara.

La tía Nadia tenía razón. El té tenía salvia. Había aprendido un poco sobre ella en la botica, y no era algo que tuviéramos. Uno de los problemas era que estaba contraindicada en dietas que incluían muchos alimentos comunes, como el limón y el ajo. Y la poción que hice para la abuela tenía limón. No era de extrañar que hubiera tenido una reacción tan fuerte.

Tiré el té a la basura y cerré la tapa. La abuela se encargaría de Hope cuando estuviera lista. Por ahora, necesitaba averiguar cómo, usando mi intuición, había hecho una poción para la abuela que la había dañado. Podría haber matado a mi propia abuela, y tal vez lo habría hecho, si ella no se hubiera asustado en el restaurante.

Mi pecho se tensó mientras la culpa me abrumaba. Me hundí en las escaleras junto al cubo de basura y me senté con la cabeza entre las manos. No quería pensar en esto, y no quería entrar en la casa y enfrentarme a mi familia. Debían saber que todo esto era mi culpa. Y si había algún daño permanente en la abuela, nunca me lo perdonaría.

Claramente, no estaba lista para hacer pociones por mi cuenta, y ciertamente no estaba lista para dirigir la botica. Esperaba que Trina se la hubiera dejado a alguien más cualificado; tal vez a una bruja de Sewall. Yo sería una gerente temporal para ellos hasta que encontraran a alguien más para dirigir la tienda. Luego me iría, trabajaría en la panadería y llevaría una vida sin magia. No se me debería confiar más responsabilidad que esa.

Estaba temblando cuando mi madre salió.

—Pensé que te encontraría aquí fuera —dijo.

Aparté la cabeza de ella y rompí a llorar.

Se sentó a mi lado en los escalones y me rodeó con un brazo. —No había forma de evitar esto.

Sorbí por la nariz. —Pero yo... pero yo...

—Escúchame. No había forma de que supieras que tu abuela estaba siendo envenenada cuando hiciste tu poción. Nadie podría haberlo sabido. Ni yo, ni Trina, nadie. No más de esto de responsabilizarte por algo que no fue tu culpa. Por eso nunca, nunca haces una poción para una persona que no has visto recientemente. Para estar segura, deberían estar justo frente a ti.

—Fue mi culpa —susurré.

—No. No lo fue. Es culpa de la persona que quería matar a tu abuela. Incluso sin tu poción, habría muerto en los próximos meses y habríamos creído que era por causas naturales.

—Pero...

—No hay peros. —Se estremeció—. Vamos adentro. Te haré una taza de chocolate caliente para que entres en calor, y hablaremos más.

Cuando no respondí ni me moví, me espetó: —Haz lo que te digo, Isabella.

A los veintiún años, todavía no era inmune a la "voz de mamá", así que me levanté y la seguí a la cocina. Además, su chocolate caliente era delicioso.

Se ocupó haciendo chocolate mientras yo me sentaba a la mesa. —Necesitas cambiar tu perspectiva. Si no le hubieras dado la poción a la abuela, nunca habríamos encontrado el veneno. La salvaste.

Como para subrayar lo que dijo, la abuela entró en la cocina. Tenía color en las mejillas y sus ojos estaban brillantes y claros. —Aquí está mi chica inteligente.

Le di una débil sonrisa. —No me siento muy inteligente ahora mismo. Quizás tuve un poco de suerte.

La abuela se sentó a mi lado en la mesa. —¡Tonterías! Hiciste exactamente lo que necesitaba para mejorar. Tengo que decirte que me siento mejor ahora de lo que me he sentido en semanas. No seas tonta y no te castigues por esto.

Mi madre puso una taza de chocolate frente a mí. Soplé, pero sabía que aún estaba demasiado caliente para beberlo.

—Te hice alucinar —dije.

La abuela frunció los labios. —Ya basta de esta tontería autoindulgente, jovencita. Estoy

de pie y saludable gracias a tus acciones. Hope es quien tiene que responder por esto, no tú.

Tomó un sorbo de mi chocolate. —Si Trina aún estuviera viva, ¿qué diría?

—Eso es fácil. Me diría que no me culpe cuando las cosas salen bien. Que debería tomar la victoria y aprender de la experiencia —dije, sin creer lo que estaba diciendo.

—Exactamente —dijo la abuela.

Me quedé en silencio por un minuto y observé a la abuela beber mi chocolate. Parecía sentirse mucho mejor. Sin alucinaciones, sin hablar con amigos imaginarios. El alivio me invadió mientras la rodeaba con el brazo y le daba un apretón.

A las cinco, la tía Nadia me entregó la masa de pan que había estado en la nevera.

Miré a la abuela. —¿Cómo hiciste esto?

Sonrió. —Una vez que tu madre y tus tías me lanzaron un hechizo purificador, me sentí mucho mejor.

—Me alegro. Estábamos preocupados por ti —dije.

—Hace falta más que un poco de veneno para dejarme fuera de combate. No tener panecillos para la cena me va a poner de mal humor, y nadie quiere eso. Ponte a trabajar.

Le besé la mejilla e hice lo que me dijo.

Una vez que llegamos a la mesa de la cena, los siete hablamos sobre lo mucho mejor que se sentía la abuela. Cada uno de los miembros de mi familia se aseguró de decir que si yo no hubiera traído la poción, ella podría estar muerta ahora. Cuando llegaron a brindar por mí, tuve que ponerle fin.

—El detective Palmer me interrogó hoy —dije en un intento desesperado por hacer que dejaran de alabarme.

La tía Lily dejó su copa de vino, esperando que continuara. Si no tenía cuidado, el jefe iba a recibir una buena reprimenda de ella mañana por la mañana.

—¿Por qué? —preguntó mi madre—. Ya te habían interrogado. —Su voz se volvió más alta y aguda—. No serás sospechosa, ¿verdad? Porque si lo eres, iré directamente allí y le diré un par de cosas a Dobbins.

¿Cómo explicar esto de una manera que dijera toda la verdad y mantuviera al jefe fuera de demasiados problemas? —No, mamá, no es necesario. La policía necesitaba hacer algunas preguntas de seguimiento, y yo quería ayudar. Quiero que se encuentre al asesino de Trina tanto como cualquiera, así que me alegré de que me sacaran de su lista de sospechosos.

—¿Eras sospechosa? —preguntó Delia—. Trina siempre ha sido buena contigo. ¿Les dijiste eso? ¿Les dijiste que es familia?

Estalló la charla alrededor de la mesa, y tuve que hablar más alto para que me oyeran. —¡Oigan! Está bien. Todos tenemos el mismo objetivo aquí. No nos alteremos por lo que está haciendo la policía. Están siguiendo el patrón habitual de interrogar a las personas más cercanas a la víctima, y es natural que quisieran hablar conmigo desde el principio.

Mi abuela todavía estaba murmurando sobre Dobbins, aunque el resto de la mesa estaba en silencio.

—Ahora, déjenme contarles lo que he averiguado —dije.

Eso incluso hizo que la abuela se callara.

—Por desgracia, no mucho. Trina fue asesinada alrededor de la una y media de la madrugada. El asesino no dejó evidencia física en el exterior y solo una huella clara de bota en la oficina. La tienda fue destrozada después de que la mataran, y su asesino destruyó casi todo en un ataque de ira.

La tía Lily se burló.

—Por supuesto que el asesino estaba enojado. No se mata a la gente por alegría, ¿verdad?

—Me refiero a más enojado de lo normal, supongo. Esa es la impresión que me dio el detective Palmer.

—¿Es él quien te trajo? —preguntó Delia.

Aparentemente, Thea había hablado de más. Puse los ojos en blanco.

—Sí. Él fue quien me interrogó, y para compensar por haber sido un idiota, me trajo aquí. Créeme, aún no ha terminado de compensarme por el interrogatorio.

Los ojos de mi madre se helaron de ira, y antes de que dijera algo, sonó mi teléfono.

—Hola, Isabella. Soy el detective Palmer.

—Buenas noches, detective. ¿En qué puedo ayudarle? —dije lo suficientemente alto para que todos en la mesa me oyeran mientras caminaba hacia el pasillo.

—Quería decirte que la escena... quiero decir, la botica está casi terminada de procesar y puedes entrar mañana por la mañana.

—Bien. Gracias. ¿Puedo limpiar todo entonces?

—Sí. Hemos terminado. Aunque, si encuentras algo que falte o sospechoso, agradecería una llamada. Estoy seguro de que quieres ayudarnos en todo lo que puedas.

Fruncí el ceño. No estaba tan entusiasmada por ayudarles como por encontrar al asesino yo misma. Si el asesino era otra bruja, la policía podría estar en un peligro del que no podrían protegerse.

—Si se me ocurre algo, llamaré. Pero si tu idea de ayudar implica más interrogatorios como el de hoy, no estoy interesada.

Suspiró.

—Sobre eso. Créeme, ya tengo suficientes problemas por el interrogatorio de hoy con el jefe Dobbins. No necesito más problemas, así que los trataré a ti y a toda tu familia con guantes de seda a partir de ahora.

Me sentí un poco mal por él.

—¿Por qué? ¿Qué dijo?

—El jefe me dijo sin rodeos que tú y tu familia nunca matarían a nadie.

—Tiene razón. No dijo por qué, ¿verdad?

—No. De hecho, iba a preguntarte lo mismo. ¿Por qué tu familia está exenta de escrutinio?

No tenía ni idea. Estoy segura de que la tía Lily podría decírselo, pero hasta ahora, sus labios estaban sellados.

—¿Señorita Proctor? —insistió cuando no dije nada.

—Oh, lo siento. Estaba pensando en su pregunta. Tendrá que preguntarle al jefe sobre eso.

—Asegúrate de llamar si encuentras algo que hayamos pasado por alto —dijo antes de colgar.

Regresé al comedor para encontrar a mi familia en la puerta, tratando de escuchar mi conversación.

—La tienda está lista para abrirse mañana. Voy a tener que ir a limpiarla toda.

—¿Todo? —preguntó mi madre—. El lugar estaba destrozado. Tendrás que tirar todo y empezar de nuevo.

Me estremecí ante la idea.

—Sí, lo haré. Limpiar me dará tiempo para encontrar cualquier pista que la policía haya

pasado por alto.

Cualquier pista que se les hubiera escapado estaría relacionada con la magia, y la policía no estaba preparada para lidiar con un asesino paranormal. Por mucho que Palmer pensara que me estaba protegiendo, yo también lo estaba protegiendo a él.

Capítulo 13



Me desperté temprano, o al menos más temprano de lo que lo habría hecho un día que no iba a la panadería. Las seis de la mañana aún me parecían un lujo. Me vestí con mi peor ropa, lista para ensuciarme increíblemente mientras limpiaba la botica.

La tormenta que la señora Thompson predijo había dejado cinco pulgadas de nieve pesada, convirtiendo Portsmouth en un país de las maravillas. Las máquinas quitanieves habían estado trabajando toda la noche, así que las calles y aceras ya estaban despejadas. Para cuando llegué a la

Pasé por The Fancy Tart para desayunar y tomar un refrigerio a media mañana, y para ponerme al día con Bethany. Tenía que reducir mis horas durante la próxima semana para preparar la botica para quien heredara el negocio. Probablemente no era mi responsabilidad, pero no podía soportar la idea de que el trabajo de toda la vida de Trina estuviera en ruinas, y de ninguna manera dejaría a nuestros clientes abandonados.

Omar me saludó e inmediatamente se volvió para prepararme una bebida. Me entregó un café de Sumatra.

—Necesitas esto. Y no te quejes por el azúcar que le puse. Si vieras lo mal que te ves, me lo agradecerías.

Intenté sonreír y tomé el café. La verdad es que tenía razón. Esta mañana no me había gustado lo que vi en el espejo. Tenía profundas bolsas bajo los ojos y no podía obligarme a sonreír. No sabía cómo uno o dos sobres extra de azúcar iban a arreglar esto, pero era agradable que intentara animarme. La taza caliente descongeló mis dedos fríos y el aroma del café me hizo agua la boca.

—¿Puedo pedir un sándwich de huevo y queso en un muffin inglés y un éclair? — pregunté.

Levantó una ceja.

—¿Cuál vas a comer primero?

—El sándwich de huevo y queso. El éclair es para más tarde.

Transmitió mi pedido de sándwich a la cocina y empaquetó el éclair para mí.

—¿Cómo estás?

—La policía ha liberado la botica y voy a entrar a limpiarla.

—Escuché que estaba básicamente destruida por dentro. Eso es mucho trabajo.

—Sí, bueno, no hay nadie más que pueda hacerlo. Trina no tenía mucha familia cercana. Su ex marido no es de fiar, y su sobrino tampoco. No creo que la tienda esté destruida. Aunque habrá que reemplazar todo el inventario. Lo que más voy a odiar limpiar es el invernadero. Las plantas murieron, y Trina y yo pusimos mucho trabajo en cultivarlas. Es como perder una mascota, solo que había cientos de plantas allí —fruncí el ceño ante este pensamiento. Tanto trabajo arruinado porque alguien estaba enojado. No tenía sentido.

—Lamento que tengas que hacer todo eso —me entregó mi pedido—. Va por cuenta de la casa.

Sospeché que en el momento en que entrara a la cocina, él mismo pagaría mi comida, y me hice una nota mental para hacer algo agradable por él cuando resolviera todo este lío.

En la cocina, Bethany levantó la vista de la batidora gigante a la que estaba añadiendo harina.

—Oh, no esperaba verte hoy.

—No estoy en el horario. Quería hablar contigo sobre trabajar menos horas esta semana. La policía ha liberado la botica, y necesito limpiarla y ponerla en funcionamiento de nuevo.

Apagó la batidora y se limpió las manos en el delantal.

—¿Vas a mantenerla funcionando?

—Sí. Al menos intentaré mantener abastecidos a nuestros clientes habituales hasta que quien herede el negocio pueda hacerse cargo.

—Pasa esta noche y tendré un horario revisado listo. Llámame si puedo ayudarte con cualquier otra cosa.

Sonreí y le di las gracias antes de salir para borrar los signos del asesinato de Trina y fingir que no estaba al borde de las lágrimas. No me estaba engañando a mí misma, y dudaba que engañara a cualquier cliente que pasara.

Sabiendo que el olor persistente a alcohol en la botica arruinaría mi apetito, me comí el desayuno durante el corto trayecto.

Dejé mi café y el éclair junto a la puerta trasera de la botica y me enfrenté primero al invernadero. Abrí la puerta y entré. El olor a alcohol se había disipado en los últimos días, y todo lo que vi fueron plantas muertas. Las saqué una por una, tirándolas en el contenedor. No me molesté en guardar las pequeñas macetas de plástico. Conservé las macetas de arcilla para replantar, aunque pasarían muchos meses antes de que las nuevas plantas que comprara lo requirieran.

Con cada viaje al contenedor, pasaba por los arbustos detrás de los cuales encontré a Trina. Después de media hora, me había acostumbrado a caminar de un lado a otro frente al lugar, y dejé de estremecerme.

Estaba trabajando rápido, tratando de terminar la limpieza lo antes posible.

—Isabella, hemos venido a ayudar —dijo mi madre.

Toda mi familia estaba al final del callejón, vestida con ropa de trabajo, guantes y botas, y rompí a llorar. No me había dado cuenta de lo molesta que me hacía sentir estar sola con este trabajo, y cuánta carga suponía.

Mi madre se apresuró hacia mí.

—Nunca tienes que afrontar las cosas sola en la vida, cariño. Siempre tienes a tu familia.

Mis tías, primas y abuela se unieron a ella en un abrazo grupal y no me soltaron hasta que dejé de llorar.

—Has hecho un buen comienzo. ¿Por qué no siguen todos con las plantas? Yo

inspeccionaré la escena del crimen —dijo la abuela.

Di instrucciones rápidas para guardar las macetas de arcilla y luego me uní a la abuela afuera junto a los arbustos.

—¿Qué estás buscando?

—La policía no es tan inteligente. Pueden pasar por alto muchas cosas, y si hubo algún asunto de brujería, puede que yo pueda sentirlo.

Mis primos y yo habíamos intentado lo mismo cuando estuvimos aquí hace dos noches, sin éxito. La abuela, sin embargo, era mejor que nosotros en todo. Si había algo por descubrir, estaba segura de que ella lo sentiría.

—A Trina la mataron allí —dije, señalando el trozo de terreno del que habían quitado toda la grava.

La abuela se movió al centro del parche y cerró los ojos. No necesitaba gestos extraños con las manos ni varitas mágicas para invocar su poder. Se quedó allí, se abrió al universo y escuchó.

Permaneció inmóvil durante diez minutos. Me aburrí de observarla, porque no podía sentir lo que ella sentía. Fui a ayudar con el invernadero y me sorprendió lo que cinco personas extra lograron en tan poco tiempo. El invernadero estaba casi medio vacío.

Agarré una maceta grande y estaba a punto de llevarla afuera cuando Delia dijo: —Isabella, ¡mira! —Señaló una pequeña planta de romero que aún estaba verde—. Todavía está viva.

—¿Cómo ha pasado esto? —pregunté.

—Estaba escondida detrás de esta planta más grande, y el imbécil que hizo todo esto debe haberla pasado por alto.

Recogí la planta y la abracé contra mi pecho. Cursi y sentimental, pero se sentía correcto. Saber que algo había sobrevivido a esta pesadilla me daba esperanza. —Voy a llevarla a la tienda.

La abuela seguía haciendo lo suyo, así que la dejé en paz. Busqué en mi bolsillo las llaves de la tienda y luego abrí la puerta. El hedor a alcohol y podredumbre asaltó mi nariz. Todas las pociones e ingredientes habían pasado los últimos días mezclándose en un solo olor gigante y pútrido que no quería respirar.

Coloqué la planta junto a la caja registradora, bordeé la mayor parte del desastre en el suelo y abrí la ventana delantera. Me di la vuelta e inspeccioné la tienda. El polvo para huellas dactilares cubría las superficies planas, dando al área de ventas normalmente brillante y soleada una sensación lúgubre. Era bueno que mi familia estuviera aquí, o esto habría llevado una semana para limpiarlo por completo.

En el silencio, podía oír el pitido del buzón de voz. Volví a la oficina y presioné el botón para escuchar los mensajes:

—Somos Limpieza Hanson. Lamentamos su pérdida y queríamos ofrecerle nuestros servicios en este momento triste. Estamos disponibles para todas sus necesidades de limpieza relacionadas con escenas del crimen. Por favor, llame para discutir cómo podemos ayudarlo.

Vaya. No tenía idea de que los limpiadores ahora también eran cazadores de ambulancias. Eliminé el mensaje y pasé al siguiente.

—Que Trina ya no esté no significa que no espere recuperar mi dinero. Habla con Frank y resuelve esto.

Mi corazón se aceleró. No reconocí la voz del hombre, y yo no tenía tanto dinero. Guardé el mensaje y se lo contaría al detective Palmer la próxima vez que lo viera.

Cerré la puerta de la oficina antes de que alguien entrara. Quería ser yo quien revisara todos los papeles y viera si había alguna pista que la policía hubiera pasado por alto.

Cuando volví afuera, la abuela estaba dando órdenes a todos y en realidad no hacía ningún trabajo ella misma.

—¿Sentiste algo? —pregunté.

Negó con la cabeza. —Este fue el asesinato más mundano que he sentido jamás. No hubo nada de magia en absoluto. Ni siquiera defensa mágica, lo que significa que Trina no sabía que estaba en peligro.

No había razón para asumir que era un asesinato relacionado con brujas entonces. Tal vez su muerte fue un acto de violencia al azar.

—Voy a entrar y organizar la oficina —dije.

—Quizás quieras esto —dijo Thea mientras me entregaba mi café y mi éclair.

—Gracias. Seguro que lo necesitaré.

Abrí la puerta de la oficina y examiné el desorden. No estaba segura por dónde empezar. No podría saber qué faltaba hasta que la oficina estuviera organizada. Empecé por el escritorio, inspeccionando cada cajón antes de volver a ponerlo en su lugar. Palpé el interior del escritorio buscando algo pegado y escondido. No encontré nada. Volver a archivar el papeleo fue una experiencia reveladora para mí. El negocio iba bastante bien, financieramente hablando, aunque nunca hubiera mucho dinero en el banco. ¿Trina no depositaba todo el dinero que entraba? ¿Adónde iba el dinero? ¿Cuánto le estaba quitando Frank?

Hice una lista de todos nuestros proveedores. No teníamos muchos desde que empezamos a cultivar nuestras propias plantas. Tendría que ponerme en contacto con ellos y volver a hacer pedidos de todo lo que pudiera permitirme.

En algún momento, mi familia había entrado y comenzado a limpiar el área de ventas. Era agradable tenerlos conmigo, riendo y manteniendo el ánimo alto frente a un desastre tan feo.

Casi había terminado con los papeles sueltos cuando encontré una carpeta vacía marcada como "Experimental". Nada de lo que había archivado parecía que debiera ir en esta carpeta, así que la dejé sobre el escritorio despejado. ¿Qué habría ido aquí? Trina me dijo que se atenía a las viejas recetas, al conocimiento antiguo. Dijo que no era una experimentalista y que conocía a demasiadas personas que habían resultado heridas por pociones mal hechas.

Aun así... ¿qué había en esta carpeta?

Terminé de guardar los papeles y luego me volví hacia los viejos libros encuadernados en cuero que habían llenado las estanterías de Trina. Hojeé cada uno, buscando notas o páginas faltantes. El Libro de Pociones y Artes Curativas de Drostov tenía toda la sección sobre pociones de amor arrancada.

Nunca hicimos pociones de amor, monederos infinitos ni nada parecido. Revisé la sección del monedero infinito y estaba intacta. ¿Mataron a Trina por una poción de amor, o ella misma había quitado esta sección? Su muerte ya no parecía un asesinato al azar.

Llevé el libro al mostrador de ventas y me sorprendió cuánto trabajo se había hecho.

—¡Guau! —exclamé. El suelo estaba limpio y lavado, toda la tienda estaba libre de polvo para huellas dactilares, y las tías habían reabastecido los estantes con todo lo que quedaba en la sala de preparación—. No puedo creer cuánto han hecho. Han trabajado duro.

—Llevamos aquí horas —dijo Thea.

Eché un vistazo a mi reloj. Ya era mediodía, y no me había dado cuenta de que el tiempo había pasado tan rápido. Mi madre y mi abuela estaban reorganizando la poca mercancía que aún

podíamos vender, y mi tía Lily estaba lavando las ventanas.

—Déjenme invitarles el almuerzo —dijo—. Es lo menos que puedo hacer.

—No podemos, tenemos el almuerzo preparándose en casa. ¿Por qué no vienes tú en su lugar? —dijo la tía Nadia.

Estaba a punto de decir que sí cuando la señora Thompson llamó a la puerta. A regañadientes, le abrí.

—¿Están abiertos? —preguntó, escaneando los estantes casi vacíos.

—No oficialmente. Pero ya que está aquí, ¿en qué puedo ayudarla?

Me dio unas palmaditas en el brazo. —Gracias, querida. Necesito más tónico renal para Jameson. ¿Puedes prepararlo?

Saqué el formulario de pacientes actuales y encontré la página de Jameson. No tenía en existencia la raíz de regaliz que necesitaba su poción. —No puedo preparárselo ahora. Puedo llevárselo esta noche —le dije. Sabía que con la receta en el formulario no cometería errores en la poción.

—Gracias, querida. No está tan animado como de costumbre —dijo.

Cuando salía de la tienda, entró la cartera. —Qué bueno ver que están abiertos —dijo—. Mi ciática está molestando de nuevo y necesito más de esa solución de cúrcuma. ¿Tienes alguna?

—Un momento —dijo mientras echaba un vistazo a la sala de preparación. También estaba organizada y barrida. Mi familia podía hacer mucho cuando se lo proponía.

—No, se nos acabó. Nos hemos quedado sin la mayoría de las cosas ahora mismo. Te llamaré cuando reciba un nuevo envío.

Frunció el ceño. —Supongo que tendré que conformarme. Retuve tu correo los últimos días. Aquí lo tienes —dijo, entregándome un grueso fajo de sobres.

Tomé el correo. —Te sugiero algo de yoga suave y un baño con sales de Epsom. Voy a hacer un pedido de suministros más tarde hoy, y me aseguraré de que los tuyos estén en la lista. Come una comida con mucho ajo esta noche también.

—¿Sales de Epsom? Compraré algunas de camino a casa. En cuanto al yoga, cada vez que lo intento, termino cayéndome en el suelo de la sala y mis hijos se ríen de mí.

Sonreí. Las primeras semanas que hice yoga me pasó lo mismo. —Conozco esa sensación. Sigue intentándolo y mejorarás. Yo lo logré.

Después de que se fue, la tía Lily se volvió hacia mí. —Eres una natural aquí. Los nuevos dueños harían bien en contratarte, y no como aprendiz.

Una de las grandes cosas de mi familia era que siempre podía confiar en lo que decían. Claro, eran comprensivos y cariñosos, pero los cumplidos había que ganárselos. Si la tía Lily decía que era buena en algo, entonces lo era. Le sonreí radiante. —Gracias, tía. Espero que ellos también lo crean.

Me sorprendió ver que habían terminado. Debieron haber usado algunos hechizos cuando nadie miraba. —Parece que hemos terminado de limpiar aquí. No estoy segura de qué hacer a continuación.

—Lo siguiente es que voltees el cartel de la puerta a "Abierto" y dejes entrar a los clientes —dijo la tía Nadia—. Nos vamos a quitar de tu camino. ¿Vienes a cenar esta noche?

Mi familia me amaba, y sabía que estaban molestos porque me había mudado. Últimamente, cada cena había sido otra excusa para que mi madre me presionara para volver a casa. No tenía energía para lidiar con eso. Ir a casa no debería traer a la mente visiones del meme del General Ackbar "¡Es una trampa!". —Tal vez mañana por la noche —dije.

—De acuerdo. Ven mañana y prepararé algo especial —dijo.

Una vez que se fueron, giré el cartel y abrí la puerta. Terminé de hacer el inventario e intenté encontrar algunas pociones que pudiera preparar, sin éxito.

El correo contenía las facturas y folletos habituales, y un sobre dirigido a mí con la letra de Trina. Se me llenaron los ojos de lágrimas y lo dejé a un lado. Nunca antes me había escrito. Con un suspiro para calmarme, abrí el sobre.

Querida Isabella:

Esta no es la primera carta que te escribo cuando he sentido que mi vida estaba en peligro. Espero poder tirarla como todas las demás que he escrito. Sin embargo, esta vez puedo sentir la mano de la muerte alrededor de mi corazón, y temo que no me soltará.

Tenías razón al cuestionarme sobre la llamada telefónica y la persona que asumiste era un cliente enojado. Era mi exmarido. Me duele decir que está en graves problemas financieros y la cantidad de dinero que puedo ahorrar del negocio cada mes ya no es suficiente. Si no puedo mantenerlo a flote, no estoy segura de lo que hará.

Comencé este negocio cuando aún estábamos casados, pero él piensa que, como estamos divorciados, necesito devolverle todo el dinero que invertimos para poner en marcha la botica.

Él no es la única persona que me preocupa. Caroline Arneson está amenazando con tomar acciones legales. Durante años, ha querido expandir su negocio a nuestro espacio, pero yo no estaba dispuesta a renunciar al arrendamiento. En los últimos seis meses se ha vuelto bastante insistente.

Mi sobrino, James, no es de la más alta integridad. Solía trabajar para mí, y justo antes de que te convirtieras en mi aprendiz, lo despedí por robar de la caja. Está enojado conmigo y contigo. Ten cuidado con él. Cree que merece la tienda, aunque no tiene ninguna habilidad mágica en absoluto.

Finalmente, hay clientes que están enojados porque no les doy las pociones que quieren. Sabes el tipo de pociones a las que me refiero. Últimamente hay una presencia más fuerte del mal en la ciudad y todos debemos protegernos contra eso. En un intento desesperado por quitármelos de encima, he experimentado con pociones que les darán lo que quieren a un alto costo. Las pociones los dejarán peor que antes de tomarlas. No he usado ninguna todavía. Puedes encontrarlas en la carpeta de experimentos en la oficina.

Úsalas solo en una emergencia extrema, y nunca las uses en ti misma.

Ha sido una alegría enseñarte, Isabella, y tengo fe en que tendrás éxito en la vida gracias a tu determinación, compasión e ingenio.

Espero que nunca tengas que leer esto,

Trina

Capítulo 14



Llegué al trabajo a las siete y media de la mañana siguiente, lista para enfrentar el día y enorgullecer a Trina. Sabía que extrañaría su presencia durante mucho tiempo, pero concentrarme en su recuerdo ayudaba a aliviar mi soledad. Me alegré al encontrar entregas esperándome, apoyadas contra la puerta trasera. Hice lo posible por no mirar los arbustos junto al invernadero mientras recogía los paquetes y los llevaba a la sala de preparación.

Más de la mitad de los pedidos que había hecho ayer ya estaban aquí, y podría preparar muchas pociones hoy. Saqué los ingredientes que necesitaría y me puse a trabajar. Cuando sonó mi alarma a las diez menos diez para abrir la puerta, me alegró ver a algunas personas esperando afuera.

—Buenos días a todos. Como pueden ver, no hay mucho stock en los estantes y no hay nada en el invernadero. Estoy haciendo todo lo posible para reponer todos los suministros, aunque puede llevar algo de tiempo. También estoy trabajando para completar los pedidos lo más rápido posible para todos nuestros clientes leales. Si no tengo lo que necesitan, estaré encantada de tomar su pedido y prepararlo tan pronto como pueda.

Nuestros clientes leales... ¿de quién estaba hablando? Estaba sola allí, aunque se sentía incorrecto decir mis clientes leales. Pasaría un tiempo antes de que sintiera que eran míos.

La señora Thompson fue la primera en acercarse al mostrador.

—¿Qué puedo ofrecerle hoy?

—Nada para mí, querida. Tengo algo que te podría gustar —metió la mano en su bolso y sacó una foto de Trina en un simple marco plateado, sonriendo al sol.

Tomé la foto, recordando la alegría que Trina sentía al pasar días soleados al aire libre. —Gracias. ¿Cuándo se tomó esta foto?

—El año pasado en el Día de la Plaza del Mercado. Tenía un puesto en Prescott Park y se lo pasó en grande.

Y así había sido. Su amplia sonrisa contrastaba con las sonrisas más controladas que había usado en los últimos meses.

—Parece más feliz de lo que la he visto en mucho tiempo —dije.

—Pensé que te gustaría tener su foto aquí como un tributo a ella —dijo la señora Thompson.

—Qué detalle tan considerado. Estoy segura de que Trina se sentiría honrada por lo mucho que la apreciaba. ¿Tiene alguna idea de dónde ponerla? —pregunté.

—Sí, la tengo. Pensé que podríamos ponerla en el mostrador. Sería bonito tener una vela encendida, para darle un aire de memorial.

—Qué idea tan encantadora —dije.

Coloqué la foto en el mostrador y tomé una vela blanca en un candelabro corto de plata y la puse junto a la foto. Rebusqué en el cajón buscando cerillas, pero no había ninguna.

—¿No tendrá cerillas por casualidad? —pregunté.

La señora Thompson sonrió y sacó una pequeña caja de cerillas de su bolso. Sacó una, y se encendió sin frotar la caja. Mis ojos se abrieron de par en par, asombrada por lo que la señora Thompson me había mostrado. Era una bruja. Más que eso, era una bruja en la ciudad que mi familia no conocía, y eso era raro.

Encendió la vela y apagó la cerilla de un soplido. —Pasa por mi casa algún día y podremos hablar.

Me quedé atónita y temerosa de decir algo. Ella salió de la fila y me volví para saludar al siguiente cliente. Solo que ella no estaba allí para comprar nada.

Caroline Arneson se irguió en toda su estatura. Su cabello rubio excesivamente cardado y sus tacones de tres pulgadas la hacían llegar a un metro sesenta y dos, con suerte. —¿Eres la nueva propietaria aquí?

Las otras personas en la fila dejaron de hablar y nos miraron fijamente.

—No —dije.

—Entonces, ¿quién te está pagando? ¿Por qué estás abierta?

Me puse una sonrisa falsa, sabiendo que ella quería este espacio. —Parecía lo correcto. Siento una obligación con los clientes de esta tienda, porque proporcionamos un servicio vital a la comunidad. Y como puedes ver, ellos también lo creen. ¿Puedo ofrecerte algo? Si no, atenderé a la siguiente persona en la fila.

No quería que causara problemas en mi primer día en solitario, y esperaba que se fuera rápidamente.

En su lugar, se giró para enfrentarse a todos los demás en la tienda. —Compren lo que puedan, porque este negocio no estará aquí por mucho tiempo. La Mercería Arneson se expandirá aquí pronto.

Se volvió hacia mí. —Estás fuera. De una manera u otra. Recoge tus flores secas y hojas muertas y vete.

Había estado intentando expandirse al espacio de la botica durante años, y no me preocupaban sus amenazas. Sin que mi sonrisa flaqueara, dije: —Tendrás que tratar eso con el nuevo propietario. Que tengas un buen día y gracias por pasarte.

Educada hasta el final. Trina y mi madre estarían orgullosas de mí por no caer a su nivel de grosería.

El siguiente en la fila era el señor Schmidt, preguntando por un tónico para el cabello. Era un hombre alto y delgado que, a pesar de estar en sus ochenta, tenía una cabellera espesa y blanca. Su página del formulario me indicó que tenía los ingredientes y que estaría listo en dos días.

—No hagas caso a Caroline. Está amargada porque nadie quiere comprar sus baratas baratijas para turistas, y ninguna cantidad de espacio extra va a cambiar eso.

Le sonreí al señor Schmidt. Yo tampoco había entendido nunca el atractivo de sus cosas. —Vuelva en dos días y estará listo para usted —le dije.

A las once, había terminado con el flujo constante de clientes y necesitaba un descanso. Salí atrás para traer más entregas, pero solo tuve tiempo de dejarlas en la sala de preparación antes de que sonara la campanilla de la puerta.

Un hombre con traje gris entró y dejó su maletín en el mostrador trasero. Nunca lo había visto antes, pero su traje barato y su pelo engominado gritaban abogado de poca monta. — Buenos días. ¿Puedo ayudarlo?

Abrió su maletín y sacó un grueso archivo de papeles. — ¿Es usted la dueña?

— La antigua dueña falleció recientemente y aún no se ha leído su testamento, si es que tiene uno — respondí.

— Ya veo. Soy George Fiske y represento a Arneson Enterprises. Tengo algunos documentos legales para entregar al propietario de este establecimiento.

Eso parecía ser un problema suyo. — Tendrá que ir a la lectura del testamento para averiguar a quién entregárselos. Hasta entonces, supongo que está de mala suerte.

Frunció el ceño. — No me gusta su tono, señorita. ¿Quién es su jefe aquí?

Trina llevaba muerta solo un par de días y Caroline Arneson ya estaba lista para atacar. No sentía que necesitara ser demasiado educada con este tipo. — Ya he respondido a esa pregunta. No hay nadie aquí más que yo. Supongo que ahora mismo no hay jefe, así que puede tomar sus papeles y...

Había estado haciendo un trabajo tan bueno siendo educada con Caroline anteriormente que me detuve ahí y dejé que él imaginara lo que iba a decir. Al menos no podía meterme en problemas por lo que él pensara que podría decir.

— ¿Por qué está trabajando, entonces? No lo entiendo. Este negocio no debería estar abierto.

Intenté exhalar la irritación que me estaba causando. — Bueno, verá, algunos negocios proporcionan un servicio positivo a la comunidad y se esfuerzan por ayudar a otros. Ayudar a la gente suele ser una recompensa en sí misma. Estoy aquí para honrar la memoria de mi querida amiga y mentora y seguir sirviendo a nuestros clientes. ¿Supongo que los abogados no hacen ese tipo de cosas?

Su cara se puso roja y se dio la vuelta y salió.

Tenía que tomar una posición. No importaba cuánto tiempo iba a dirigir este negocio; no podía dejar que Caroline intentara intimidarme para sacármelo. Cerré con llave la puerta de mi tienda y caminé hacia la suya, que estaba al lado.

Caroline Arneson estaba hablando en una esquina de su tienda con Fiske cuando entré, ignorando completamente a varias personas que esperaban en la caja. Tener más espacio no iba a compensar ese tipo de mal servicio al cliente.

Me acerqué a ellos. — ¿Hablando de mí?

Ella tuvo la decencia de parecer un poco avergonzada antes de que su abogado tomara el control. — Esta es una conversación privilegiada. Por favor, retírese.

Ahora bien, yo no sabía mucho sobre el privilegio abogado-cliente, pero si estaban hablando frente a extraños, no podía ser un secreto.

Di un paso atrás y examiné su área de ventas. Vendía los recuerdos turísticos más cursis, y siempre lo había hecho. Nada en su tienda costaba más de unos ocho dólares; nada valía más de unos dos. Cogí una toalla de playa con "Portsmouth" tejido en ella. Era de un tejido fino, y vi la luz a través de ella cuando la sostuve contra la ventana. Algún pobre turista iba a querer secarse con ella, solo para descubrir que no absorbería nada de agua.

Pasé a la pared de llaveros. Sí, una pared entera de langostas, puentes, símbolos estatales

y bañistas. Aparentemente, se vendían lo suficientemente bien. ¿Por qué si no iba a dedicar quince pies de espacio de suelo a techo para ellos?

Mientras los inspeccionaba, su abogado se fue y ella espetó: —Solo clientes que compran —mientras cobraba a las pocas personas en la fila.

Cogí un llavero de langosta como si fuera a comprarlo y esperé a que todos los demás se fueran.

—¿Qué quieres? —preguntó cuando la puerta se cerró detrás del último cliente.

—Quiero que me dejes en paz. La botica no se va a mover ahora mismo, no puede. Déjalo estar hasta que se lea el testamento —dije.

Frunció el ceño. —Puedes firmar la propiedad a mi nombre como dueña de facto, eres la única que está asumiendo la responsabilidad ahora mismo.

Eso definitivamente no sonaba cierto, y no había manera de que quisiera el tipo de problemas que vienen con firmar documentos legales que no debería. —Escucha, estoy segura de que puedes arreglar esto con el nuevo propietario. Solo no quiero que vengas a perturbar mi negocio.

Ella no respondió, así que asumí que estaba inventando cosas para salirse con la suya.

Puse el llavero barato en el mostrador. —Sabes, tienes un fuerte motivo para matar a Trina. Has estado acosando a Trina para que se mudara durante años, y ahora que se ha ido, es la primera oportunidad real que has tenido de hacer que suceda. Ya la habías acosado tanto que pensó en involucrar a la policía.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Crees que la maté? No seas tonta.

Sonreí ante su incomodidad. —Bueno, la policía busca algunas cosas, ¿no? Medios, motivo y oportunidad. Acabo de explicar tu motivo. La oportunidad es fácil con el patio compartido, y en cuanto a los medios, cualquiera podría haber recogido esa roca en un ataque de ira. —Palideció mientras yo continuaba—. A menos que, claro está, tengas una coartada.

—Yo... yo tengo una —tartamudeó—. Estaba en la subasta benéfica de la Liga Junior. Había al menos cien personas allí que me vieron.

Liga Junior, probablemente algo súper aburrido donde todos bebían demasiado vino mediocre y pujaban por cosas que no querían, solo para impresionar a los demás. Puse los ojos en blanco ante la idea.

—¿Quién estaba en tu mesa? —pregunté.

Se mordió el labio. —Empecé la noche sentada con Mark Goodwin, John y Clara Post, y Elizabeth Childress.

—¿Qué les pasó?

Se indignó mientras hablaba. —Pensé que estas personas eran mis mejores amigos, supongo que no. Todos lo estábamos pasando maravillosamente antes de la subasta, y luego se alejaron de la mesa y se unieron a otros. Se apretujaron en otras mesas en lugar de sentarse conmigo —hizo un puchero.

Eso parecía extraño y no tan apropiado como yo imaginaba que eran este tipo de eventos.

—¿Por qué?

—No es como si hubiera bebido mucho más que el resto —dijo a la defensiva.

—Después de que se fueron, ¿te quedaste sentada sola? Parece que podrías haberte ido un rato y luego volver. Nadie lo habría notado.

Ella negó con la cabeza.

—Pujé fuerte en varias subastas y estoy segura de que hay un registro de la que gané. Eso

debería limpiar mi nombre.

No había posibilidad de que pudiera echar un vistazo a esa lista. Las cantidades donadas a la caridad no parecían ser información pública. Esto tendría que ir al detective Palmer.

—Estoy segura de que la policía puede limpiar tu nombre.

Ella me agarró del brazo.

—Por favor, no. No vayas a la policía.

Levanté una ceja pero no dije nada, esperando a que continuara.

—Mi marido es sargento en la policía de Portsmouth, y si se enterara de lo mucho que bebí y cómo me comporté, bueno, se enfadaría conmigo.

Las cosas se habían puesto sombrías, rápido. Con el cuarenta por ciento de las familias policiales reportando violencia doméstica y más que no la reportan, Caroline podría estar en peligro.

—Si puedes probarme que estabas allí y no mataste a Trina, lo dejaré pasar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Puedo confiar en que guardarás mi secreto?

Esa era una pregunta complicada.

—Si no vas a confesar otro crimen para librarte de este, entonces probablemente.

Apretó mi brazo con más fuerza.

—Tienes que prometerme que esto quedará entre nosotros. No estaba infringiendo ninguna ley.

Mi corazón latía con fuerza. ¿Estaba confrontando a la asesina de Trina? Tenía que ver su coartada para saberlo.

—De acuerdo, está bien. Si me estás mintiendo, juro que pondré a mi abuela detrás de ti.

Ella palideció.

—No lo estoy. Lo prometo.

Fue al ordenador detrás de su mostrador de ventas y abrió su correo electrónico.

—Este video llegó esta mañana. Mi marido se pondrá furioso si lo ve.

Hizo clic en reproducir y vi cómo se colgaba de un hombre mucho más joven. Estaba borracha e intentaba besarla constantemente. El pobre tipo estaba mortificado y haciendo todo lo posible por mantener la dignidad de ambos. Era un clip corto, y el reloj en el fondo claramente marcaba las 12:02.

—¿Quién es el tipo? —pregunté.

—Es uno de los solteros que fueron subastados. Estoy bastante segura de que lo gané.

Miré más de cerca su cara pero no lo reconocí.

—¿Compraste a un tipo en la subasta? Sí, estoy segura de que ningún marido estaría feliz con eso. ¿Y no es ilegal?

—Compré una cena con él, eso es todo. Y tengo que pagar la cena.

—¿Quién tomó el video?

—Ojalá lo supiera. Intenté responder al correo, pero rebotó. Quieren cien mil dólares para borrar todas las copias.

Solté un silbido bajo.

—Eso es mucho dinero. ¿Lo tienes?

Ella negó con la cabeza.

—Mi marido se daría cuenta si faltara tanto dinero.

Estaba dividida. Por un lado, esta mujer había sido cruel conmigo y con Trina durante mucho tiempo. Por otro lado, tenía miedo de su marido y había cometido un grave error mientras

bebía. Si él se enteraba, no me sorprendería que descargara su ira en ella.

—No sé qué decir.

—Si no dices nada sobre el video o me mencionas como sospechosa, nunca volveré a molestarlos a ti o a la botica.

Qué lío. Mi sospechosa era una mujer maltratada, y ahora tenía que guardar su secreto. Los negocios eran una cosa, pero no se deja a una mujer en peligro.

—¿Lo prometes?

—No es la primera vez que disgustaré a mi marido, y puedo manejar la mayoría de sus arrebatos.

Me sentía impotente y débil.

—No me gusta dejarte así. Si puedo hacer algo por ti, por favor llámame.

Anoté mi número para ella.

—Hablo en serio. Cuídate.

Caminé hacia mi propia tienda, preocupada por ella y sin estar más cerca de encontrar al asesino de Trina.

Frank, el ex marido de Trina, me estaba esperando frente a la puerta. Quería darle un abrazo y decirle cuánto lo sentía por su pérdida, pero parecía enojado. Abrí la puerta y ambos entramos.

—Frank, lo siento —dije.

—Gracias. ¿Estás dirigiendo el lugar?

—Lo estoy, ya que no hay nadie más que pueda hacerlo. Es extraoficial. Mi plan es ayudar al nuevo dueño y conservar mi trabajo, si puedo.

—En ese caso, tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—Claro, ¿qué necesitas?

Caminó hacia el mostrador.

—Le presté a Trina el dinero para abrir esta tienda, y ella me ha estado devolviendo semanalmente. Me gustaría mantener ese plan de pagos. No puedo esperar a que todo se resuelva con el testamento.

Esto no era como Trina describía su acuerdo en su carta. ¿Estaba intentando sacarme aún más de lo que obtenía de Trina? Necesitaba ganar tiempo.

—Oh, ah, claro. Bueno, al menos creo que está bien. Tendré que revisar los libros y ver qué puedo permitirme. Perdimos mucho inventario en el robo, y necesito reponerlo si quiero mantener contentos a los clientes.

Realmente tenía que hablar con alguien sobre dinero. Pagar algo de inventario de mis propios ahorros era una cosa, pero no había forma de que pudiera darle dinero a Frank.

Frank golpeó el mostrador con los nudillos.

—Volveré en un par de días y espero los mil completos. Trina dejó de pagar, y ya viste lo que le pasó.

Mis ojos se abrieron de par en par y mi corazón se aceleró. Asentí, demasiado asustada para decir algo.

—Te veré pronto.

Alcancé el taburete y me senté. ¿Me había amenazado? ¿Había confesado haber matado a Trina?

Capítulo 15



Tan pronto como Frank se fue, marqué el número del móvil del detective Palmer. Me temblaban las manos y tuve que marcar dos veces antes de conseguir el número correcto.

Palmer contestó con: —Hola, Isabella. ¿Puedo llamarte luego? Estoy en medio de algo.

Ni siquiera un saludo. Debía de estar ocupado. Casi dije que sí, pero no había forma de que pudiera dormir si no le contaba sobre la amenaza de Frank. Al menos podría decirme si era algo de lo que preocuparme o no. —Frank, el ex marido de Trina, me amenazó por dinero y estoy preocupada de que me vaya a hacer daño.

El tono distraído en su voz desapareció. —¿Está ahí contigo ahora?

—No. Estoy sola.

—De acuerdo. Quédate donde estás. Cierra las puertas y ventanas con llave y estaré allí en tres minutos. No dejes entrar a nadie hasta que yo llegue.

Asentí, aunque no importaba que no le hubiera respondido, porque me colgó. Cerré con llave las puertas delantera y trasera, apagué las luces y me senté debajo del escritorio en la oficina, abrazando mis rodillas contra el pecho y diciéndome que Palmer estaría aquí en cualquier momento. Su reacción inmediata me hizo darme cuenta de que debería haberme tomado la amenaza más en serio.

No pasó mucho tiempo antes de que oyera golpes en la puerta principal y la voz de Palmer llamándome. Moví los hombros para liberar la tensión que había mantenido desde que colgué el teléfono, salí gateando de debajo del escritorio y abrí la puerta.

—¿Sigues sola? —preguntó.

Mi labio tembló mientras asentía.

Puso su brazo alrededor de mi hombro y me atrajo hacia él. —Tengo a alguien revisando la parte trasera del edificio y hemos emitido una alerta de búsqueda para Frank. Estás a salvo ahora y no tienes que preocuparte.

Su tranquilidad era todo lo que necesitaba para bajar la guardia por completo, y las lágrimas fluyeron. Odiaba ponerme así de débil. Mis primas y yo habíamos tomado años de clases de defensa personal, y pensaba que podía defenderme razonablemente bien, aunque nunca había tenido que hacerlo. Me froté los ojos e intenté calmar mi mente. —Gracias. Me siento mucho mejor ahora.

—Necesitaré tomar una declaración. ¿Hay algún lugar donde podamos sentarnos y hablar? —preguntó.

Lo llevé a la oficina y nos sentamos en las sillas para visitantes. Todavía no me sentía cómoda usando la silla de Trina.

Palmer sacó una libreta. —Tómate tu tiempo y cuéntame lo que pasó con tanto detalle como sea posible.

Le expliqué la amenaza y cómo no tenía idea de dónde iba a sacar mil dólares a la semana. Fue en ese momento cuando me derrumbé de nuevo. No quería morir como Trina.

Me pasó un pañuelo del escritorio. —No tienes que pagar el dinero. No se lo debes a él, se lo debe el patrimonio de ella, y estoy seguro de que se puede llegar a un acuerdo. Trina puede haber tenido un acuerdo con él, pero tú no. Con una amenaza así, te sugiero que consigas una orden de alejamiento para que tenga que mantenerse lejos de ti.

Terminé de secarme las lágrimas y me soné la nariz. Respiré hondo e intenté sentarme más derecha. Palmer tenía razón. Ni siquiera era dueña de la tienda, y no había forma de obligarme a pagarle. Si acababa heredándola, entonces él y yo podríamos llegar a algún tipo de acuerdo, un acuerdo que pudiera permitirme, y tendría que hacerse a través de nuestros abogados. La idea de involucrar a abogados en el trato podría alejarlo.

Sonaron las campanillas de la puerta y me quedé helada. Palmer sacó su pistola de la funda y se puso de pie.

—¿Detective? Soy Kate —llamó una voz de mujer.

Palmer enfundó su arma y salió de la oficina. —¿Algo?

Lo seguí hasta la sala de ventas, donde una mujer de mi edad con uniforme de patrulla nos esperaba. Su largo cabello oscuro estaba recogido en un moño severo en la nuca. No había desgaste en su uniforme ni en su equipo. Incluso sus botas chirriaban.

—Bien. Pasa más tiempo patrullando este vecindario esta noche, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —dijo ella.

Se dirigió afuera y pasó junto al coche de Palmer aparcado de cualquier manera, en parte sobre la acera. Le di una pequeña sonrisa. —No pierdes tiempo con tu aparcamiento, por lo que veo.

—No si creo que alguien está en peligro.

Había una fuerza en su respuesta que me hizo sentir segura, como si me fuera a proteger sin importar qué. —Siento que exageraré todo esto. Prometo que cerraré la puerta con llave cuando llegue a casa y no saldré esta noche. —De todos modos no tenía planes, aunque él no necesitaba saberlo.

—¿Vives sola? —preguntó.

—No. Vivo con mi mejor amiga, Abby. Hay otros cinco apartamentos en el edificio. Estaré rodeada de otras personas y segura.

Frunció el ceño. —Preferiría verte en la casa de tu familia por esta noche.

Se me cayó el alma a los pies, porque sabía que si llegaba a eso, le dejaría llevarme allí. Tendría que explicar la amenaza de Frank. Combinado con el asesinato de Trina, las tías entrarían en un furor protector. —¿Qué tal si voy a mi apartamento y prometo llamar si algo parece estar mal?

Frunció el ceño. —No entiendes lo que un policía quiere decir cuando dice que preferiría ver algo. Es una forma educada de expresar una orden. Recoge tus cosas, te llevaré a la Casa Proctor ahora.

¿En serio? ¿Una orden? Tomé una respiración profunda para empezar a debatir con él,

luego pensé en Abby, y la señora Thompson, y todas las demás personas que vivían en mi edificio. ¿Merecían ser puestas en peligro porque yo no quería hablar con mi familia? Eso no parecía correcto. Al menos mi familia era más que capaz de protegernos a nosotros mismos.

Dejé escapar el suspiro. —Está bien, tú ganas. Iré a la casa.

Parecía que Palmer siempre me llevaba a lugares en un intento de mantenerme a salvo. No estaba segura de que esto fuera parte de su trabajo, pero su presencia protectora me reconfortaba. A pesar de no conocerlo desde hace mucho, empezaba a confiar en él.

Mientras subíamos a su coche, dijo: —Es mejor que mantengas tus actividades normales por ahora. Me gustaría darte algunos consejos sobre protección personal, en caso de que ocurra algo cuando no esté cerca.

—No creo que sea necesario. Mis primas y yo hemos tomado unos diez años de clases de autodefensa y, aunque hace tiempo que no voy, todavía tomo clases de Krav Maga siempre que puedo.

Me miró con los ojos muy abiertos. No era el primero en sorprenderse de nuestra capacidad para protegernos físicamente. Se sorprendería aún más si supiera lo que podíamos hacer con algunos hechizos de autodefensa.

—Krav Maga. Estoy impresionado. No me pareces una mujer con un lado sanguinario y sin piedad. Supongo que las apariencias engañan.

Me reí. —Que la gente me subestime podría ser mi mejor arma.

—¿Dónde entrenas?

—Vamos a un gimnasio en Greenland. Son súper amables, al menos antes y después de la sesión. Durante la sesión, su objetivo es llevarte al límite. Es intenso. Ayuda tener a Thea y Delia conmigo, así podemos quejarnos todas después.

—Tendré que comprobarlo. Quizás podamos entrenar juntos alguna vez.

Puse los ojos en blanco. No estaba segura de que estuviera preparado para entrenar conmigo, o con cualquier mujer. Parecía más propenso a protegerme que a golpearme. —¿Estás seguro de que estás preparado para atacar a una mujer?

Cuando frenó en un stop, se volvió hacia mí. —Ven a por mí o alguien que me importa con un arma, y verás lo que estoy dispuesto a hacer para proteger a los demás.

Sabía que nunca le tomaría la palabra, al menos no fuera del gimnasio.

Cuando llegamos a la casa, aparcó y me acompañó hasta la puerta de la cocina. —Esto se está convirtiendo en un hábito —dije—. En algún momento tendrás que dejarme volver a casa sola.

—Una vez que estés fuera de peligro, serás libre de ir y venir como quieras. Por ahora, sin embargo, es importante que tomes precauciones extra.

Mi madre arrojó un paño de cocina sobre la mesa. —¿Y exactamente por qué no estás a salvo ahora, Isabella?

Me volví hacia mi madre. No la había notado en la esquina de la habitación, y lamenté haber hablado libremente. Le lancé una mirada desesperada a Palmer, esperando que hiciera algo, cualquier cosa, para sacarme de esta. Tal vez podría pedirle que me arrestara. Estaba segura de que una noche en la cárcel sería mejor que explicarle a mi madre cómo estaba en peligro.

Palmer se encogió de hombros, como diciendo que no era su trabajo navegar por mi familia. Tenía razón, pero aun así, vaya manera de decepcionar a una chica.

—Parece que la botica tiene algunos problemas financieros que voy a tener que resolver. Frank, el ex de Trina, cree que debería darle mil dólares a la semana. Y, bueno, me amenazó.

Me senté a la mesa, porque decir todo eso en voz alta hizo que me temblaran las rodillas.

Claro, sabía cómo defenderme tanto física como mágicamente, pero nunca había tenido que hacerlo antes. No miré a mi madre hasta que la oí ahogar un sollozo. Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Está bien, cariño. Resolveremos esto juntos como familia. —Sin soltarme, se volvió hacia Palmer—. Gracias por cuidar de ella. Nos aseguraremos de que no pase nada a partir de ahora.

Palmer se aclaró la garganta. —Estaremos vigilando a Frank, y si intenta algo, estaremos allí. —Hizo una pausa por un momento—. Esto significa que no puede haber ninguna interferencia del público, por muy justificada que sea. No vayan tras él, no lo busquen y no se comuniquen con él de ninguna manera.

Mi madre le lanzó una mirada pétrea. No le sentaba bien que le dijeran qué hacer.

Palmer no se inmutó ante su mirada. —Esto se aplica a todos ustedes. Toda la familia debe mantenerse alejada de él, y no crean que no arrestaré a cualquiera de ustedes por obstruir la justicia, porque lo haré, por su propia seguridad.

—Por supuesto, Detective —dijo mi madre en su tono más gélido—. Gracias de nuevo.

Con esa despedida, Palmer se fue.

—Tu abuela y yo fuimos a Sewall hoy y hablamos con Hope. No tenía idea de qué té estábamos hablando —dijo mi madre.

—¿Le crees? —pregunté.

—Sí. Nos permitió darle una poción de la verdad, y no sabía nada sobre el té envenenado.

—Eso es un alivio, en cierto modo. Entonces, ¿quién lo envió? —pregunté.

—No lo sé. Intentamos encontrar rastros de salvia antes de irnos de Sewall, pero fue un callejón sin salida. Seremos mucho más cuidadosos con cualquier cosa que entre en la casa de otras personas a partir de ahora.

Le entregué la carta de Trina, que leyó en silencio. Se levantó y me preparé para la inevitable tormenta que estaba a punto de desatar, pero nunca llegó. En su lugar, llamó al resto de la familia a la cocina para una reunión.

Las reuniones familiares en nuestra casa han abarcado desde divertidas hasta serias y aterradoras. Lo único con lo que podíamos contar era con voces alzadas y gente en desacuerdo, incluso si la reunión era divertida.

Cuando la tía Lily, la tía Nadia, la abuela, Thea y Delia se sentaron a la mesa, mi madre habló. —Isabella está en problemas. —Levantó las manos para evitar cualquier comentario y continuó: —No es su culpa. Trina tenía problemas con su negocio que solo salieron a la luz después de su muerte. Desafortunadamente, ahora le están cayendo a Isabella.

—¿Qué está pasando? —preguntó la abuela.

—Frank ha amenazado a Isabella si no le da dinero cada semana —mi madre hizo una pausa por un momento para que asimiláramos la información.

—¿El negocio genera tanto? —me preguntó Thea.

—Posiblemente. Aunque el negocio podría ser diferente sin Trina —No tenía fuerzas para lidiar con esto hoy, ni quizás ningún otro día. Dejé que mis lágrimas cayeran mientras mi familia seguía hablando a mi alrededor.

—Hay más —dijo mi madre mientras le entregaba la carta de Trina a la abuela.

Delia, que estaba sentada al otro lado de mí, me rodeó con su brazo. —¿Crees que podemos hablar de esto más tarde? ¿Quizás dejar que Isabella se calme un poco?

Levanté la cabeza y miré a mi familia. Todos estaban preocupados por mí, y sabía que

cada uno me ayudaría. Me sentía protegida aquí. Nada sucedería en este círculo de mujeres fuertes, y no había hombre capaz de romper nuestras defensas. Tomé el pañuelo que Delia me ofreció y me recompuse.

—No, está bien. Cuanto antes tengamos un plan, más seguras estaremos. Palmer quiere que continúe con mi vida normal, mientras me mantenga lo más segura posible.

La abuela se puso de pie, claramente sintiéndose mejor y energizada cuando la familia necesitaba ayuda. —Es hora de un repaso de autodefensa, entonces. Hemos estado descuidando esta área de entrenamiento porque pensamos que no la necesitábamos. Ahora sí.

Thea puso los ojos en blanco. —El Krav Maga debería mantenernos a salvo a Delia, a Isabella y a mí.

—Podría ser, contra alguien sin magia. No sabemos quién podría amenazarlas después —dijo la tía Lily.

—¿Qué dijo Frank exactamente? —preguntó la tía Nadia.

—Dijo que Trina dejó de pagarle, y ya vimos lo que le pasó —respondí.

La mesa quedó en silencio por un momento. —¿Mató a su ex esposa? —preguntó mi madre, con sorpresa en su voz.

—Ciertamente suena así. Palmer ya lo sospecha —dije.

—Ya sea que la haya matado o no, te está amenazando, y vamos a tener que establecer algunas reglas —dijo la abuela—. Estas reglas no son negociables, porque son para la seguridad de toda la familia. Una amenaza para una de nosotras es una amenaza para todas, así que debemos estar lo más vigilantes posible. ¿Está claro?

La abuela nos miró a cada una mientras asentíamos, comprendiendo la realidad de la peligrosa situación en la que nos encontrábamos. Si no estábamos todas en guardia, sería fácil para él atrapar a una de nosotras para obligar a las demás a hacer lo que quisiera. —Nuestra primera regla siempre ha sido que no lanzamos hechizos, maldiciones, encantamientos ni dosificamos a nadie sin su permiso. Eso queda anulado por ahora. Sin embargo, seguimos siendo responsables con nuestra magia y no dañamos a otros con ella. El costo para nosotras es demasiado grande. Si creen que tienen que dañar a alguien, piénsenlo mejor. Siempre hay algo más que pueden hacer.

Estaba asombrada. Que la abuela cambiara drásticamente nuestra primera regla era impactante. Claro, la intención de no dañar a nadie seguía ahí, aunque las acciones que se nos permitían se habían ampliado.

—Todas seguimos siendo responsables de mantener nuestros poderes en secreto, también. Imaginen que alguien las persigue. ¿Qué pueden hacer? —preguntó la abuela.

—Hechizo de tropiezo —sugirió Delia.

—Exactamente. No pueden hacer que tropiece hacia el tráfico donde alguien más podría atropellarlo. Seguimos siendo responsables de nuestras acciones y sus consecuencias. Ahora, Delia, ¿cuál es el hechizo de tropiezo?

Delia pensó por un minuto y dijo: —Pies torpes, a ti te hablo, haz que este hombre tropiece una y otra vez.

—Bien —dijo la abuela—. Pueden usar hechizos de confusión, invisibilidad y escudo, solo si los han practicado hasta la perfección. Eso las deja fuera a ustedes, chicas.

—Lanzaré hechizos de protección sobre cada una de ustedes más tarde esta noche. Eso ayudará a mantenerlo alejado de nosotras —dijo la tía Lily.

Mi madre tomó mi mano y dijo: —Y hasta que esto se resuelva, no vamos a ningún lado solas. Me gustaría que te quedaras aquí también. Podemos mantenerte más protegida.

Ella no sabía que ya había tenido esta conversación con Palmer, así que levantó las cejas cuando dije: —Creo que es una buena idea.

—Bien, ahora que esto está resuelto, todavía tenemos una ceremonia a la que asistir —dijo la tía Nadia—. Chicas, vayan a prepararse.

Me había olvidado por completo de la ceremonia de investidura de esta noche, y no me sentía con ánimos para ello. No había forma de que le pidiera a la abuela que la pospusiera. Estaría más segura con Frank que si hiciera eso.

Capítulo 16



Recogí mi túnica de la cama. El terciopelo color frambuesa que elegí cuando tenía catorce años era un poco llamativo para mí ahora, pero aún amaba el color. Mis primas habían elegido colores más oscuros, porque pensaban que sus versiones mayores preferirían ser más sobrias. A los catorce, no me importaba lo que mi yo mayor pudiera preferir. Me puse la túnica por la cabeza, me encontré con mis primas en el pasillo y caminamos en silencio hacia el patio trasero. Estas túnicas serían nuestras durante toda la vida, así que estaban cortadas como togas de graduación de talla única.

Las tías habían instalado nuestro caldero en el fogón que normalmente usábamos para tostar malvaviscos. Las llamas lamían los bordes, y respiré el cálido aroma del fuego. La pequeña mesa de piedra que usábamos para todas las ceremonias estaba colocada frente a la abuela, con un athame sobre ella.

Las siete formamos un círculo alrededor del caldero: la abuela de naranja, mamá de marrón, mis tías de azul marino, y luego las tres brujas más jóvenes de la familia. La abuela y yo éramos obviamente las radicales de la moda en la familia.

La abuela lanzó un hechizo de ofuscación a lo largo del límite de nuestra propiedad para mantener alejados a los vecinos entrometidos. —Tomad las manos —ordenó.

Cuando las últimas dos manos se unieron, una llama turquesa brotó de la madera bajo el caldero. A continuación, nos declararíamos después de que la abuela invocara los ritos. A las brujas nos encantaba la poesía, aunque la abuela decía que no tenía tiempo para escribir todo tipo de palabras floridas cada vez que necesitábamos hacer algo, así que invocaba a la diosa a su manera.

¿Poco ortodoxa? Supongo que la mujer de la túnica naranja era un poco poco ortodoxa. Solo podía esperar ser más como ella cada año.

—Diosa, únete a nosotras y bendice a estas mujeres mientras se dedican a tus artes —entonó la abuela.

Yo fui primero porque era mayor por tres días. Tomé el athame de la mesa de piedra y me volví hacia el caldero. —Elijo pociones —dije, y corté un pequeño mechón de mi cabello. Dejé caer el cabello en el caldero, y un vapor color frambuesa se elevó.

Esa era otra ventaja de elegir una túnica brillante. Mi vapor era bonito. El de Delia y Thea

sería azul marino y marrón. ¡Aburrido!

Me reincorporé al círculo y mi madre me dio tres apretones rápidos en la mano, nuestro código para "te quiero". Le devolví el apretón y observé cómo mis primas hacían sus declaraciones.

Thea eligió psicometría, y nos esforzamos por ver su vapor marrón oscuro. Nunca había visto a Thea tener ningún tipo de lectura o sensación al contacto con objetos. Supongo que aprendería. Delia eligió lanzamiento de hechizos, y el caldero no emitió vapor. Esto era malo. Delia había elegido mal. Los hechizos de Delia nunca eran buenos, por eso nos aseguramos de que practicara antes de irrumpir en la botica.

Siete años es mucho tiempo para una concentración, y se sentiría aún más largo si elegías el enfoque equivocado. Mi corazón se hundió por Delia; le esperaban siete años difíciles.

Nadie más se adelantó, porque la investidura de la abuela sería en julio, su mes de nacimiento, y la de las tías en octubre. La abuela cerró la breve ceremonia con una invocación más a la diosa. —Que tu sabiduría guíe a estas mujeres durante los próximos siete años, y que todas usemos nuestros poderes para el bien de todos.

Sentí una oleada a través de mis huesos y luego un hormigueo en mi piel. Jadeé y miré a mi madre. —Vamos a comer —dijo ella con naturalidad.

Rompimos el círculo y entramos en la casa.

El comedor estaba lleno de comida que la tía Nadia había pasado el día preparando. El aparador tenía bebidas y postres, mientras que la mesa tenía dispuesta una enorme comida al estilo de las fiestas. El día de la investidura era una festividad familiar, y nos encantaba celebrarlo con comida.

Nos sentamos y la abuela levantó su copa de vino en un brindis. —Por la familia ausente, que sus sombras nos vigilen siempre.

Respondimos con: —Familia ausente.

Mi madre levantó su copa. —Por el próximo ciclo de aprendizaje, que todas nos volvamos más fuertes, más amables y más sabias.

—Así sea —respondimos.

La tía Lily se puso de pie. —Me gustaría decir unas palabras.

Por supuesto que sí. Siempre quería decir "unas palabras" que nos mantendrían sin comer durante al menos otra media hora. Mi estómago rugió audiblemente, ¿había comido algo por la tarde? No podía recordarlo.

—Sé breve, Lily, las chicas tienen hambre —dijo la abuela.

La tía Lily frunció el ceño mientras se sentaba.

La abuela puso los ojos en blanco. —Ahora no te enfurruñes, Lily. Puedes hablar igual de bien mientras comemos. Nadie está diciendo que no queramos oír lo que tienes que decir, pero es malditamente cruel hacernos esperar cuando ese asado está suplicando ser cortado.

Una vez que llenamos nuestros platos con rosbif, puré de patatas, coles de Bruselas asadas, salsa, pan y zanahorias, la tía Lily comenzó a hablar. —Estoy orgullosa de nuestras jóvenes brujas esta noche. Sé que usaréis vuestras habilidades para servir a los demás.

La tía Lily era muy conservadora en este sentido. Creía que usar nuestras habilidades para cualquier cosa que no fuera ayudar a la gente no era correcto y era un mal uso de los dones que nos habían dado. Como resultado, no éramos tan ricas ni famosas como otras familias. Por otro lado, tampoco teníamos ni de lejos los problemas que tenían esas familias.

Me volví hacia mi madre y le dije: —¿Qué fue eso que sentí al final?

Ella se limpió una miga del labio y dijo: —Si eliges particularmente bien, lo sentirás "en

los huesos", como se suele decir. ¿Es eso lo que sentiste?

—Lo sentí en los huesos y un hormigueo en la piel. ¿Eso es bueno?

Ella asintió. —Está bien porque tus intereses se están alineando con tus habilidades y tu talento. Puede que descubras que nunca dejes las pociones.

Interesante. Siempre había pensado que sería el tipo de bruja que nunca se conformaría con una sola cosa, que seguiría eligiendo nuevos temas de interés, solo para agitar las cosas.

Supongo que el tiempo lo diría.

—Yo no sentí eso —dijo Delia.

La tía Nadia apretó la mano de Delia. —A todas nos ha pasado que no elegimos tan sabiamente como podríamos haberlo hecho. Me ha pasado a mí, a tus tías e incluso a la abuela.

Delia bajó la mirada hacia la mesa. —Primera elección y ya lo estoy haciendo mal. ¿Puedo volver a salir y elegir otra cosa?

—No funciona así —dijo la tía Nadia—. Tendrás que arreglártelas y aprender lo mejor que puedas.

—Debes esperar que tus hechizos salgan mal a menudo, pero no siempre de la manera que piensas —dijo la abuela.

Terminamos la cena en un ambiente más sombrío, y pensé que intentaría encontrar una manera de ayudar a Delia a lanzar mejores hechizos. Tal vez si practicábamos todos los días, ¿no sería tan mala?

En lugar de quedarnos hasta tarde, todas nos fuimos a nuestras habitaciones a pensar en las cosas terribles que acosaban a nuestra familia: el asesinato de Trina, las amenazas de Frank, la elección de investidura de Delia y el envenenamiento de la abuela.

Capítulo 17



El funeral de Trina fue la tarde siguiente en Proctor House, en el hermoso jardín conmemorativo. Cerré la puerta de la tienda con llave, con la intención de caminar hasta que el detective Palmer aparcó en el espacio vacío frente a mí.

—¿Puedo llevarte? —preguntó.

Miré hacia el cielo. Nubes oscuras y sombrías ocultaban el sol, pero al menos el aguanieve se estaba conteniendo por ahora. —Me dirijo a casa de mi madre.

—Eso pensé. Yo también asistiré al servicio. Sube.

Abrí la puerta de su Toyota. Bajo su abrigo de lana llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata negra sobre negro. —Gracias. ¿Conocías bien a Trina o estás aquí para investigar a los dolientes?

Agarró el volante con fuerza. —Me ayudó con un caso cuando recién llegué a la ciudad, y siempre la consideré una buena persona. Lamento que se haya ido.

No tenía idea. Ninguno de los dos me lo había mencionado antes. —Era de las mejores. No sé cómo me las arreglaré sin ella.

Salió al tráfico. —Estarás bien. Pareces una persona que siempre cae de pie.

Supuse que era cierto. Aunque, a los veintiún años, no había tenido muchos desafíos de los que hablar. No tenía mucho más que decir, así que miré por la ventana, observando a la gente apresurarse para llegar a casa antes de que el tiempo cambiara, hasta que llegamos a la casa.

Me sorprendió ver que había unos treinta coches aparcados a lo largo de nuestra estrecha calle. Apenas pudimos pasar para tomar el último lugar disponible en la entrada.

—Voy a hacer una llamada rápida a la división de tráfico para ver si podemos conseguir que alguien venga. Será un lío cuando la gente quiera irse.

Abrí la puerta y salí del coche. —La gente no se irá toda a la vez, no si mi tía Nadia y su cocina tienen algo que decir al respecto. Algunas personas estarán aquí hasta pasada la medianoche.

Sacó su teléfono móvil. —Bueno saberlo.

Lo dejé ocupándose de sus asuntos y me preparé mentalmente para despedirme de Trina. Una vez dentro de la casa, olí la cocina de Nadia en la cocina y quise entrar para probar el pastel de queso. La abuela, vestida con un vestido negro conservador, me detuvo en la puerta principal.

—Las tías necesitan tu ayuda en el patio trasero, organizando a la gente. Empezamos en —echó un vistazo al gran reloj de pie en el vestíbulo— diez minutos.

Me apresuré afuera para ver al menos a cien personas en nuestro patio trasero. La mayoría eran brujas, pero también había varios clientes de la botica. Era demasiado pronto para que las flores del jardín conmemorativo florecieran, pero las hojas verdes de arbustos y plantas ya habían salido, prometiendo una primavera colorida. Thea estaba de pie junto a la mesa de piedra que habíamos usado para nuestra ceremonia de investidura, y una caja de teca tallada reposaba sobre ella. Junto a la mesa había una silla plegable.

—Necesitamos que la gente se coloque en círculos alrededor de la mesa. ¿Puedes ayudar? —preguntó Thea.

—Sí. Ayúdame a subir a la silla.

Una vez arriba, me sostuvo mientras esperaba a que todos dejaran de hablar y me miraran. —Gracias por su atención. La ceremonia está a punto de comenzar, y la familia pide su cooperación. Si están emparentados con Trina, por favor acérquense y formen un círculo alrededor de la mesa ahora.

Nadie se acercó. Las mujeres Proctor serían las únicas personas en el círculo más pequeño.

—Y ahora, si son amigos de Trina, por favor acérquense y formen otro círculo, tomados de las manos, alrededor del círculo familiar —continué.

Muchas personas se acercaron y formaron un gran círculo.

—Finalmente, si todos los demás pudieran formar un último círculo, estaremos listos para comenzar.

Bajé de la silla sin caerme, un pequeño milagro, y me uní a mis primas para crear el círculo familiar.

El detective Palmer escoltó a la abuela desde la casa, flanqueada por mi madre y mis tías. La llevó al círculo interior y luego se unió al segundo círculo, justo detrás de mí. Puso su mano en mi hombro. —Estoy aquí para ti y tu familia, si me necesitan.

Sonreí, aunque él no podía verme. Miré alrededor de los círculos y vi a tantas personas de la comunidad sobrenatural con las que había perdido el contacto a lo largo de los años. Abby y Bethany estaban en el tercer círculo, pareciendo inseguras de lo que sucedería a continuación. Ninguna de ellas había visto un funeral de la familia Proctor antes, y se llevarían una sorpresa.

La abuela se aclaró la garganta, y la multitud poco a poco guardó silencio. —Gracias por acompañarnos para despedir a nuestra querida pariente, amiga y compañera de trabajo, Katrina Bassett.

Volví la mirada al círculo familiar y me di cuenta de que tanto Frank como James, el sobrino de Trina, faltaban.

¿No habían querido venir? Incluso si no hubieran estado en buenos términos antes de que ella muriera, seguramente querrían venir a despedirse y hablarle una última vez.

La abuela abrió la gran caja de teca tallada que descansaba sobre la mesa de piedra. —La costumbre de la familia Proctor es un poco diferente a la mayoría de las costumbres funerarias. Dentro de esta caja hay pequeños sobres con las cenizas de Trina. Les pedimos que nos ayuden a esparcir sus cenizas aquí en el jardín conmemorativo acercándose y tomando un sobre.

Ella levantó un sobre para demostrarlo. —Tenemos suficientes para todos. Una vez que tengan su sobre, los invitamos a buscar un lugar en el jardín y contemplar a Trina por un momento en silencio. Es nuestra costumbre decir cualquier última cosa que queramos que Trina sepa, para enviarla al más allá con la paz que nuestro amor le brinda, y luego esparcir sus

cenizas. Cuando terminemos, nos reuniremos en la casa para continuar contándonos historias sobre Trina, de modo que ella viva en todos nuestros recuerdos.

El círculo familiar avanzó y reclamó sus sobres. Llevé el mío a mi lugar favorito en el jardín, el rosal en la esquina trasera, donde solía esconderme cuando era pequeña y mi madre estaba enojada conmigo. Pensaba que las espinas de las rosas me protegerían de su ira, y esperaba que protegieran a Trina en el más allá.

Abrí el sobre. —Trina, prometo trabajar cada día para ser tan buena como tú lo fuiste con los clientes y con las personas en mi vida. Te extrañaré, pero las cosas que me enseñaste estarán conmigo para siempre —esparcí sus cenizas en la base del arbusto, observando cómo flotaban hacia el césped medio muerto. Esperé hasta que todas aterrizaran antes de volverme hacia la casa.

El detective Palmer estaba a una distancia respetuosa detrás de mí, y mientras caminaba hacia él, me ofreció su brazo. Enlacé mi brazo con el suyo y caminamos hacia la casa.

—Nunca había visto este tipo de funeral antes —dijo—. ¿De qué religión proviene?

—Es una tradición de la familia Proctor.

Asintió y no preguntó nada más.

Alcanzamos al jefe Dobbins y a la tía Lily, que caminaban de manera similar del brazo. La tía Lily se secaba los ojos con un pañuelo de encaje.

—Te prometo que encontraremos a su asesino, Lily —la tranquilizó el jefe.

Ella se volvió hacia él, con ira en sus ojos. —¿Cómo vas a hacer eso, Ray? —gruñó—. Tienes a mi sobrina como tu principal sospechosa. ¡Mi sobrina!

Palmer se aclaró la garganta. —Disculpe, señora Proctor, le aseguro que Isabella ya no es sospechosa.

La tía Lily se dio la vuelta y nos miró fijamente. Recuperó la compostura. —Al menos sus detectives están al tanto —desenredó su brazo del jefe y se apresuró a entrar en la casa.

El jefe pareció no preocuparse y continuó caminando solo.

Para cuando entramos en la casa, ya estaba llenándose, y mis primos y yo fuimos puestos a trabajar llevando comida a las diversas habitaciones abiertas y asegurándonos de que todos tuvieran suficiente para comer y beber.

A medida que la gente se relajaba, era agradable escucharlos reír con las historias que contaban sobre Trina.

Palmer se ofreció como barman. Me acerqué al bar improvisado frente a la chimenea de la sala. —Me encantaría una bebida.

Me miró con recelo. —¿Tienes veintiún años?

Le di un golpe juguetón en el hombro. —Sabes exactamente qué edad tengo. Está en tu papeleo.

—¿Vas a conducir esta noche? —continuó burlándose de mí.

Levanté el puño de nuevo, y él se rio. —Lo sé, lo sé. Sin licencia de conducir. ¿Qué te sirvo? —preguntó.

Lo pensé. No bebía mucho y solo tenía experiencia con vino en las cenas. —Tú eliges, escoge algo que creas que me gustará.

Me estudió por un momento. —Tengo lo perfecto.

Cuando terminó, me entregó una bebida de color naranja claro. —Un martini de desayuno para la dama.

Le di un rápido olfateo y deduje los ingredientes: gin, jugo de limón, Cointreau y mermelada de naranja. —Definitivamente no para el desayuno.

Palmer sonrió. —No si quieres hacer algo ese día.

Tomé un sorbo. —Delicioso. Gracias.

Mientras deambulaba por la multitud que se iba reduciendo en mi casa, no vi a James ni a Frank.

Terminé mi bebida rápidamente; ese es el problema con las bebidas deliciosas, no las saboreas. Doblé la esquina hacia el comedor y casi choqué con un hombre alto y delgado.

—Disculpe —dijo, aunque él había sido el que estaba quieto.

—No, no, discúlpeme —dije, con los modales aún intactos aunque mi nariz se sentía un poco hormigueante.

Me miró fijamente. —Eres Isabella, ¿verdad? ¿La interna?

Me obligué a concentrarme. No tenía idea de que era tan poco tolerante al alcohol. —Aprendiz, y sí, soy Isabella —extendí mi mano—. Es un placer conocerlo.

Tomó mi mano y la llevó a sus labios. Retrocedí un poco, porque no quería sus labios en ninguna parte de mí.

—Soy Jake Forster. Me alegro de haberte encontrado. Yo era el, eh, amigo especial de Trina, si entiendes lo que quiero decir. He dejado algunas cosas en su casa que me gustaría recuperar con el mínimo alboroto. ¿No tendrás la llave de su casa, verdad?

Negué con la cabeza. —No, no la tengo.

—¿Nunca te pidió que fueras a regar las plantas cuando estaba fuera, recoger su correo, algo así?

Nunca lo había hecho. Aunque, a decir verdad, casi nunca iba a ninguna parte. —Lo siento, no.

—Bueno, no importa —dijo mientras ponía su mano en la pared junto a mí, impidiéndome moverme—. ¿Quizás conoces a alguien que tenga una llave?

—Podrías preguntar a... —empecé antes de que Palmer apareciera repentinamente a nuestro lado.

Palmer extendió su mano. —Steve Palmer. ¿En qué puedo ayudar?

—Jake Forster. La joven y yo solo estábamos teniendo una conversación.

Palmer frunció el ceño. —Desafortunadamente, es el turno de la señorita para ayudarme en el bar. Vamos, Isabella.

No estaba segura si debía abofetearlo por tratarme como si tuviera ocho años o seguir su ejemplo para alejarme de este tipo espeluznante. Miré a Jake y decidí que Palmer era, con diferencia, el menor de dos males.

Cuando llegamos al bar, Palmer dijo: —Ese tipo es un problema, mantente alejada de él.

Aunque sus palabras coincidían exactamente con mi intuición, no había forma de que dejara pasar su declaración machista. —Pensaste que yo era una asesina. No estoy segura de que seas el mejor juez de carácter. ¿Por qué debería confiar en lo que dices sobre Jake?

—Nunca vas a olvidar eso, ¿verdad? He leído su expediente. Ha sido arrestado por introducir animales exóticos ilegales en el país, y cuando la gente se interpone en su camino, tienden a desaparecer.

Me estremecí. ¿Podría ser el asesino de Trina? ¿Se le habría acercado para venderle algunos ingredientes exóticos y luego la habría matado cuando ella se negó y amenazó con ir a la policía?

Observamos cómo Jake salía furioso de la casa, y de repente el ambiente de la habitación se aligeró. No estoy segura de si alguien más lo notó, pero la gente empezó a reír de nuevo.

Capítulo 18



A la mañana siguiente, me levanté y salí de la Casa Proctor antes de que el resto de la familia despertara. Necesitaba tiempo para pensar, y el mejor lugar para estar sola era la botica antes de que abriera. Tenía que empezar a hacer progresos en encontrar al asesino de Trina.

Me senté en mi mesa en la sala de preparación y comencé a hacer una simple tintura para la tos con miel, jengibre y raíz de malvavisco. Trina había sido asesinada hacía seis días, y la policía no parecía tener sospechosos. Yo, por otro lado, tenía muchos. Frank, su ex marido con problemas de juego, podría haberla matado porque ella no le daba suficiente dinero. Caroline Arneson podría haberla matado porque quería expandir su tienda de recuerdos al espacio de la botica. Su sobrino James estaba enojado por haber sido despedido y podría haber querido apresurar su herencia. Agatha, la clienta que afirmaba que Alice le hablaba, por amable que fuera, estaba lo suficientemente desequilibrada como para que no pudiera descartarla aún. Jake Forster, el hombre espeluznante con antecedentes penales que conocí en el funeral de Trina, podría haberla matado en una pelea de amantes.

Todavía no tenía pruebas para descartar a ninguno de ellos.

Me senté en mi mesa y esboqué notas sobre cada uno de mis sospechosos hasta que, a las nueve en punto, sonó el teléfono.

Corrí a la oficina, cogí el teléfono y con mi mejor voz feliz fingida, dije:

—Botica de Portsmouth, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Arnold Lewis —dijo la voz áspera al otro lado de la línea.

—Buenos días, señor Lewis. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

—Sabe exactamente cómo puede ayudarme. Estoy harto de llamarla cada pocos días para recordarle que aún no ha hecho su pago de la hipoteca de diciembre, y que está en peligro inminente de ser embargada.

¡Oh, escobas! Necesitaba hacerme cargo de las cuentas. Pensaba que yo era Trina, y no estaba segura si debía decirle que había muerto. ¿No se encargan los abogados de ese tipo de cosas?

—De hecho, me sorprende bastante que se haya molestado en contestar el teléfono hoy. No ha respondido a mi llamada en al menos una semana.

—Señor Lewis, permítame detenerlo aquí. No soy la señora Bassett. Soy su aprendiz. No

debería estar discutiendo sus finanzas conmigo. —Tal vez eso me sacaría de esta conversación.

—Buen intento, pero no le creo, señora Bassett. Esto es lo que va a pasar. Va a traerme el pago de la hipoteca de diciembre antes del cierre de mañana, o tendré que embargar todas sus cuentas con nosotros hasta que esté al menos un mes adelantada con su hipoteca.

Eso no sonaba bien. Nunca había oído hablar de algo así, solo de desalojos y ejecuciones hipotecarias.

—Espere un momento, ¿va a tomar dinero de sus otras cuentas? ¿Puede hacer eso? —pregunté.

—¿Lo habría sugerido de no ser así? —preguntó él.

Sí, podría haberlo hecho.

—Pensé que el procedimiento estándar era desalojar o ejecutar la hipoteca.

—Se me ha dado poder para hacer lo que sea necesario para que el banco obtenga el dinero que usted le debe. No tiene derecho a opinar aquí, al menos no hasta que se ponga al día con sus facturas.

Entrecerré los ojos. No me gustaba su tono, y ciertamente no me gustaba ser amenazada. Caminé por la habitación.

—Como he dicho, no soy la señora Bassett. Soy su aprendiz de veintiún años. No aprecio la forma en que me está hablando, ni el hecho de que ni siquiera me crea. Estoy segura de que tendrá muchos problemas cuando su jefe se entere de cómo ha manejado esta cuenta y cómo ha estado discutiendo los detalles financieros de su cliente con otros.

Se aclaró la garganta.

—Vamos, señora Bassett, no hay necesidad de hacer amenazas vacías aquí. Particularmente amenazas tan débiles. Ambos sabemos que no va a venir aquí a exigir hablar con mi gerente, porque eso hará que la embarguen inmediatamente. Está, efectivamente, a mi merced, y si no hace lo que le digo, descubrirá lo que sucede cuando retiro esa misericordia.

¡Qué descaro! Definitivamente cambiaría de banco tan pronto como pudiera; no había manera de que trabajara con este imbécil.

—Supongo que el tiempo lo dirá, señor Lewis. Mientras tanto, yo tendría cuidado si fuera usted. No querrá que Trina se enoje con usted; pasan cosas malas cuando ella está molesta. —Hice una pausa por un momento y luego continué—: Entiende de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Casi pude oír su trago de miedo.

—Pronto estará fuera de mis manos. Póngase al día con sus pagos ahora.

—Que tenga un buen día, señor Lewis —dije.

Colgué el teléfono sin esperar a oír si tenía algo más que decir. Me froté las palmas sudorosas en mis jeans. Cualquier idea que hubiera tenido sobre lo divertido que sería dirigir un negocio se fue por la ventana, reemplazada por temores de no ganar suficiente dinero, no poder pagar las facturas y no ser lo suficientemente talentosa para ayudar a otros por mi cuenta.

Necesitaba ayuda de inmediato. Llamé a The Fancy Tart, y Bethany estaba en mi puerta en menos de cinco minutos.

—Muy bien, cariño, saquemos todos los libros —dijo Bethany tan pronto como entró en la oficina—. No puedo ayudarte con nada hasta que lea todas las transacciones.

—Estoy bastante segura de que los puse en el segundo cajón del escritorio. Puedes mirar en todos los cajones para encontrar lo que necesites.

—¿Te importa? —dijo mientras señalaba la silla de Trina.

Sería tonto de mi parte preocuparme porque se sentara en la silla de Trina, aunque yo aún

no estuviera lista para dar ese paso.

—No hay problema. Estaré en la sala de preparación, trabajando en los pedidos de mañana.

Antes de volver a la sala de preparación, le eché un vistazo rápido al área de ventas. Todo estaba en su lugar y la tienda estaba impecable.

Después de unos treinta minutos, Bethany me llamó de vuelta a la oficina.

—Estos libros son... confusos en el mejor de los casos.

—¿Cómo así? ¿No están organizados como cuando ayudaste a Trina por primera vez?

—Será mejor que te sientes, esto puede llevar un tiempo explicarlo —dijo en un tono amable.

Me senté en una silla para visitantes y me incliné hacia adelante para mirar los libros de contabilidad escritos a mano.

—El dinero que entra parece estar bien, pero el dinero que sale es un desastre. Parece que estaba sacando efectivo del negocio sin declararlo en los impuestos y luego canalizándolo a Frank. Comenzó a pagarle dos meses después de abrir, y las cantidades han ido aumentando progresivamente con el tiempo.

—¿Cuánto?

—Setecientos cincuenta fue el último pago que registró en febrero.

Me hervía la sangre. El descaro de él, pidiéndome aún más de lo que Trina le estaba pagando solo porque pensaba que yo no lo sabría.

—¿Qué hay de las facturas regulares? ¿Se han pagado a tiempo? ¿Y la hipoteca?

Bethany negó con la cabeza. —Estas se están pagando de manera esporádica en el mejor de los casos. El problema se reduce al dinero que le estaba dando a Frank. Si no le hubiera dado nada, habría tenido suficiente para todas las facturas y habría podido pagarse un poco mejor a sí misma también. Suponiendo que te deje el negocio, creo que te irá muy bien.

Me relajé en mi silla, aliviada. El negocio generaba suficiente dinero para sobrevivir. Solo necesitaba lo suficiente para reemplazar mi salario y propinas de Fancy Tart, para poder dedicarme a trabajar en un solo empleo.

Dejé que una sonrisa se dibujara en mis labios. —Eso es un alivio, Bethany.

Ella rodeó el escritorio y me dio un abrazo. —Me avisarás cuando o si quieres dejar el Café, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Odiaré perder a mi empleada favorita, pero tendrás muchas más oportunidades aquí. Solo necesitas tener fe en ti misma.

—Supongo que mañana sabremos si te dejaré o no. Y hablando de empleada favorita, Abby quiere impresionarte. Está decepcionada porque cree que no notas todo el trabajo extra que hace.

Bethany pareció pensativa. —¿Abby? Sí noté que ha empezado a hacer algunas cosas sin necesidad de que se le recuerde. Me preguntaba de qué se trataba todo eso.

—Si no te importa, pasaré más tiempo enseñándole a trabajar como yo lo hago, y entonces ella será tu empleada favorita.

—Ya veremos cómo funciona eso —dijo Bethany.

Capítulo 19



Cuando entré en el vestíbulo del abogado de Trina a la tarde siguiente, vi a Frank, James, el detective Palmer, varios clientes de la botica, incluyendo a la señora Thompson y la señora Canteford, y George Fiske, el abogado de Caroline Arneson.

Antes de que pudiera colocarme junto a Palmer, una elegante y esbelta asistente legal anunció:

—Los que estén aquí para la lectura del testamento de Bassett, por favor, síganme.

Todos nos levantamos y caminamos por el pasillo alfombrado hasta una sala de conferencias. La habitación tenía una gran mesa de cerezo con capacidad para ocho personas y sillas adicionales alineadas en una pared. Una mesa más pequeña sostenía una cafetera recién preparada, crema y azúcar, y varias botellas de agua. Las luces del techo zumbaban, y deseé que hubiera una ventana en la habitación para poder apagarlas.

—Por favor, pónganse cómodos. Hay café y agua disponibles. El señor Shrewsbury estará con ustedes en unos minutos —anunció la asistente legal.

Me senté junto a Ginger, una cliente tímida que apenas me había dicho más de dos palabras en los últimos seis meses. Me sonrió y luego bajó la mirada hacia su botella de agua.

El detective Palmer se quedó de pie junto a la puerta, aunque había algunos asientos vacíos alrededor de la mesa.

James se sentó a mi lado y me miró lascivamente.

—¿Esperando recibir algo bueno? Estoy seguro de que me quedaré con su negocio.

Me disgustó su actitud grosera.

—Estoy segura de que agradeceré cualquier cosa que tu tía haya querido dejarme.

James se estiró y puso su brazo sobre el respaldo de mi silla. ¿Qué éramos? ¿Estábamos de vuelta en la escuela secundaria? Golpeé su pierna contra la mía y la dejé apoyada allí. Intenté deslizar mi silla lejos de la mesa para moverme a otro asiento, pero él la mantuvo quieta.

Genial. Ahora iba a tener que lidiar con este imbécil en lugar de prestar atención a lo que Trina tuviera que decirme. Miré a Palmer, y aparentemente transmití una llamada de auxilio, porque cubrió la distancia entre nosotros en unos pocos pasos y levantó a James por el cuello.

—Tú te sientas allí —dijo mientras señalaba una silla junto a la puerta.

Le sonreí a Palmer, esperando que se sentara a mi lado. En su lugar, se quedó junto a

James, asegurándose de que no se moviera. Es bueno tener amigos.

El señor Shrewsbury entró y se sentó a la cabecera de la mesa. Era un hombre delgado con cabello blanco y fino. Habría parecido viejo de no ser por su postura recta como una vara y su paso ágil.

—Estamos aquí para leer el último testamento de la señorita Trina Bassett. Cualquiera que no esté aquí para ese propósito debe irse ahora. —Examinó la sala por un momento—. Señor Fiske, no creo que sea necesaria su presencia aquí.

Fiske, el abogado de Caroline, se levantó, tomó su maletín de la mesa y se fue.

Después de que se cerró la puerta, Shrewsbury continuó:

—Todos recibirán una copia del testamento cuando se vayan, así que iré directo a los legados. A mi ex esposo, Frank Willis, le dejo mi casa, que siempre consideraré "nuestra casa". Frank, desearía que hubiéramos podido hacer que funcionara entre nosotros porque siempre te he amado. Sin embargo, hay una condición, y es que no puedes vender la casa durante diez años. Quiero que tengas un verdadero hogar, un lugar al que puedas contar con ir todas las noches.

Frank frunció el ceño, sin parecer querer la casa.

—A mi sobrino James, le dejo mi Dodge Stealth del '95. Lo he cuidado excelentemente, y espero que lo trates tan bien como yo lo he hecho.

No podía ver a James, pero escuché su improperio susurrado. Esperaba heredar la botica y en su lugar recibió un coche.

—A Isabella, mi aprendiz, mi protegida, mi amiga. Te dejo mi negocio, Portsmouth Apothecary, con todos sus bienes y fondos para que lo dirijas como consideres apropiado.

¿Lo había oído bien? ¿Me dejó la botica? ¡Me la dejó a mí! Mi corazón se elevó y sonreí radiante, sin importarme que Frank me estuviera mirando con el ceño fruncido. Mi mente corría con tantos pensamientos que no pude prestar atención al resto de los legados para los amigos y clientes de Trina.

No mucho después, la lectura terminó. Nos pusimos de pie y salimos al vestíbulo, donde varias personas estaban dando vueltas.

—Isabella, querida, me gustaría hablar contigo sobre mi legado —dijo la señora Canteford.

—Por supuesto —dije, sin recordar qué le había dejado Trina.

—Siempre he admirado el espejo que Trina me dejó.

Asentí mientras lo recordaba. Era un hermoso espejo dorado que le daba al área de ventas una sensación de riqueza.

—Sí, bueno, me preguntaba si mañana por la tarde sería conveniente para recogerlo.

—Absolutamente, señora Canteford. Cuando estemos abiertos, puede pasar. —No quería perder ese espejo, porque encajaba perfectamente entre la ventana frontal y los estantes de hierbas. Necesitaba encontrar un reemplazo en línea esta noche.

El señor Fiske se acercó a mí sigilosamente.

—¿Eres la nueva propietaria?

—Lo soy —dije, sin poder ocultar la alegría en mi voz.

La señora Thompson me dio una palmadita en la mano.

—Harás un trabajo encantador, siguiendo los pasos de Trina. Sé que la salud de mi Jameson está en buenas manos contigo.

Sus palabras me calentaron el corazón.

—Qué sentimiento tan hermoso. Haré todo lo posible para estar a la altura de su fe en mí. Por ahora, tengo que volver al trabajo. Tengo muchas pociones que preparar para mañana.

Tenía doce pedidos hoy que no había completado, y prometí a cada cliente que los pedidos estarían listos a última hora de la tarde. Me quedaban varias horas más de preparación antes de que estuvieran terminados.

Antes de irme, James pasó como una tromba junto a mí, murmurando: —Ni siquiera vale la pena. Qué pérdida de tiempo.

—Vaya por Dios —dijo la señora Thompson—. Alguien no ha estado al día con su diario de gratitud.

Nos reímos de eso hasta que oímos a Frank gritando desde la sala de conferencias: —¿Cómo que no puedo venderla? ¿Cómo puede esa arpía dictar mi vida desde la tumba?

Nos pusimos serios y todos los demás se marcharon. Me senté en un rincón de la sala y seguí escuchando a escondidas.

—La casa está en un fideicomiso, y el fideicomisario, es decir, yo, no puede permitir que la vendas durante diez años —dijo el señor Shrewsbury.

—Eso no puede ser legal —dijo Frank—. Te despediré y conseguiré un nuevo abogado que se ocupe de esto.

—Ciertamente eres libre de hacerlo, aunque me temo que estarás tirando el dinero. ¿Por qué no aceptas este generoso regalo que te ha hecho y usas la casa como tu hogar? Estoy seguro de que estarías más cómodo que en tu ubicación actual —calmó el señor Shrewsbury.

Me pregunté dónde vivía Frank. Nunca se me había ocurrido que podría no vivir en un lugar agradable. Conducía un buen coche y llevaba ropa bien confeccionada, así que supuse que también tendría una buena casa.

—Sabes por qué no puedo hacer eso. Si no estás dispuesto a ayudar, encontraré a alguien que sí lo haga.

Vi cómo Frank atravesaba furioso el vestíbulo y daba un portazo al salir.

El señor Shrewsbury cerró la puerta de la sala de conferencias y me levanté para seguirlo a su despacho. —Señor Shrewsbury, ¿podría dedicarme un minuto de su tiempo?

Se dio la vuelta. —Señorita Proctor, ¿verdad? Por supuesto.

Me condujo a su despacho y me invitó a sentarme. Su oficina era sorprendentemente moderna. Su escritorio de cristal y cromo solo tenía un portátil cerrado encima y detrás del escritorio había una silla Aeron negra. La moqueta negra y gris era sorprendentemente mullida y hacía juego con las cortinas del suelo al techo que supuse ocultaban una ventana.

Me señaló una silla de invitados negra y cromada. —Tome asiento. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias.

Sacó una carpeta de un archivador. —Aquí está la documentación bancaria que debe firmar para hacerse cargo de las cuentas del negocio. Además, debe saber que la señora Bassett tenía una póliza de seguro de vida que cubrirá la hipoteca de su local comercial y se ocupará de cualquier factura pendiente que tenga.

¡Qué alivio! —Gracias. Tendré que reponer nuestras existencias después del robo.

El señor Shrewsbury juntó las puntas de los dedos. —No quisiera ser presuntuoso, pero ¿tiene experiencia en dirigir un negocio? Estoy seguro de que puede encargarse de las operaciones diarias y de lo que necesita hacer para la gente. Me refiero a si puede presentar sus impuestos o nóminas sin cometer errores. ¿Sabe cómo leer los contratos que debe firmar? Cosas de esa naturaleza.

Se me cayó el alma a los pies. En todos mis sueños de dirigir un negocio, estas cosas

legales y mundanas nunca habían pasado por mi mente. —No lo sé.

Sus ojos se iluminaron. —Mi firma puede encargarse de estos detalles por usted, por nuestra tarifa habitual.

Antes de que pudiera rechazarlo, continuó hablando. —Puede pensar que nuestras tarifas son altas —dijo mientras me deslizaba una hoja sobre su escritorio—. Sin embargo, considere cuánto le costará si se equivoca en algo. Mucho mejor estar segura que perder el negocio que Trina le ha dado.

Era increíble. En cuestión de segundos, había pasado de ser un amable señor mayor a un tipo con un discurso de venta sórdido. Mi mente gritaba que no aceptara nada, porque iba a aprovecharse de mí y de mi ignorancia.

—Gracias por su oferta —dije mientras tomaba su lista de tarifas—. Lo consideraré y le llamaré cuando haya tomado mi decisión final. —Eso debería mantenerlo alejado por un tiempo. Mi primera parada sería hablar con Bethany. Ella había configurado los sistemas de Trina hace años y estaba segura de que podría explicarme todo sin costarme un ojo de la cara.

Pareció sorprendido de que no aceptara su oferta de inmediato. —Somos una firma muy ocupada, señorita Proctor. Sería mejor que nos contratara inmediatamente.

Ni hablar. —¿Tiene tiempo para una pregunta?

Shrewsbury miró su reloj. —Me quedan unos minutos antes de mi próxima reunión.

—¿Es cierto que Frank no puede vender la casa durante diez años? Es decir, ¿ese tipo de estipulación es legal?

—Sí, es legal. No habría permitido que la señora Bassett lo incluyera en su testamento si no lo fuera.

—¿Y donde vive ahora no es tan agradable?

Shrewsbury se rió. —Vive en un parque de caravanas en la Ruta Uno. La casa de Trina es una mejora sustancial.

—Oh. Ya veo.

Me levanté para irme y nos estrechamos las manos.

—Me da miedo pensar en lo que podría pasarle a una joven sola con un negocio. Considere mi oferta cuidadosamente —dijo.

Al salir, me pregunté si me lo estaba imaginando o si acababa de amenazar mi negocio.

Fuera, el detective Palmer estaba apoyado en su coche. —¿Podemos hablar?

—Me dirijo a la botica. Tengo todo el tiempo que tarde en llevarme allí.

—Supongo que tendrá que bastar por ahora. Suba.

Arrancó el motor. —Usted conoce a esta gente mucho mejor que yo. ¿Le pareció algo extraño en esa lectura?

Pensé por un momento. —James nunca me había tirado los tejos así. Gracias por venir a rescatarme.

—¿Le parecieron fuera de lugar los legados?

—Me sorprende que me dejara el negocio. Suponía que se lo dejaría a la familia y que quizás me mantendrían para dirigirlo.

—¿Algo más? ¿Qué hay de todos los legados menores? Sonaba como si estuviera regalando media tienda justo debajo de tus narices.

Suspiré. —No les presté mucha atención. Estaba demasiado emocionada por mi herencia. Estoy segura de que puedo reemplazar cualquier cosa que haya regalado. Creo que estaba siendo amable con nuestros clientes más fieles, no hay nada siniestro en ello.

—De acuerdo, te creo.

—Frank quiere vender la casa, sin embargo. No tiene ningún interés en vivir en ella.

—¿En serio? —preguntó.

—Lo escuché gritar, porque ni siquiera se molestó en cerrar la puerta mientras le exigía al abogado que lo arreglara para poder vender la casa.

—Interesante. Probablemente no sea un motivo para el asesinato, sin embargo. La forma de ganar dinero en bienes raíces estos días es mantener la propiedad y alquilarla. Tienes un flujo de efectivo constante para el resto de tu vida, si lo haces bien, y al final ganarás más de lo que vale la casa.

Pensé en mi propio apartamento. Abby y yo pagábamos novecientos dólares al mes cada una. Había seis apartamentos y el edificio era viejo. Nuestro casero, el Sr. Subramanian, probablemente estaba ganando mucho dinero con nosotros.

Palmer se estacionó frente a la botica. —Que tengas una buena tarde.

—Gracias. Voy a averiguar cómo dirigir un negocio.

—Sabes que a la gente le lleva años aprender eso, ¿verdad? —preguntó.

Salí de su coche. —Tendré mucha formación práctica.

Capítulo 20



Abrí la puerta de nuestro apartamento, decepcionada de que Abby la hubiera dejado sin llave. Otra vez. Sí, estábamos en un edificio seguro en una ciudad generalmente tranquila. Pero no creía que debiéramos tentar al destino.

—¿Adivina quién está a punto de convertirse en la empleada favorita de Bethany? —grité después de cerrar y asegurar nuestra puerta.

Abby asomó la cabeza desde su habitación, con una expresión confusa en su rostro. —¿Quién?

—¡Tú! Trina me dejó la tienda en su testamento, y en unas semanas, tendré que dejar la panadería.

Abby corrió hacia mí y casi me derribó con su abrazo. —¡Esas son noticias fantásticas! Me alegro mucho por ti.

—Estoy aliviada. Cuanto más trabajaba allí, más segura estaba de que era mi vocación. Al mismo tiempo, no quería ser la competencia de Trina. Pensé que tendría que mudarme.

—¡No! —dijo Abby.

Colgué mi abrigo y me serví un vaso de agua en la cocina. —¿Te imaginas lo que diría mi familia si me fuera del pueblo, o incluso del estado?

—¡Lo sé! Nunca lo superarían. ¿Cómo fue el resto de la lectura del testamento?

—Estuvo bien. Trina dejó muchas de las decoraciones de la tienda a nuestros clientes. Tendré que reemplazarlo todo una vez que entregue el papeleo necesario al banco. Le dejó su coche a su sobrino y su casa a su ex. Él no quería la casa para vivir, y ella específicamente dijo que no podía venderla por diez años.

—¿Quién pondría ese tipo de estipulación en un legado? Tal vez él tiene la costumbre de vender casas. Mi madre puede averiguarlo por nosotras —dijo Abby.

La madre de Abby era agente inmobiliaria y podía buscar datos de ventas de casas. Si había algún tipo de patrón en sus compras y ventas, ella lo encontraría.

—Eso sería genial. ¿Puedes llamarla? —pregunté.

Me quedé despierta hasta las once, leyendo sitios web sobre cómo gestionar con éxito un pequeño negocio y llené un bloc legal entero de notas.

Las tres y media llegaron demasiado pronto a la mañana siguiente, y me costó salir de la

cama. Si no necesitara que me pagaran unas semanas más en The Fancy Tart, probablemente me habría dado la vuelta y vuelto a dormir.

No, eso era mentira. Habría pasado cinco minutos pensando en lo genial que habría sido volver a dormirme, pero me habría levantado de todos modos, porque no hay forma de que dejara a Bethany sin suficiente personal en la panadería.

Me quité las mantas de encima e hice mi mejor imitación de una persona entusiasta: sonriendo y moviéndome con una energía que no creía tener. Era patético, pero al menos estaba fuera de la cama.

El aroma del café me animó, y agradecí a la diosa por los pequeños favores. Me puse unos vaqueros y un suéter, me recogí el pelo y me dirigí a la cocina para lo que sería la primera de muchas tazas hoy.

Abby parecía tan despierta como yo me sentía, aunque ya estaba vestida y sirviendo café en tazas de viaje para nosotras. —¿Lista para irnos en cinco minutos? —preguntó.

—Sí. —Alcancé mi taza de viaje con estrellas y unicornios. El primer sorbo fue el cielo. El segundo se apoderó de mi cerebro y comenzó a sacudir las cosas.

—Gracias por esto —dije.

Nos pusimos los zapatos y salimos hacia el trabajo.

—Estaba pensando en Frank esta mañana —dijo Abby mientras caminábamos hacia The Fancy Tart.

—¿Ah, sí? ¿No es demasiado temprano para pensar en algo que no sea café?

Me dio una sonrisa irónica. —Me desperté a las tres. Antes que mi alarma, así que me levanté. Me estoy aclimatando al nuevo horario.

Sonreí. —¿Qué pasa con Frank?

—Solo querría vender la casa si ya tuviera una, ¿verdad?

Asentí y bebí más café.

—Bueno, él tiene una casa móvil. Mi madre me envió un correo después de que nos fuimos a dormir. Ha sido dueño de varias casas, y las vende cada dos años más o menos.

—Eso es raro.

—Mamá dice que tiene que ver con los impuestos. Son menos si conservas una casa por dos años o más.

No tenía ni idea de eso; mi familia había sido dueña de nuestra casa durante siglos.

—Con cada venta, se da la vuelta y compra una casa más pequeña y más barata, y eso le deja mucho dinero en efectivo.

Interesante. No lo entiendo; ¿por qué necesitaría efectivo si estaba recibiendo dinero de Trina?

—¿Lo suficiente para vivir? —pregunté.

—Seguro, si era cuidadoso. He visto su coche, y es muy caro.

—¿Tu madre tiene alguna idea de adónde va el dinero?

—No dijo. Solo me envió los hechos.

¿Cuánto podría deber?

Pasé el resto del camino preguntándome quién mató a Trina y por qué.

Fichamos justo antes de que comenzara nuestro turno. Bethany me miró y dijo: —Puedes trabajar atrás conmigo por ahora —. Se volvió hacia Abby y dijo: —Tú encárgate del comedor.

Me puse el delantal y me uní a Bethany en la cocina.

Bethany echó mantequilla y azúcar en la batidora industrial y la encendió a velocidad baja. —Tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Frank es un jugador, y si no tienes cuidado, te hundirá con él. Lo mejor es cortar lazos con él completamente, ahora mismo, y dejarlo que encuentre su propio camino en el mundo.

—Pero...

—Es un hombre adulto, Isabella, y debería ser responsable de sus propias acciones.

Tenía razón. Su deseo de vender la casa de Trina tenía mucho más sentido ahora, al igual que su venta serial de casas y reducción de gastos. Ahora también tenía un buen motivo para matar a Trina. Necesitaba dinero y asumía que ella le dejaría más en su testamento.

Me estremecí y me pregunté cómo protegerme de él.

Saqué pan del refrigerador y lo dispuse en bandejas para llevarlo al frente de la tienda. Bethany y yo trabajamos en silencio hasta que interrumpió mis pensamientos.

—¿Por qué no vas y ayudas a Abby con los clientes? —dijo.

El reloj ya marcaba las siete. Había estado trabajando en piloto automático durante horas.

En el frente de la tienda, Abby manejaba la fila de clientes admirablemente. Me impresionó; todo lo que necesitó fue un cambio de actitud y un poco de disciplina para no quedarse despierta hasta la madrugada, y ahora se adaptaba bien al turno de la mañana temprano.

Abby y yo trabajamos durante tres horas en el mostrador hasta que Bethany salió de la cocina con un pequeño pastel. Lo había glaseado y escrito "mis mejores deseos" para mí.

Intenté no llorar. Este había sido mi primer trabajo, y había estado aquí durante cinco años. —Aunque todavía no me voy.

—Lo harás pronto.

Debería haber hecho algún tipo de discurso, pero no sabía qué decir, así que en su lugar la abracé, tomé mi pastel y caminé las dos cuadras hasta mi botica.

Entré por la puerta trasera y me tomé un momento para observar la oficina. Estaba exactamente como la había dejado, y tendría que acostumbrarme a que fuera mía. Atravesé el área de ventas para abrir la puerta principal, sorprendida de ver a un par de personas esperando afuera. Deben necesitar realmente sus pedidos.

—Pasen y denme un segundo para organizarme —les dije.

En la caja, encendí la vela y toqué la foto de Trina. —Parece que somos tú y yo hoy —dije y me puse a trabajar.

Una vez que la tienda se había vaciado, entró James, el sobrino de Trina.

—Buenos días, James. ¿Cómo estás hoy? —pregunté.

—Estoy bien, considerando las circunstancias. Me preguntaba si podríamos hablar —dijo.

No era muy fan suyo, y no había mucho que pudiera decirme que quisiera escuchar. Por otro lado, tal vez quería hablar sobre Trina.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

Sonaron las campanillas de la puerta y entró el cartero. Me sentí aliviada de no estar sola en la tienda con James.

—Estás ocupada, así que ¿por qué no paso por aquí a las seis? Podemos ir a tomar algo y relajarnos un poco.

Lo único que quería después del trabajo era una buena noche de sueño.

—Hoy no puedo. ¿Qué tal mañana?

—Genial, es una cita. Te veré aquí.

No podía dejar que eso quedara así. —No es una cita, James. Solo somos dos personas que perdieron a alguien especial, recordando sobre una copa —. Esperaba que eso fuera todo lo

que haríamos.

—Como sea —dijo mientras abría la puerta—. A las seis mañana.
La puerta se cerró y se me cayó el alma a los pies.

Capítulo 21



Al final del día, me quedé en el umbral de la oficina, mirando el escritorio. Mi escritorio. Con pasos vacilantes, caminé alrededor y me senté suavemente en la silla de cuero. Necesitaba un breve descanso antes de terminar de trabajar por la noche.

—Espero no decepcionarte —susurré, deseando que Trina me escuchara en algún lugar.

Diez minutos después de mi descanso, sonaron las campanillas de la puerta. Probablemente era lo mejor; tenía trabajo que terminar.

Salí de la oficina esperando ver a un cliente, pero en su lugar, allí estaba Frank. Jadeé cuando vi su cara. Ambos ojos estaban morados y su nariz estaba hinchada. —¿Estás bien? —pregunté.

Caminó alrededor, inspeccionando los estantes mayormente vacíos. Hizo una mueca al acercarse a mí, luego se detuvo. —No te preocupes por mí. Me excedí en el gimnasio.

Miré a Frank de arriba abajo. No había forma de que hubiera visto el interior de un gimnasio en años. Tenía una palidez enfermiza en su complexión y definitivamente cargaba unos kilos de más.

—Sabes por qué estoy aquí y lo que necesito. Espero que no vayas a ser un problema —amenazó.

Di dos pasos hacia él y me detuve cuando tropezó hacia atrás. —¿Qué pasa contigo? He estado intentando entrar aquí todo el día por el dinero que me debes. Cada vez que me acerco a la puerta, me duele todo el cuerpo.

¡El hechizo de protección de la tía Lily funcionaba! Debía estar realmente desesperado para soportar el dolor. Pobre tipo. No quería estar aquí. Algo, o alguien, lo estaba forzando.

—¿Estás seguro de que no puedo darte algo? Tengo algunas pociones que...

—Nada de pociones —escupió—. Nunca las usé, ni siquiera cuando Trina y yo estábamos casados.

Pensé por un momento en lo que tenía en existencia. —Al menos déjame darte un poco de árnica para los moretones. No es una poción, es un remedio homeopático que mucha gente jura que funciona.

Agitó su mano como para empujarme más lejos y dio otro paso atrás. Se enderezó, aparentemente habiendo superado el alcance del hechizo.

—El dinero es lo que necesito. No tienes que fingir que te preocupas por mí o que estoy adolorido.

—Pero sí me preocupo. Trabajar con Trina este último año me ha mostrado que mi lugar en el universo es cuidar y sanar a los demás. No es molestia, honestamente. ¿Qué clase de persona sería si te dejara ir de aquí con dolor cuando puedo ayudar?

Un lado de su boca se levantó en una media sonrisa y de repente estaba mirando al Frank que recordaba de hace un año. Amigable, amable, siempre listo con un mal chiste. Dio un paso hacia mí y todos los rastros del viejo Frank desaparecieron.

—Heredaste la tienda, heredaste las deudas. Mil a la semana.

—Trina tenía un seguro de vida. Estoy segura de que podrías presentar una reclamación a Shrewsbury y saldar la deuda.

Frunció el ceño. —No entiendes cómo funciona esto. No fue un préstamo oficial, con papeles redactados. Ella usó nuestro dinero y lo estaría pagando durante mucho tiempo.

Dio otro paso adelante y gruñó. —El dinero, ahora.

No tenía mil dólares para darle, y eso era algo bueno, porque sentía que haría cualquier cosa para que se fuera. —Lo siento, no puedo.

Dio un paso más hacia adelante y casi cayó al suelo. —Me matarán si no lo haces. Si te preocupas por mí tanto como dices, salvarás mi vida y me darás el dinero.

Su rostro se retorció de dolor mientras intentaba dar el último paso para alcanzarme. Su agonía era mi culpa, y me dolía solo de verlo hacer muecas.

Le lancé un hechizo de confusión. —Niebla del ojo de la mente, elimina estos pensamientos y déjalo ir con calma.

Observé para ver si el hechizo funcionaba. La abuela nos dijo que no lo usáramos a menos que estuviéramos seguros de que funcionaría, pero no se me ocurría nada más para sacarlo de la tienda.

Dio dos pasos atrás y se enderezó. Sus ojos se enfocaron mientras observaba sus alrededores. Sabía que estaría en un estado susceptible, casi hipnótico, durante los próximos minutos.

—Si eso es todo, señor Willis, espero que su mudanza a Antigua sea tan encantadora como dice que será.

—¿Antigua? —preguntó.

—Sí. Creo que está empacando y tomando un vuelo esta noche. Quiere empezar de nuevo y vivir una vida simple, feliz con el dinero que tenga.

—Eso parece... una buena idea —dijo—. Que tenga una buena noche.

Frank salió de la tienda caminando con una ligereza que nunca antes había tenido. Realmente esperaba que se mudara a Antigua y tuviera una nueva vida feliz.

Con manos temblorosas, cerré la puerta con llave detrás de él y giré el cartel a "cerrado". Me serví lo último del té de manzanilla con limón en una taza de porcelana. Tomaría el té, calmaría mis nervios y luego me iría a casa.

Mientras estaba sentada en la oficina, preguntándome sobre Frank, me di cuenta de que Thea y Delia podrían vigilarlo para asegurarse de que subiera al avión. Tomé mi teléfono y marqué su oficina. —Hola, soy yo. No se preocupen, pero Frank acaba de estar aquí.

—¿Estás bien? —preguntó Thea.

—Sí, estoy bien. Le lancé un hechizo de confusión y le dije que se mudaba a Antigua.

—¿Y no te hizo daño?

—No, honestamente, estoy bien. Pero necesito tu ayuda.

—Tú dilo y nosotras nos encargamos —dijo ella.

—Vive en el parque de caravanas junto a la Ruta Uno. Seguidlo hasta que pase el control de seguridad del aeropuerto. Pero manteneos bien lejos, porque el hechizo de protección funcionó de maravilla y él sentía mucho dolor cuando estaba cerca de mí.

—Entendido. Saldremos ahora mismo y te mantendré informada.

—Sois las mejores —dije.

—Nos debes una bien grande. Puede que nunca saldes tu deuda con nosotras.

Me reí mientras colgaba. Mis primas me debían tantos favores como yo a ellas.

Terminé mi té y consideré llamar a Palmer, pero decidí no hacerlo. No había forma de que pudiera decirle la verdad: que el hechizo había funcionado y que yo había hecho que Frank decidiera mudarse lejos. Nunca me creería y jamás volvería a tomarme en serio. Peor aún, si me creyera, tendría miedo de mí y de mis habilidades. Les pasó a las tías y podría pasarme a mí con la misma facilidad. Mejor guardarme mis secretos para mí misma.

Me levanté y eché un vistazo a la tienda. Lavé la tetera y mi taza. Cogí mi abrigo y me dirigí a mi apartamento. Llamaría a las tías desde allí para hacerles saber que todos estábamos a salvo tan pronto como supiera que Frank estaba en su avión.

Capítulo 22



A la tarde siguiente, empecé a ponerme nerviosa. Había logrado apartar de mi mente la reunión con James durante la mayor parte del día porque había estado ocupada con los clientes o con gente que venía a hablar sobre Trina.

A las seis menos cinco, él ya estaba allí, esperándome mientras yo terminaba de cerrar. Llevaba unos vaqueros con un agujero en la rodilla, una sudadera con capucha color beige con una mancha de grasa en el frente y botas Timberland. Se quedó de pie junto a la puerta y golpeaba el suelo con el pie impacientemente. Qué imbécil. Estuve tentada de decirle que había surgido algo y que no podría ir esta noche.

Alargué el cierre todo lo que pude, pero a las seis y diez, me dijo:

—¿Aún no has terminado? ¿No puede esperar todo esto hasta mañana?

Le lancé una mirada de disgusto.

—Estoy lista para irme. ¿A dónde vamos?

—Vamos a The Lips. Tengo un amigo trabajando allí esta noche, así que conseguiremos bebidas más baratas.

Genial. El nombre completo del bar era en realidad Loose Lips Sink Ships Tavern, y era el peor bar de la ciudad. Bebidas baratas en un bar aún más barato. Esperaba que eligiera algún lugar al que pudiera ir caminando, pero estaba a ocho kilómetros, así que abrí la puerta del Dodge Stealth que Trina le había dejado y me subí.

Él se deslizó en su asiento y sacó el coche a la carretera.

—¿La policía te ha dicho algo sobre la investigación? Te vi hablando con ese detective fuera de tu edificio de apartamentos.

—¿Ah, sí? —Eso era escalofriante. ¿Me había estado acosando durante los últimos días?

—Sí. ¿Conoces a Chuck, el que vive en tu edificio? Es mi mejor amigo y estaba en su casa.

Eso tenía más sentido. ¿Pero admitir que Chuck era su mejor amigo? Esto no me hizo pensar mejor de él.

—Oh, no lo sabía. Nunca te había visto por allí antes. —Miré hacia sus pies—. ¿Puedo preguntarte sobre tus botas?

Me miró con el ceño fruncido.

—Sí, supongo. Son solo botas.

—Timberland, ¿verdad? ¿Son realmente impermeables? No tengo coche y necesito mejores botas para caminar en invierno.

—¿No tienes coche? ¿Quién no tiene coche?

—¿Qué talla son las tuyas? —Me estremecí ante lo directo de mi pregunta.

Se rio.

—¿Qué talla son mis zapatos? ¿Esa es realmente la pregunta que quieres hacer?

—Solo tenía curiosidad. Yo uso el 42.

—Las mías son 46. Y sí, son impermeables.

Talla 46. Dos tallas más grandes que la huella encontrada en la oficina del boticario. Relajé los hombros, aliviada de que James no fuera un asesino.

Hacía mucho tiempo que no estaba en esta parte de la ciudad. Varias tiendas estaban vacías y cubiertas de grafitis, sus estacionamientos ni siquiera estaban despejados de nieve. No tener coche significaba que normalmente pasaba mi tiempo a poca distancia a pie de mi apartamento. No necesitaba ir mucho más lejos que eso la mayoría de las veces, así que no me molestaba caminar a todas partes.

Cuando llegamos al bar, fruncí el ceño. Era más sórdido de lo que recordaba: la pintura blanca descascarada parecía gris en la menguante luz del sol, una ventana rota estaba cubierta con cinta adhesiva, y la puerta de cristal estaba protegida con barras de seguridad metálicas.

—Encantador —dije.

—Sí, bueno, no es un lugar elegante del centro, pero mi colega no nos robará a ciegas con las bebidas, y no necesito cuidar mis modales.

Genial. ¿Cómo salir de esto lo más rápido posible? Debería haber programado una llamada de "emergencia" con Thea y Delia. En cambio, estaba aquí por mi cuenta.

Consideré esperar hasta que él me abriera la puerta del coche, pero pensé que sería un gesto inútil: ni siquiera se daría cuenta de lo que estaba haciendo. Así que entré y me quedé en la barra lo más cerca posible de la puerta.

Lo necesitaba porque apenas había luz en la sala, y de ninguna manera iba a sentarme en un rincón oscuro con él donde nadie pudiera vernos. El olor a cigarrillos rancios y cerveza derramada del día anterior asaltó mis fosas nasales. Me obligué a no examinar los olores más a fondo; tenía miedo de lo que pudiera descubrir. No había otros clientes en el bar y se me cayó el alma a los pies. Realmente no quería estar a solas con James.

El camarero se volvió hacia nosotros y me miró de arriba abajo apreciativamente.

—Joder, tío. No estabas bromeando —le dijo a James.

Algunas personas tienen tatuajes de manga completa; el camarero tenía un cuello de tortuga de tatuajes, y parecía que una vez que tuviera suficiente dinero, iban a cubrir toda su cara.

—Quita las manos, es mía —dijo James mientras me rodeaba con su brazo.

Otra vez no. No necesitaba una repetición de su comportamiento de enamorado de secundaria de ayer. En lugar de apartarlo, di un paso atrás y le clavé el tacón en el pie. Se estremeció y quitó su brazo de mi cintura.

Me senté en un taburete y fulminé a James con la mirada.

—Vamos a una mesa —dijo él.

—Estoy bien aquí —Sonreí al camarero—. Una Corona en botella. —Nunca me ha gustado la cerveza, pero realmente no quería que Cuello Tatuado me preparara una bebida.

El camarero me abrió una botella. —¿La señorita desea limón?

La tabla de cortar sobre el mostrador tenía una mancha oscura, y decidí que no me atrevía

a arriesgarme a una intoxicación alimentaria.

James pidió un chupito de vodka Barton. Me estremecí por él. Eso iba a bajar como combustible diésel. Pero supuse que si uno siente que tiene que emborracharse, esta era una de las formas más rápidas y económicas de hacerlo.

Sorbí mi cerveza, decidida a hacerla durar. Cuando James no dijo nada, pregunté: —Entonces, ¿qué está pasando?

—Bebe más primero, luego hablaremos —dijo él.

Cuello Tatuado le trajo otro chupito y yo tomé un sorbo de mi cerveza. Estaba amarga, más amarga de lo que recordaba que fuera la cerveza. Después de su tercer chupito y mi tercer sorbo, la cerveza ya no sabía tan mal, y me sentía mucho más relajada.

El camarero asintió a James, quien sacó un fajo de papeles del bolsillo de su chaqueta y los puso frente a mí.

—Isabella —dijo James.

Parecía requerir más energía de lo habitual mover mi cabeza. Me reí ante la idea de que algo requiriera energía mientras balanceaba mi cabeza de un lado a otro. Una ola de mareo me golpeó, y me agarré a la barra para no salir volando de mi asiento.

—¡Vaya! No me siento muy bien —dije. La barra estaba pegajosa, y me reí de cómo intentaba mantener mi mano abajo.

—Isabella, concéntrate —dijo James—. Necesito que me hagas un gran favor y firmes esto por mí.

Me quitó la mano de la sección pegajosa y me puso un bolígrafo en ella. El bolígrafo no era tan divertido, así que lo solté y volví a probar la barra pegajosa.

James desapareció de mi vista, luego reapareció sosteniendo el bolígrafo. Aplaudí su truco. —¡Desapareciste! —dije asombrada.

—Jesús, Mick, ¿cuánto le diste? —preguntó James.

El camarero se encogió de hombros. —¿Cómo iba a saber que era tan malditamente ligera?

El bolígrafo reapareció en mi mano. No tenía idea de que James pudiera hacer trucos así. No, espera. Estos no eran trucos. Él era mágico, como yo.

—¡Eres mágico y nunca me lo dijiste! —lo acusé antes de estallar en carcajadas.

—Concéntrate, Isabella, firma los papeles —ladró James.

Estaba tan serio. Me aparté de él, temerosa de lo que pudiera hacer.

—Estaré afuera si me necesitan —dijo el camarero.

—Firma los papeles y no te volveré a gritar —dijo, tratando de acercar mi mano a los papeles.

Eso sonaba como una buena idea. Si firmaba, podríamos volver a nuestra noche de fiesta. Podría intentar girar mi cabeza más y más rápido hasta que diera una vuelta completa. ¡Divertido!

Miré de mi mano al papel. Mi brazo se sentía pesado mientras lo movía hacia la página. Fallé y tiré su vaso de chupito vacío al suelo. Se agrietó y reflejó la luz que se desvanecía desde la puerta. —¡Oh, qué bonito! —dije.

James chasqueó los dedos frente a mi cara. —Oye, presta atención.

Entrecerré los ojos mirando su cara e intenté recordar qué quería que hiciera.

—Firma los papeles —dijo.

Moví mi brazo de nuevo, y esta vez el bolígrafo estaba sobre el papel. Firmé con mi letra más bonita, la firma que hacía cuando estaba en octavo grado, con un corazón para la "a" al final

de "Isabella". Levanté el bolígrafo y arrastré mi cabeza para mirarlo. —Ahí no, idiota.

Tomó mi mano y la puso de modo que el bolígrafo estuviera en la línea de firma. —Oh, quieres que firme aquí —dije. Estaba empezando a firmar cuando oí a mi prima Delia decir: —¿Isabella? ¡Detente!

Todo este movimiento de cabeza era agotador, así que la apoyé sobre la barra. Di con el punto pegajoso y froté mi frente de un lado a otro, riendo tontamente. No entendí por qué oía la voz de Delia hasta que me levantaron del taburete. Delia y Thea me miraban fijamente.

—¡Eh! ¿Cuándo habéis llegado? —pregunté.

Thea arrebató los papeles de la barra antes de que James pudiera cogerlos. Supongo que cuatro chupitos lo habían ralentizado. Aunque no debería hablar, ¡con tres sorbos yo ya estaba borracha!

—Vámonos —dijo Delia.

Me sacaron a rastras del bar y me metieron en el asiento trasero del todoterreno de la tía Nadia. Delia hizo chirriar los neumáticos al salir del aparcamiento. —¿Adónde vamos? —pregunté, pero nunca escuché su respuesta.

Me desperté con algo pinchándome en el brazo. Abrí los ojos, pero los cerré de golpe porque la luz me hacía daño. —¡Ay! —grité. Intenté apartar el dolor, pero mi otro brazo no se movía muy bien, y acabé dándome una bofetada.

—¿Isabella? —oí la voz asustada de mi madre.

—Sí, estoy aquí —dije, pero ¿dónde estaba?

Abrí los ojos de nuevo y la vi de pie sobre mí. Detrás de ella había una mujer con uniforme de enfermera.

—¿Por qué estoy en el hospital? —pregunté.

Sacudí la cabeza y las cosas empezaron a aclararse.

—El tratamiento está empezando a hacer efecto. Estará más lúcida en unos minutos —dijo la enfermera.

Mi madre levantó la cabecera de mi cama. Toda mi familia estaba a mi alrededor, y detrás de ellos pude ver al detective Palmer.

Mi madre me besó la frente. —Gracias a la diosa que vas a estar bien.

Palmer se colocó delante de Thea. Vaya, qué guapo era. Pensé que debería decírselo, pero una pequeña parte de mi mente sabía que me avergonzaría si lo hacía, así que apreté los labios.

—¿Está lista para responder preguntas? —le preguntó a la enfermera.

—Puede intentarlo, pero si las respuestas no tienen sentido, tendrá que volver a intentarlo más tarde.

—Voy a tener que pedirles a todos que salgan —dijo Palmer.

La abuela frunció el ceño, pero la tía Lily la cogió del brazo. —Estará a salvo con él, y estaremos justo fuera si nos necesita.

Pulsé el botón para levantar más la cama y quedarme sentada erguida. Agradecí ver que llevaba mi ropa y no un camisón de hospital. Tenía una vía intravenosa en el brazo y la bolsa decía "salino", así que pensé que probablemente estaba bien.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté antes de que pudiera decir nada.

—Te drogaron —dijo.

Un escalofrío helado me recorrió la espalda. —¿Qué? ¿Cómo?

—Bueno, ¿tal vez porque fuiste a un bar de mala muerte con un hombre extraño? —Se pasó los dedos por el pelo—. ¿Qué esperabas?

La ira me revolvió el estómago. —¿Perdona? Fui a un bar en el pueblo que se supone que

tú debes proteger, con un hombre que conocía. No hice nada malo, y me parece que me has fallado, amigo.

—¿Amigo? —dijo.

—Sí, amigo. Si Thea y Delia no hubieran entrado, ni siquiera sé qué habría pasado.

Soltó un largo suspiro. —No habría sido bueno, eso es seguro.

Intenté recordar mi tiempo en el bar, pero todo estaba borroso. —No recuerdo mucho después de que entramos y el tipo de los tatuajes me dio una cerveza.

—¿Recuerdas que James intentó que firmaras unos papeles?

Cerré los ojos y me vi escribiendo el corazón al final de mi firma. —Sí, creo que sí.

Pensé que quería ver mi nombre, así que usé mi firma de octavo grado. —Hice una mueca al recordarlo. Era tan cursi y mona—. Había sustituido la última "a" por un corazón. Oh, diosa.

¡Qué vergüenza!

Sonrió y levantó una bolsa de pruebas con mi nombre garabateado en la parte superior.

—Es adorable, ¿de qué hablas?

—Oh, para ya —dije—. No hace falta que me avergüences así. Ya estoy bastante horrorizada.

Palmer acercó una silla y se sentó junto a mi cama. —El papeleo era para que le vendieras la tienda por un dólar. Tenemos órdenes de arresto para James y el camarero, que huyeron antes de que pudiéramos atraparlos.

¡Ese podrido, miserable... imbécil! Cuando no consiguió lo que quería de Trina, intentó robármelo a mí.

—No entiendo cómo me drogaron. Pedí una botella de cerveza, él la abrió frente a mí y no la dejé sola ni un segundo. ¿Cómo pudo alguien poner algo en mi bebida?

—Si el camarero estaba involucrado, podría haber metido las drogas en la botella antes de dártela.

Maldición. No había forma de estar a salvo si alguien estaba decidido a aprovecharse de mí. Por otro lado, últimamente muchas personas lo habían intentado y había logrado evitar hacer lo que querían. Frank se había ido a Antigua, Caroline me había prometido que me dejaría en paz, y hábilmente había esquivado a dos abogados diferentes. Tal vez no me estaba yendo tan mal después de todo.

—¿Había algo que pudiera haber hecho?

—En realidad no. Supongo que podrías no haber bebido nada en absoluto. O podrías no salir con tipos que quieren hacerte daño.

—No era una cita. Pensé que íbamos a hablar de Trina, ya sabes, compadecernos por nuestra pérdida. Nunca me ha caído bien y realmente no confiaba en él, pero no pensé que caería tan bajo.

Me dio unas palmaditas en la mano. —Lo sé. El hospital va a darte el alta, y quiero que vayas a casa de tu madre esta noche.

Puse los ojos en blanco. —Nunca dejaré de oír sobre esto si lo hago —dije.

—Eso puede ser cierto, pero estarás a salvo y no tendré que preocuparme por ti mientras busco a este canalla.

Los efectos de la droga casi habían desaparecido, pero mientras miraba sus ojos marrones, decidí no decirle cómo me sentiría segura sabiendo que él me estaba protegiendo. Y definitivamente no iba a decirle lo guapo que era. No. Yo no. Iba a mantener la calma y dejar que él diera el primer paso.

—¿Te preocuparías por mí? —pregunté.

Asintió. —Tu edificio de apartamentos no tiene una seguridad particularmente buena. Cualquiera podría entrar en esos apartamentos si quisiera. Estar en el segundo piso no ayuda, porque es demasiado fácil subirse al techo del porche y abrir una de tus ventanas.

¿Había pensado específicamente en mi seguridad, o era un riesgo ocupacional que evaluara la seguridad de cada edificio que veía?

—Es bueno saber que te importa —dije.

Retiró su mano de la mía. —Es mi trabajo. —Se puso de pie y dijo que podía llamarlo en cualquier momento si recordaba algo más sobre James o el bar.

—Lo haré —prometí. Y esta vez lo decía en serio.

Capítulo 23



Mi familia me llevó a la casa Proctor y me mandaron directamente a la cama. Dormité un rato, luego me desperté por unos golpecitos suaves.

—Solo somos nosotras —susurró Delia. Entró y encendió la luz.

Thea puso una toalla en el suelo frente a la puerta cerrada para bloquear la luz. No tenía sentido dejar que las tías vieran que estaba despierta a las dos de la madrugada.

Mis primas, las personas más maravillosas del mundo, me habían traído comida. No me di cuenta de que tenía hambre hasta que vi el sándwich y las patatas fritas en el plato que sostenía Delia.

Me senté. —Vosotras dos sois increíbles.

Thea me entregó una lata de ginger ale y un pequeño frasco de vidrio. —Las tías por fin se han ido a dormir. ¡Tendrías que haberlas oído discutir sobre ti!

Solo podía imaginarlo. Con suerte, se habrían desahogado y serían más razonables por la mañana.

—La abuela dice que necesitas beber la poción, o si no vas a tener una resaca terrible.

La poción contenía raíz de regaliz, miel y escaramujo. Me la bebí de un trago y la seguí con una patata frita para quitarme el sabor a regaliz de la boca.

Thea tomó el frasco vacío y se lo guardó en el bolsillo. —Podemos irnos si quieres comer y volver a dormir, o podemos quedarnos contigo un rato si lo prefieres.

Delia me miró con lágrimas en los ojos. Cogí el plato y lo puse sobre la cama. —Venid aquí, vosotras dos —dije, y las abracé a ambas—. Si no hubiera sido por vosotras, las cosas podrían haber resultado muy diferentes. Sois mis heroínas.

Thea se sentó en la cama. —Gracias. Me alegro de que alguien lo reconozca. Las tías estuvieron todo el rato encima de ti hablando de seguridad, pero no dedicaron ni un segundo a hablar de cómo estuvimos allí y te arrastramos a un lugar seguro.

Le di un mordisco al sándwich de jamón y queso. El jamón salado hizo que se me hiciera la boca agua y mi estómago gruñó de aprecio. —¿Cómo me encontrasteis?

Delia tomó una patata frita de mi plato. —Te vimos salir con James y te seguimos. Tú no lo conocías en el instituto como yo. Siempre fue el tipo con el que no querías quedarte a solas.

Bueno saber que mi radar de tipos espeluznantes funcionaba. —¿Me seguisteis por una

corazonada?

Asintieron y rompí a llorar. No me había dado cuenta de lo cerca que estuve de un peligro real esta noche. ¿Qué me habría hecho una vez que firmara los papeles? Lo más probable es que no me hubiera llevado a casa y me hubiera dejado sola. Si era el tipo de hombre con el que las mujeres no querían quedarse a solas, bueno... ni siquiera quería pensar en eso.

Mis primas me abrazaron fuertemente y me susurraron palabras tranquilizadoras. No tuve el valor de decirles que no estaba segura de si alguna vez me sentiría a salvo de nuevo.

—No tuvimos la oportunidad de contártelo todavía: seguimos a Frank hasta el aeropuerto Logan. Tomó un vuelo directo a Antigua —dijo Thea.

—Pero lo gracioso es que primero se detuvo en una casa y dejó su coche y una bolsa de gimnasio antes de tomar un taxi —dijo Delia.

—¿Un taxi hasta Boston? —pregunté.

—Parecía que Frank estaba pagando a alguien. El tipo no estaba contento al principio. Sacó dinero de la bolsa y se lo agitó a Frank. Fue entonces cuando Frank le entregó sus llaves y su reloj. El tipo pareció un poco más feliz y entró. Pensé que nos iban a pillar, sentadas al lado de la carretera así, esperando a que Frank se fuera —dijo Thea.

Hablamos un rato más sobre cosas divertidas, recuerdos de la infancia, cualquier cosa para mantener mi mente ocupada y evitar que me preocupara hasta que empecé a quedarme dormida. Me arroparon y prometieron que una de ellas se quedaría conmigo toda la noche.



Fiel a su palabra, Thea estaba dormida en un colchón de aire junto a mi cama cuando me desperté por la mañana. Me deslicé fuera de la cama, tratando de no despertarla, y bajé de puntillas a la cocina.

Necesitaba café, porque aunque había bebido la poción de la abuela, todavía no me sentía muy bien. Abrí la puerta de la cocina y, para mi horror, Palmer estaba en la mesa con la abuela, desayunando.

Me había puesto un pijama prestado de Thea y me sentía demasiado expuesta con la camiseta de tirantes y los boxers que llevaba puestos. Corrí escaleras arriba para ponerme mi ropa de ayer, pero no pude encontrarla en la silla donde la había dejado.

En su lugar, había un conjunto de ropa limpia al pie de mi cama, y Thea se había despertado. —¿De quién es esta ropa? —le pregunté a Thea.

—Es mía. Elegí lo que pensé que más te gustaría.

¿He mencionado lo increíbles que son mis primas?

—El detective Palmer está tomando café abajo en la cocina con la abuela. Asegúrate de vestirte antes del desayuno —le advertí.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Te vio en pijama?

Me sonrojé. —Sí. Ahora sal para que pueda vestirme y ver por qué está aquí.

Cuando bajé, las tías se habían unido a la abuela y a Palmer en la cocina. Nadie mencionó mi salida poco elegante de antes. Debe ser grave, si las tías se estaban conteniendo de burlarse de mí. Esa no era la forma en que hacíamos las cosas en mi familia.

Me serví una taza de café y me senté a la mesa. —Detective, buenos días. ¿Qué le trae por aquí?

—Tu familia me amenazó de todas las formas desagradables posibles si no les mantenía a ellos, y a ti, informados sobre la búsqueda de James.

Di un gran sorbo, dejando que el fuerte sabor me despertara. —Entonces, Buster, ¿dónde está?

Palmer sonrió. —No pensé que recordarías haberme llamado así ayer. Parecías estar fuera de ti.

—Para cuando estábamos hablando, ya estaba bien.

Frunció el ceño. —Nunca dejaste de hablar.

¡Rayos! Pensé que me había desmayado. Si nunca dejé de hablar, ¿habré dicho algo vergonzoso? Me daba miedo preguntar.

—Está bien. Supongo que no lo recuerdo todo. ¿Dónde está James? —pregunté.

—No estamos seguros. Rastreamos su coche hasta la estación de tren de Dover, y compré un billete a Boston. Después de eso, no sabemos adónde fue —respondió Palmer.

Para calmar mis manos, las envolví alrededor de mi taza de café. Si aún andaba por ahí, ¿querría hacerme daño de nuevo?

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? —dijo mi madre.

La tía Lily cogió el teléfono de casa. —Esto es ridículo. Voy a llamar a Ray ahora mismo.

Palmer levantó las manos para calmar la habitación. —No creemos que Isabella esté en mucho peligro. Fracasó en su intento de que firmara, y si aparece algo con su firma, por supuesto que vamos a sospechar. Creemos que se mantendrá oculto por un tiempo, posiblemente abandone la zona permanentemente.

—¿Y si lo intenta de nuevo? —preguntó la tía Nadia.

—Estaremos listos.

—¿Estaremos? —pregunté.

—Voy a hacer que Kate se quede contigo durante el día.

¿Cuán insegura creía que iba a estar, a plena luz del día, con clientes entrando y saliendo? —Dudo que sea necesario.

—Haz lo que dice —dijo mi abuela.

Genial. Si no estaba de acuerdo, me presionarían hasta que aceptara de todos modos. A veces me preguntaba por qué nunca entendían por qué me mudé.

—Está bien. Me sentiré más segura con ella allí —dije.

—Pasaré gran parte del día hablando con otros negocios de la zona, y no estaré a más de unas pocas manzanas —dijo Palmer.

Eso me hizo sentir mejor. Si Palmer iba a estar cerca, me sentiría segura en el trabajo.

Miré el reloj. Eran solo las siete y media, y no abriría hasta las diez.

—Volveré en una hora para llevarte —dijo—. No quiero que camines o salgas de la tienda hoy. Si necesitas ir a algún lado, quiero ser yo quien te lleve. Solo por si acaso.

Mi día empezaba a mejorar. Tenía un guapo oficial de policía que parecía querer estar cerca de mí, al menos como guardaespaldas.

—Gracias. Aprecio tu preocupación.

Se puso de pie, agradeció a la abuela por el café y se fue.

Una vez que se cerró la puerta, me volví hacia la abuela. —Estás sospechosamente callada esta mañana.

—No necesitaba hacer nada; todo iba según el plan.

—¿Qué plan? —pregunté.

No respondió. Estaba acostumbrada a que no respondiera preguntas que no quería. La abuela tenía planes que podían tardar años en desarrollarse, y había aprendido que casi siempre era inútil tratar de que dijera algo que no quería, así que me rendí, subí las escaleras y me preparé para el día.

Para cuando bajé, Palmer estaba en la cocina, charlando con mi madre. Nada bueno saldría de esto, eso seguro.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

Cogí un muffin de la mesa. —Por supuesto.

Me sorprendió que no me abriera la puerta para que pasara primero. Cuando se detuvo para examinar los jardines antes de que saliéramos de la cocina, me di cuenta de que iba en serio con mantenerme a salvo. Por un lado, esto era bueno. Por otro, preocupante. Si podría no estar segura caminando por mi entrada, las cosas podrían no ser tan seguras como le estaba haciendo creer a mi familia.

Lo seguí afuera una vez que se movió.

—¿Un coche patrulla? —pregunté—. Voy a parecer que me han arrestado.

Me abrió la puerta del pasajero. —Solo si te sientas en el asiento trasero. El asiento delantero es solo para no criminales.

Solo estaba bromeando. Aparentemente, él no estaba de humor. Durante el corto trayecto nunca dejó de escanear la calle, asegurándose de saber lo que sucedía a nuestro alrededor.

Aparcó junto al invernadero ahora vacío. Iba a tener que pedir nuevas plantas esta semana.

Kate se apartó del edificio, y él bajó la ventanilla. —Hola, Detective. Nada que reportar esta mañana.

Me tendió la mano. —¿Llaves?

Le entregué las llaves, que luego le pasó a Kate. —Una vez que termine de revisar las instalaciones, entraremos.

—Cuando dices que Kate se quedará conmigo todo el día, ¿qué quieres decir exactamente? —pregunté.

—Te vigilará a ti y a todos los que entren. No se interpondrá en tu camino.

—No va a interrogar a mis clientes, ¿verdad?

Se rio. —No. Observará lo que sucede en el área de ventas, hará revisiones ocasionales en el exterior, cosas así.

No sabía qué pensar sobre esto. Claro, me sentía segura con mi propia oficial personal, pero ¿no era esto un desperdicio de recursos? No podía imaginar que muchas personas tuvieran esta opción.

—¿No tiene cosas más importantes que hacer? —pregunté.

—Por favor, Isabella. No discutas conmigo —dijo él.

—¿Disculpa? —repliqué con más calor en mi voz del que debería haber usado con alguien que intentaba mantenerme a salvo.

—Escucha, no podré concentrarme en encontrar a James si pienso que no estás segura. Con ella aquí, puedo hacer mi trabajo mejor y más rápido.

Fruncí el ceño. —Deberías habérmelo preguntado primero.

—Y habrías dicho que no. Al menos según tu madre.

De eso estaban hablando en la cocina. Definitivamente no me gustaba la idea de que los dos se aliaran contra mí de esta manera.

—Bien. Solo por hoy.

Él asintió. Sin embargo, no creí ni por un segundo que realmente estuviera de acuerdo conmigo.

Kate se acercó al coche. —Todo despejado, jefe.

Me condujo a la tienda y me entregó las llaves. Encendí la vela junto a la foto de Trina con una cerilla, por si Kate estaba mirando. —Buenos días, Trina.

Kate me miró un poco extrañada. —¿Estás hablando con una foto?

—La echo de menos, ¿sabes? Decirle buenos días a Trina hace que entrar en la tienda se sienta menos solitario.

Kate asintió. —Puedo entenderlo. En fin, me gustaría hablar un par de minutos sobre cómo va a ir el día.

Abrí la oficina. —Sentémonos aquí.

Me agradó su plan. Quería sentarse en la sala de preparación, fuera de la vista, y asomarse de vez en cuando para vigilar a los clientes. Mi trabajo era avisarle si algo iba mal. También haría una revisión del perímetro cada hora.

La mañana pasó volando, y al mediodía, la tía Lily se pasó con dos bolsas de almuerzo para Kate y para mí. Las dejó en el mostrador. —¿Cómo va tu día?

—Muy aburrido. Solo atendiendo clientes y ordenando un poco. —Cogí una bolsa para llevársela a Kate, que estaba sentada en la sala de preparación—. Gracias por la comida.

—Tu madre insistió en que te la trajera. Quería que un miembro de la familia viniera a verte.

—¿Por qué no vino ella misma?

—Tu abuela ha decidido trasladar toda su biblioteca del primer piso al tercero, y está haciendo que tu madre haga todo el trabajo.

Puse los ojos en blanco. Mi pobre madre.

—Y si aún necesitas vigilancia mañana, todos los libros volverán al primer piso —continuó la tía Lily.

—Mamá nunca tolerará eso —dije.

—Claro que sí. Todos sabemos por qué la abuela está haciendo esto, y tu madre lo está permitiendo porque es lo único que la mantiene sin preocuparse. También estará tan agotada esta noche que realmente dormirá.

—¿No durmió anoche? —pregunté.

La tía Lily suspiró. —No creo que ninguno de nosotros lo hiciera, cariño. Nos turnamos durante la noche, y siempre había alguien despierto. No creo que ninguno de nosotros durmiera realmente; más bien nos acostamos en la cama e intentamos no preocuparnos.

No se me había ocurrido que se preocuparían por mí incluso si me quedaba con ellos.

—De hecho, ahora voy a casa a informar que estás bien y que tu guardia está haciendo un buen trabajo.

Se fue y llamé a Kate a mi oficina y le entregué una bolsa. —El almuerzo está aquí.

Sonrió. —Estaba pensando en salir a buscarnos algo, pero esto es genial.

Mientras comíamos, Kate dijo: —Este es un lugar interesante. Nunca había estado aquí antes.

—Gracias. Lo he heredado recientemente, y tengo mucho que hacer para reconstruirlo después del daño.

Me miró interrogante. —Parece que todo está bien aquí.

—La mayoría de mis suministros están escasos o agotados, porque la tienda fue

destrozada la misma noche que mataron a Trina.

—Noté que muchos de tus suministros estaban vacíos, ¿es eso normal?

—Definitivamente no es normal. A Trina le gustaba estar completamente abastecida y preparada para cualquier cosa que un cliente pudiera necesitar.

—Eso tiene sentido. Pero ¿por qué viene la gente aquí en lugar de ir a un médico normal?

—Diferentes personas tienen diferentes razones. Hay muchos problemas que un médico debería tratar, pero no todo. Es mucho más fácil para el cuerpo tomar un jarabe de jengibre para las náuseas que tomar medicamentos que tienen efectos secundarios, para los que hay que tomar más medicamentos.

—¿Qué sugerirías si viniera a ti con dolor de cabeza? —preguntó.

—Todo depende —dije—. Hablaríamos un poco, como me oíste esta mañana, para ver por qué tenías el dolor de cabeza. Si fuera por estrés, te enviaría a casa con una tintura de matricaria. Si fuera una migraña, te haría una crema de aceite de menta para tus sienes. Cada cliente es diferente.

—¿Y si siguiera volviendo? —insistió.

—Si tuvieras dolores de cabeza todo el tiempo, te enviaría a tu médico, porque tendrías algo grave con lo que yo no podría ayudarte. No soy médica, y Trina se lo recalaba a todos nuestros clientes.

—¿No perderías dinero de esa manera? —preguntó Kate.

—Sí —dije lentamente—, lo haríamos. Si necesitas algo que no puedo darte, e intentara de todos modos, seguiría perdiendo tu negocio. De cualquier manera pierdo ventas, pero solo pierdo un cliente si pierdo su confianza.

Kate se frotó las sienes. —De hecho, tengo dolor de cabeza. ¿Qué sugieres?

Cerré los ojos por un momento. —Matricaria para el dolor de cabeza, té de manzanilla para relajarte, y también te diría que durmieras más.

Sonrió. —¿Cómo supiste que no he estado durmiendo?

—Las ojeras bajo tus ojos.

Capítulo 24



Palmer vino a recogerme del trabajo a las seis.

—¿Algo? —le preguntó a Kate.

—Clientes entrando y saliendo todo el día, nada que valga la pena informar.

—Bien. Puedes irte, yo me haré cargo durante la noche.

Le entregué a Kate una pequeña bolsa con la matricaria que se negó a tomar durante su turno y un poco de té de manzanilla. —Gracias por todo.

Si Palmer me llevaba a casa, significaba que aún no había encontrado a James. Probablemente porque había huido del estado y, con suerte, del país. —No necesito que me cuiden —dije—. Estuve segura aquí todo el día.

—No hay forma de saber si estuviste segura porque Kate estaba allí o no —dijo él.

Ordené el mostrador. —Exactamente mi punto: nunca lo sabremos si ella sigue quedándose conmigo.

—¿Lista para irnos? —preguntó.

—Tengo más trabajo que hacer antes de poder irme —dije.

—Ha sido un día largo; ¿no puede esperar hasta mañana?

—No. Algunas cosas tienen que reposar toda la noche antes de estar listas. Son unos veinte minutos de trabajo, luego podremos irnos.

Frunció el ceño mientras me seguía a la sala de preparación para verme trabajar. Fiel a mi palabra, terminé en veinte minutos.

—Tengo otra cena familiar en casa de mi madre, y luego voy a pasar la noche en mi propio apartamento, en mi propia cama.

Cerré la puerta con llave y me dirigí al coche aparcado frente a mi tienda. Al menos esta vez no era un coche patrulla.

—He estado pensando, esto es bonito para ser un coche encubierto —dije.

Abrió la puerta del pasajero de su Toyota Highlander. —Es mi coche personal.

No pensaba que los detectives ganaran tanto dinero; quizás me equivocaba. O tal vez no estaba por encima de aceptar algo de dinero extra.

—Bonito para un policía.

—Lo conseguí en el acuerdo de divorcio —murmuró.

Vaya, ahí había un lado de él que no conocía en absoluto. —Oh, ah, lo siento —tartamudeé. Algún día aprendería a manejar estas cosas con gracia, pero aparentemente ese día no era hoy.

Arrancó el coche y no dijo nada más durante el corto trayecto a casa de mi madre.

Me acompañó hasta la cocina. —Disfruta la cena y espera a que te lleve a casa.

Me sonrojé ante la idea. Otro punto para mí por no manejar las cosas con gracia.

—¡Ooooh! —arrulló Thea, sonriendo con picardía—. ¿Te vas a casa con el detective?

Era su turno de ponerse nervioso. Se puso aún más rojo que yo. —No es lo que quise decir. La llevaré a su apartamento y luego iré a mi propia casa. Como un caballero.

Qué declaración más extraña. ¿Quién se preocupaba por ser un caballero en estos días? Prácticamente nadie, eso es quién. Tal vez el divorcio lo había alejado de las mujeres. Eso sería una lástima.

Miré a Thea con severidad. —Cállate —dije antes de volverme hacia él—. Te llamaré cuando esté lista para irme.

—Bien. Hasta que encontremos al asesino de Trina, quiero que me llames en cualquier momento que creas que debes hacerlo. Siempre atenderé tu llamada.

Sonreí mientras salía de la cocina. Tal vez el divorcio no lo había arruinado completamente para otras mujeres. Claramente se necesitaba más investigación.

Palmer se detuvo en la puerta. —Casi lo olvido. Comprobé la coartada de Frank, o la falta de ella. Estaba en urgencias. Lo habían golpeado y estaban vendándolo la noche que mataron a Trina.

Con razón el hechizo de protección de la tía Lily le dolió tanto. Si ya tenía las costillas fracturadas, ese hechizo le habría dolido mucho más de lo que ella pretendía.

—¿Alguna idea de quién lo golpeó? —pregunté.

—Tengo algunas pistas, pero nada sólido. Estoy investigando eso ahora —dijo. Mientras cerraba la puerta, añadió—: Llámame.

Sabía que todos esperaban que pasara la noche otra vez, pero no podía, no ahora. No pasaría mucho tiempo antes de que Thea y Delia comenzaran a usar sus nuevos poderes, y me sentía impotente, sabiendo que no había nada que pudiera hacer para ayudar a Delia. Eligió un foco inadecuado, y no había nada que pudiéramos hacer para ayudar. Con suerte, en siete años lo haría mejor con su próxima elección. En lugar de decirles de antemano que me iba, me escabullí a la cocina después de la cena, llamé a Palmer y lo esperé allí.

Mi madre entró en la cocina después de unos minutos para ver cómo estaba. —Pensé que podrías estar preparando una nueva poción —dijo.

Suspiré. —No te enfades conmigo. Me voy a casa cuando llegue el detective Palmer para llevarme.

Se sentó a mi lado. —Eso no es seguro, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —Ya he duplicado las protecciones en el apartamento. Abby y yo estaremos bien. Lo prometo. Necesito estar en mi propia cama esta noche, y me siento mal por Delia. Ojalá hubiera alguna forma de ayudarla.

Mi madre me dio un rápido apretón en la mano. —Puede que haya exagerado el problema con ella. Delia no alcanzará su nivel habitual de éxito con este foco, y a veces sus hechizos saldrán mal. Estará bien, te lo prometo, y trabajaremos con ella en los próximos años para ayudarla a encontrar el próximo foco adecuado.

Todas éramos brujas talentosas en nuestra familia, y estábamos acostumbradas a que las

cosas nos salieran bien. Era difícil mantener la calma y no presumir, porque a veces nuestros talentos eran asombrosos.

—Quiero encontrar alguna poción para ayudar en la situación; ¿quizás haya una?

—Ten cuidado, las pociones para aumentar las habilidades están prohibidas, y por una buena razón. Es demasiado fácil abusar de ellas y pueden ser terriblemente adictivas. Es mejor no usarlas.

Pociones prohibidas. No era algo en lo que quisiera involucrarme. Trina había enfatizado cada día de mi aprendizaje que las pociones diseñadas para hacer que una persona fuera mejor que otra no debían venderse ni siquiera elaborarse en su tienda. Ella se dedicaba estrictamente a las pociones curativas y cualquier otra cosa estaba prohibida.

—Voy a investigar un poco, no te preocupes. Consultaré con...

Iba a decir que consultaría con Trina antes de hacer alguna. Mi corazón se hundió y sentí el dolor de extrañar a mi amiga. Ya no tenía una mentora. Estaba por mi cuenta.

—Tendré cuidado, lo prometo.

Alguien llamó a la puerta. Mi madre la abrió. —Buenas noches, Detective. ¿Ha venido a llevar a mi hija a casa?

Él se sonrojó. —Sí, señora.

Me levanté. —Bien. Vámonos. —Cuanto antes saliera de allí, mejor. Me habría venido bien un buen paseo para despejarme y controlar mis emociones, pero dudaba que él me lo permitiera.

Ya fuera, dijo: —No te ves bien.

Fruncí el ceño. —Gracias. Solo quiero volver a mi casa y relajarme.

—Lo entiendo, a veces demasiada convivencia familiar no es buena.

No había manera de que le explicara mi familia, así que dejé pasar su comentario. Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos una vez que me subí a su coche.

—No tienes que hablar de ello si no quieres. Aunque los detectives estamos entrenados para ser buenos oyentes —dijo.

—Diferente día, mismo problema. Quieren que me quede en casa.

No era mentira, honestamente. Solo que no era lo que me preocupaba en ese momento.

—Entiendo.

Pasamos el resto del viaje escuchando música. ¿Quién hubiera pensado que le gustaba el jazz suave? Nunca lo habría adivinado.

—Voy a acompañarte hasta tu apartamento —dijo en un tono que no dejaba lugar a discusión. De todos modos, no habría discutido, no con James todavía libre.

—Nunca me dijiste, ¿encontraron a James? —pregunté mientras subíamos a mi apartamento en el segundo piso.

—Tenemos algunas pistas sólidas, todas fuera del estado, y esa es la única razón por la que estoy de acuerdo con que vuelvas a casa por la noche.

Genial. Otra persona que quería decirme cómo vivir mi vida. Al menos él tenía una mejor razón que mi familia.

Cuando llegamos a mi apartamento, la puerta estaba abierta. Aunque le dije a Abby que no dejara la puerta abierta o sin llave, aún lo hacía. —¿Abby? —llamé.

Nunca le había dicho que lancé protecciones mágicas en el apartamento. Intenté convencerla de instalar un sistema de alarma, que requeriría que la puerta estuviera cerrada. Ella dijo que no, porque sentía que si no estabas segura donde vivías, tal vez deberías vivir en otro lugar. Supongo que yo también habría crecido sintiéndome segura e invulnerable si tuviera

cuatro hermanos que fueran defensas de fútbol americano.

Palmer me agarró del brazo para evitar que me adentrara más en el apartamento. Me volví hacia él, a punto de decirle lo que pensaba. Mis palabras murieron en mi garganta cuando miré por encima de su hombro.

Capítulo 25



La silla de la cocina estaba volcada y el bolso de Abby se había derramado en el suelo de la sala. —¡Abby! —grité de nuevo.

Me volví hacia Palmer, que tenía un arma en la mano. ¿De dónde había salido? Debía haberla tenido bajo la chaqueta y no me había dado cuenta. —Ve al pasillo y llama al 911 para pedir refuerzos —susurró.

Estaba demasiado asustada para discutir. Caminé hasta el final del pasillo y marqué el 911.

Después de un minuto, salió al pasillo y me hizo señas para que me uniera a él. —¿Está ella...? —empecé.

Negó con la cabeza. —No hay nadie en el apartamento. ¿Suele dejar la puerta abierta?

—Más de lo que me gustaría. Tiene esa mala costumbre. Aunque no suele volcar sillas ni vaciar su bolso en el suelo.

Dos agentes uniformados subieron las escaleras en silencio y se detuvieron cerca de Palmer.

—Parece un caso de persona desaparecida, posible secuestro. Esta es la compañera de piso —les informó Palmer.

La agente bajita me hizo preguntas sobre Abby mientras anotaba todo lo que yo decía. Palmer y el otro agente entraron en mi apartamento.

¿Quién querría llevarse a Abby? Su familia no tenía dinero ni poder. ¿Qué querían? Me apoyé contra la pared buscando sostén.

—¿Señorita? Quizás deberíamos entrar para que pueda sentarse —dijo la agente.

—No puedo. La silla está volcada.

—¿Tiene un sofá? —preguntó.

Asentí.

—Seguro que servirá. —Me guió hasta el sofá y me dijo que me sentara.

Habló con Palmer y luego rebuscó en la cocina. Un par de minutos después, me trajo una taza humeante de té. —Espero que le guste el té.

Di un sorbo. Tenía demasiada leche y miel.

La agente se sentó a mi lado. Su placa decía "Collins". —No quiero que se altere, pero necesito que piense en los últimos días. ¿Hay alguien que quisiera hacerle daño a su compañera de piso?

Negué con la cabeza y di otro sorbo. —¿Cree que James hizo esto?

—¿James quién? —preguntó Collins.

No tenía idea de lo que me había pasado en los últimos días. —Es una larga historia. Es un tipo que me drogó e intentó que le firmara mi negocio.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Palmer, ¿puedes venir aquí? Cree que podría ser un tal James. ¿Te suena de algo?

Palmer salió de la habitación de Abby y entró en la sala. —Lo más probable es que esté fuera del estado. Lo hemos estado buscando todo el día. Habría saltado nuestro radar si hubiera aparecido por aquí.

—¿Estaba ella...? —me interrumpí.

No podía preguntar si la habían herido. Pareció entender lo que quería decir. —No hay signos de lucha. Podemos agradecer que no parece haber salido del apartamento herida.

Di otro sorbo de té, deseando que el líquido caliente calmara mis crecientes temores.

Palmer se sentó en el sofá a mi lado. Intenté mantenerme entera, pero una lágrima se deslizó por mi mejilla, seguida de otra, y luego estaba sollozando sobre mi té.

—Voy a hacer que Kate venga aquí para pasar la noche —dijo.

Me sentí aliviada. No podía enfrentarme a mi familia ahora mismo. —De acuerdo. Siempre que pueda quedarme aquí.

Puso su mano en mi hombro y me dio una palmadita rápida. —Termínate el té porque necesito tu ayuda.

Si había algo que decirle a una bruja para que se concentrara y entrara en acción, sería "Necesito tu ayuda". Eso se aplicaba el doble a mi familia. Respiré hondo, contuve el aliento e intenté liberar la tensión al exhalar. No podría relajarme de verdad hasta que encontráramos a Abby.

Dejé mi taza sobre la mesa. —¿Qué necesitas?

—Hemos tenido tu apartamento bajo vigilancia durante la mayor parte del día, con la esperanza de atrapar a James. Tenemos una foto de todos los que entraron y salieron. Me gustaría que las revisaras y me dijeras si hay alguien que no reconozcas.

Desbloqueó su teléfono y abrió un correo electrónico. Pasamos por las fotos adjuntas y vi a mis vecinos, al cartero y al repartidor de FedEx. —Nadie sospechoso —dije—. Incluso el repartidor se fue con las manos vacías.

Palmer entrelazó los dedos detrás de su cabeza. —Me di cuenta de eso la primera vez que vi las fotos.

—Entonces, si no se fue con nadie y tampoco se fue sola, debe seguir en el edificio, ¿verdad? —Podríamos encontrarla en solo unos minutos si fuéramos puerta por puerta. Me levanté de un salto del sofá y lo agarré del brazo—. ¡Vamos a buscarla!

—Espera un momento —dijo mientras yo luchaba por hacerlo ponerse de pie—. Sin orden judicial, no hay registro. Tengo reglas que seguir.

—Yo no, y estoy segura de que si les explico a mis vecinos lo que pasó, estarán encantados de ayudar. Además, ¿realmente quieres esperar hasta que puedas conseguir una orden?

Cedió y me dejó levantarlo. —De acuerdo. Si alguien dice que no, tenemos que retirarnos, ¿entendido?

Asentí, sin creer que alguien en mi edificio pudiera ser tan cruel.

Nuestra primera parada fue el apartamento de la señora Thompson. Ella abrió la puerta. —Buenas noches, querida. ¿En qué puedo ayudarte?

Su apartamento olía a pan de jengibre, y deseé estar solo de visita y poder quedarme a tomar un bocadillo. —Buenas noches. Este es mi amigo Steve Palmer, nosotros...

—Detective Steve Palmer, Policía de Portsmouth —me interrumpió.

Esperaba evitar que soltara la lengua y preocupara a mis vecinos.

—Abby no está aquí, ¿verdad? —pregunté.

—Oh no, querida. No está. ¿Ha desaparecido?

—No estamos muy seguros. ¿Le importaría si echamos un vistazo rápido dentro de su apartamento? —pregunté.

Abrió la puerta. —Por supuesto. Me alegro de haber quitado el polvo hoy.

Palmer hizo un recorrido rápido antes de volver a la puerta. —Gracias, señora. Tiene un hogar encantador.

Me di la vuelta para que no me viera poner los ojos en blanco.

Pasamos por delante de mi apartamento y nos detuvimos frente a la puerta de los Stanley. Abby y yo casi nunca los veíamos, y estaba un poco más nerviosa por pedir entrar en su apartamento.

—Solo tienes que preguntar si Abby está en el apartamento. Puedo saber si están mintiendo sobre su presencia —dijo Palmer.

—¿En serio?

—Desarrollas una sensibilidad para eso después de unos años —dijo.

Llamé a la puerta.

La señora Stanley abrió la puerta. Tenía el pelo gris recogido y llevaba un delantal completo sobre su vestido descolorido. —¿Sí? —espetó antes de que su rostro se suavizara—. Oh, Isabella. Eres tú.

—Hola, señora Stanley. Abby ha desaparecido y me preguntaba si la había visto esta tarde.

Negó con la cabeza. —No, no la he visto. Es el día del baño del señor Stanley, me temo que ni siquiera he tenido tiempo de mirar por la ventana.

Me sentí como la peor vecina. Hace unos seis meses, el señor Stanley se había caído de una escalera y ahora estaba paralizado. Por supuesto que ella estaba demasiado ocupada para ver nuestras idas y venidas, o para preocuparse por mucho más que su marido. Me hice una nota mental para pasar por allí con algunas cosas de The Fancy Tart cuando mi vida no estuviera tan abrumadoramente ocupada.

—De acuerdo, gracias —dije—. Que tenga una buena noche.

—Buena suerte —dijo antes de cerrar la puerta. Escuché al señor Stanley llamándola a través de la puerta cerrada.

Me volví hacia Palmer. —Está paralizado y no salen mucho.

Lo guí escaleras abajo hasta el primer piso. En el apartamento 1C, lo detuve. —Este es el señor Subramanian, el casero.

—Yo me encargo de este —dijo.

Palmer golpeó la puerta y cuando el señor Subramanian la abrió, Palmer ya tenía su placa fuera. —Policía. Puede que haya una chica desaparecida en el edificio.

El Sr. S. vio la preocupación en mi rostro. —¿Abby? Oh, no.

—Me temo que sí —dije—. ¿Escuchó algo más temprano hoy? ¿Algún tipo de ruido?

Negó con la cabeza. —No, nada, pero estuve pintando mi apartamento toda la mañana.

Palmer le entregó una tarjeta. —Llámeme en cualquier momento si sabe de ella o piensa en algo que pueda ayudar.

El señor Subramanian tomó la tarjeta. —Por supuesto.

En ese momento, Kate entró apresuradamente al edificio. Pareció aliviada de verme allí. —Estoy a sus órdenes, jefe. ¿Qué quiere que haga?

Él le sonrió. ¿De qué iba todo eso? En los pocos días que lo conocía, no parecía una persona que sonriera. Tal vez había algo entre ellos. Tendría que preguntarle a ella más tarde.

—Lleva a Isabella arriba y quédate allí por la noche. Atiende todas las llamadas, por si alguien hace una demanda de rescate —indicó Palmer.

—¿Estamos seguros de que es un secuestro? —preguntó Kate.

—No. Parece probable y no quiero correr riesgos —dijo Palmer.

—¿Y qué va a hacer usted? —le pregunté a Palmer.

—Voy a revisar los otros dos apartamentos y luego me iré. ¿Un segundo secuestro en dos días? Tiene el sello de James por todas partes. Voy a encontrarlo esta noche.

Kate me tomó del brazo con un agarre sorprendentemente firme. —Entendido. Llamaré si ocurre algo. —Me impulsó escaleras arriba de esa manera insistente, pero no del todo dolorosa que tienen los policías para hacerte saber que no ibas a salirte con la tuya y que era mejor cooperar pacíficamente.

Nos encontramos con Collins y el otro oficial en las escaleras. —¿Terminaron con el apartamento? —preguntó Kate.

—Sí. Hemos tomado huellas y realmente no había mucho que revisar. Pueden entrar ahora —dijo Collins.

Una vez que regresé al apartamento, enderecé la silla y volví a poner todo en la bolsa de Abby. Llevé la bolsa a su habitación. Nada parecía fuera de lugar: su cama estaba hecha, las cosas estaban generalmente ordenadas. No había pistas aquí.

Entré en la cocina, donde Kate estaba preparando té. —Espero que no te importe que me haya puesto cómoda. Pensé que un té vendría bien.

—Estoy bien, gracias. Creo que voy a acostarme y llorar un buen rato.

Tenía la esperanza de que Abby hubiera dejado alguna pista en mi habitación, pero nada estaba fuera de lugar. Cerré los ojos y dejé que mis sentidos se expandieran en la habitación. No sentí que alguien extraño hubiera estado allí. Solo obtuve vagas impresiones de Collins y el otro oficial que habían estado aquí antes.

Me acosté en mi cama y me cubrí con la manta de ganchillo que mi familia había hecho para mí antes de que me fuera de casa. Cada persona había hecho un cuadrado, y la abuela había completado el resto. No estaba tanto encantada como reconfortante estar envuelta en el trabajo de personas que me amaban. Suspiré y cerré los ojos.

Gran error. Las preocupaciones y preguntas invadieron mi mente. ¿Y si el secuestrador me quería a mí en su lugar? Eso tenía sentido, dados los actos de James ayer. ¿Y si Abby no les servía y la mataban? ¿Y si venían por mí en medio de la noche? ¿Sería Kate suficiente para enfrentarse a varios hombres? ¿Qué les diría a los padres de Abby? ¿Qué le diría a mi familia? ¿Y si no la habían secuestrado y yo estaba exagerando todo?

Su bolso en el suelo garantizaba que algo andaba mal y que debía preocuparme.

Mi mejor amiga había desaparecido y yo estaba indefensa.

Gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas. ¿De qué servía ser bruja si las personas más cercanas a mí no estaban a salvo? Primero Trina, ahora Abby. ¿Quién sería la siguiente? ¿La

abuela? ¿Una de las tías? Probablemente no, porque ellas eran fuertes, no débiles como yo. Thea y Delia, sin embargo, podrían estar en graves problemas si eran las siguientes en la lista de objetivos.

Me di la vuelta y golpeé mi almohada. No era justo. No había ninguna razón por la que no pudiera vivir una vida normal, como cualquier mujer joven. En el espacio de una semana y media, todo se había puesto patas arriba, y sentía que nada era seguro o normal ya.

—¡Arrrgh! —grité frustrada.

Casi inmediatamente se escuchó un suave golpe en mi puerta.

—¿Isabella? ¿Estás bien? —preguntó Kate.

—Sí, pasa.

Encendió la luz y se sentó al lado de la cama.

—He estado en tu lugar.

Dudaba que lo hubiera estado, y mi cara debió decírselo.

—¿Quieres saber por qué me uní a la fuerza? —preguntó.

—Claro.

—Cuando tenía doce años, asesinaron a mis padres —lo dijo con un tono tan objetivo que resultaba desgarrador.

Me incorporé, conmocionada.

—Por la diosa, Kate. Lo siento mucho.

—Fueron víctimas de una invasión domiciliaria al azar. No sabemos qué pasó, excepto que al final, les dispararon a mis padres.

—Suenas tan tranquila. ¿Los atraparon?

Kate negó con la cabeza.

—No. O no todavía. Estoy tranquila porque sé que, eventualmente, los atraparán.

—¿Dónde estabas tú cuando sucedió?

—Mi hermana y yo estábamos fuera con nuestros tíos. Los encontramos cuando volvimos a casa.

Qué horrible. Eso sería suficiente para destruir la vida de cualquier niña.

—La policía vino y prometió que buscarían a los asesinos —suspiró—. Estoy segura de que lo hicieron. Mis tíos trataron de protegerme de la investigación, así que no me mantuvieron informada en ese entonces. Después de un año sin progresos, decidí que era suficiente. Si ellos no iban a resolver el crimen, entonces yo tendría que hacerlo por mi cuenta, y resolver todos los otros crímenes que ellos no pudieran.

—Vaya. Eso es mucho para que una niña lo asuma, y aquí estás, resolviendo crímenes.

Frunció el ceño.

—No he resuelto ninguno todavía. Por eso estoy aquí. Palmer entiende mi motivación, y me llama cuando el jefe no le permite tener más oficiales. Es como un turno de servicio no oficial.

—Espera, estoy confundida. ¿Qué es servicio no oficial?

—Es como si le estuviera haciendo un favor a Palmer. En realidad no estoy de servicio, así que mis poderes son limitados, pero si ocurren cosas malas, tengo más margen de acción que un civil común.

—¿Estabas en servicio no oficial todo el día conmigo también? —pregunté.

—Sí.

—¿Y no te están pagando por nada de esto?

Negó con la cabeza.

—No lo hago por el dinero. Pasé el día contigo, y me habría sentido insultada si no me hubiera llamado para quedarme contigo esta noche. Y mañana, cuando esto se convierta en una investigación oficial, me asignarán porque estoy familiarizada con el caso, y contigo.

Palmer le estaba haciendo un gran favor, profesionalmente. Aunque deseaba que le pagaran por ello. Sabía lo difícil que podía ser hacer trabajo no remunerado y aun así tener que pagar todas tus cuentas.

—¿Tomaste tu día libre para cuidarme? Siento que te debo algo.

—Nah. Tengo una causa en la vida, y no hay nada que el dinero pueda hacer por eso.

Estaba asombrada. No creía que existieran personas así: personas desinteresadas que se preocupaban por el bien de los demás por encima de sí mismas. Esto también pintaba a Palmer bajo una luz diferente para mí. Era un hombre que se preocupaba por las personas a su alrededor, sin importar quiénes fueran. Siempre y cuando no la estuviera utilizando para avanzar en su propia carrera, o porque estuvieran saliendo. Tenía que averiguar sobre esto.

—Entonces, tú y Palmer. ¿Me equivoco, o hay algo entre ustedes dos?

—No hay absolutamente nada entre nosotros. Entiendo por qué algunas mujeres quieren eso de la figura de autoridad masculina, un tipo que pueda ayudarlas a subir la escalera del éxito. Quiero el éxito tanto como cualquier otra persona, y lo conseguiré con mis propias habilidades. Además, él no está interesado en mí.

—Bien por ti. Pero ¿estás segura de que él no está interesado en ti?

—Está interesado en otra persona —dijo ella.

—¿En serio? ¿Quién?

—Está interesado en alguien más que está sentado en esta habitación —dijo ella.

Desde luego no lo parecía. —Imposible. Solo soy una desafortunada que no para de meterse en líos. Seguro que solo está velando por mi seguridad.

—Creo que es algo más que eso. Aunque nunca te lo diría, claro. Al menos no mientras seas parte de una investigación en curso.

Ella se encogió ligeramente de hombros. —En fin, ¿te sientes un poco mejor?

No era así, aunque hablar con alguien ayudaba. —Me gustaría llamar a mis primos —dije.

—Claro. Si recibes otras llamadas, asegúrate de atenderlas. Iré a ver si puedo preparar algo para cenar. Va a ser una noche larga y dudo que ninguna de las dos durmamos mucho.

Sabía que al menos una de nosotras lo haría, pero necesitaría la ayuda de mis primos para eso.

Capítulo 26



Llamé a mis primas, les conté los detalles de mi noche, y vinieron de inmediato.

Kate las dejó entrar, se presentó y volvió a la cocina. Llevé a mis primas a mi habitación para hablar.

—¿Entonces, qué vamos a hacer? —preguntó Delia.

—¿Otra misión de reconocimiento a medianoche vestidas de negro? —preguntó Thea.

—No lo sé. No estoy segura por dónde empezar —dije.

—Obviamente, empezamos con magia. Deberíamos poder encontrar a Abby de inmediato —dijo Thea.

—Sí, pero ¿qué pasa con Kate? —preguntó Delia.

Fruncí el ceño. Empezaba a considerarla una amiga, ¿y las amigas de verdad les dan pociones para dormir a sus amigas? ¿Eso aún calificaba como proteger a alguien? ¿Qué diría la abuela? No me atrevía a llamarla, porque si captaba aunque fuera un mínimo indicio de lo que planeábamos, estaríamos en serios problemas.

Fui a mi armario y saqué el pequeño baúl donde guardaba mis pociones. Pasé los dedos por el cierre mágico y lo abrí. —Yo me encargo de ella. Tengo un par de viales de poción para dormir aquí y refrescaré su bebida.

—Mientras estés fuera, toma algo de Abby, e intentaré averiguar qué le pasó —dijo Thea.

Excelente uso de su nuevo talento para la psicometría. —Cogeré su bolso. Estaba tirado en el suelo con todo su contenido desparramado.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó Delia.

Me quedé congelada por un momento, sin querer que hiciera nada. Temía que cualquier hechizo que lanzara saliera mal.

—Puedes distraer a Kate para que Isabella pueda darle la poción —dijo Thea.

Aunque Kate había cambiado al café, no pasaron más de un par de minutos antes de que se quedara profundamente dormida en el sofá. Cogí el bolso de Abby y Thea lo examinó.

—Creo que estoy captando algo de este espejo. —Thea cerró los ojos y susurró un encantamiento. Después de un minuto, abrió los ojos de golpe—. Pude oír a Abby hablando. Estaba frustrada porque alguien no dejaba de molestarla.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Algo sobre que no tenía sed y que lo vería para su habitual café con ocho cremas y cuatro azúcares. Supongo que la había estado molestando todo el día —dijo Thea.

Sabía exactamente con quién estaba molesta. El mismo tipo que me molestaba todos los días en la panadería. Nuestro vecino de abajo, Chuck.

—¿Puedes obtener algo más?

Thea cerró los ojos de nuevo y se concentró en el espejo. —Ahora puedo ver más atrás en el pasado. Ella abrió la puerta, se molestó con quien estaba allí, y luego él se abrió paso a empujones dentro del apartamento. Empezó a hablarle, pero no puedo distinguir lo que dijo. Ella intentó hacer que se fuera, en su lugar él la empujó hacia la mesa del comedor. Ella corrió alrededor del extremo de la mesa. Él sonaba furioso y tiró la silla para alcanzarla. Le agarró el brazo y ella dejó caer su bolso, y entonces... oh no, la arrastró al pasillo. —Abrió los ojos de nuevo—. Ha sido secuestrada. No vi quién era.

—Fue Chuck, nuestro vecino de abajo.

—¿El que no deja de molestarte en el trabajo? —preguntó Delia.

Asentí. Sabía que era un imbécil, pero ¿secuestro? Había una manera fácil de llegar a él: derribar la puerta de su apartamento. —Vamos. —Me dirigí hacia la salida, con la furia corriendo por mis venas.

—Isabella —gritó Delia—. Espera un minuto, por favor. ¿No necesitamos un plan?

No necesitaba un plan, no cuando sabía quién se la había llevado.

La señora Thompson estaba de pie en el pasillo, casi como si hubiera estado esperándome. —¿Adónde vas, querida?

—Chuck tiene a Abby. Vamos a su apartamento —gruñí.

Nos miró a las tres. —Bien. Iré con vosotras.

No pensé que fuera una buena idea, quiero decir, era mayor, y no quería que se lastimara o que nos estorbara. Si él estaba dispuesto a agarrar a una mujer de su apartamento sin motivo, quién sabe qué más podría hacer.

Pasé de largo junto a ella. —Entre en su apartamento, señora Thompson. Nosotras nos encargamos de esto.

Bajamos corriendo las escaleras y nos detuvimos en la puerta de Chuck. Intenté girar el pomo. El apartamento estaba cerrado. Me volví hacia mis primas. —¿Alguna de vosotras puede abrir esta puerta con un hechizo? —pregunté.

—Déjame intentarlo —dijo Delia.

Temía que se ofreciera a lanzar un hechizo. Aunque no podía hacer daño; no es como si la puerta pudiera quedarse aún más cerrada.

—Adelante —dije mientras me alejaba bastante de ella.

Delia murmuró algo entre dientes y salió humo de la cerradura. Intentó girar el pomo, pero la puerta no se abrió.

—¿No os importaría darle una oportunidad a una anciana? —preguntó la señora Thompson.

Al parecer, no escuchaba bien las instrucciones.

—Por qué no —dije.

Se acercó a la puerta, puso sus manos en la cerradura y después de un momento, intentó girar el pomo. La puerta no se abrió.

—¿Qué le hiciste a esta cerradura? —le preguntó a Delia.

—Hice un hechizo rápido de apertura —dijo ella, un poco a la defensiva.

La señora Thompson negó con la cabeza. —Bueno, eso no servirá. Tendremos que forzar

la puerta, señoras. —Se echó hacia atrás y pronunció un hechizo más fuerte, tan alto que me preocupó que Chuck pudiera oírnos desde el pasillo. Llevó las manos a los lados de su cabeza y las empujó hacia adelante. La puerta se astilló hacia adentro y nos precipitamos al interior.

—¿Abby! ¿Estás aquí? —grité.

Nos dispersamos y revisamos cada habitación del apartamento sin éxito. Debajo de la cama de Chuck había un par de botas Timberland, talla 43. Tomé una por el cordón y examiné la suela. No vi aceite, pero detecté rastros de algunas de nuestras hierbas más potentes. Solté la bota y salí a toda prisa de la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo el señor Subramanian desde el pasillo. Asomó la cabeza por el marco de la puerta y pareció atónito—. ¿Han volado la puerta? —preguntó.

Sonreí con lo que esperaba fuera mi sonrisa más convincente. —Eso sería extraño, ¿verdad? Pasábamos por aquí para salir y esto sucedió... —Hice una pausa como si pensara por un momento—. No deja que Chuck guarde explosivos en el apartamento, ¿verdad?

Entró. —Chuck, ¿estás aquí?

Sabíamos que no habría respuesta; el apartamento estaba vacío.

—Por supuesto que no permito que los inquilinos guarden explosivos en los apartamentos. No sea ridícula. Volvamos al pasillo.

Salimos del apartamento. —¿No sabe dónde está Chuck ahora mismo? —pregunté.

El señor Subramanian negó con la cabeza. —No. Pidió la llave del apartamento vacío. Dijo que quería verlo ahora que la mayoría de las renovaciones están terminadas. Dijo que podría querer cambiar de apartamento. Venía a recuperar la llave cuando escuché todo este alboroto.

Ahí debía de estar escondiendo a Abby. —Tal vez esté allí. ¿Tiene otra llave para esa puerta?

El señor Subramanian sacó un gran llavero de su bolsillo y levantó una llave. —Iré a buscarlo.

De ninguna manera iba a dejar que revisara el apartamento sin mí. Lo seguí, con el corazón latiéndome a mil por hora, esperando que no fuera demasiado tarde para encontrar a Abby.

Abrió la puerta —mucho más fácil que intentar volarla— y entró. —¿Chuck? —llamó. De nuevo no hubo respuesta.

Nos desplegamos por todas las habitaciones. El apartamento recién pintado y decorado era encantador; podía entender por qué Chuck querría mudarse aquí.

Pensé que era un callejón sin salida, pero entonces lo vi. El collar de Abby colgaba del grifo de la ducha. Ella había estado aquí y había podido dejarnos un mensaje.

—Thea, ven aquí —grité.

—¿Sí? ¿Alguna suerte? —preguntó.

Señalé el collar. No había querido recogerlo, porque no quería contaminar ninguna imagen que pudiera estar adherida a él. —Ese es el collar de Abby.

Thea lo tomó por la cadena y lo dejó caer.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es malo. Muy malo.

El señor Subramanian se unió a nosotras, y yo me deslicé el collar en el bolsillo trasero. —Parece que tampoco está aquí. Aunque estuvo, porque estaba usando la cocina.

—Muéstreme —dije.

El expediente de pociones faltantes de Trina estaba esparcido sobre la encimera de la cocina, junto con pequeñas bolsas de ingredientes para pociones. —¿Qué es todo este sinsentido?

—preguntó—. ¿Chuck estaba intentando hacer estas recetas?

Tomé la hoja de papel más cercana a la estufa, etiquetada "POCIÓN DE AMOR - ILEGAL POSEER, FABRICAR, USAR" y cuando el señor Subramanian se dio la vuelta, se la pasé a la señora Thompson.

Sus ojos se abrieron de par en par. Dobló el papel y se lo metió en la cintura con la rapidez de movimientos que me indicaba que estaba acostumbrada a la vida clandestina. Delia recogió el resto de los papeles y los escondió detrás de su espalda.

—¿Por qué necesitaban hablar con él? ¿Es sobre Abby? Deberían dejar que la policía la encuentre —dijo el señor Subramanian.

—No es nada importante —dije—. Lo veré en otra ocasión. Gracias por su ayuda.

Las cuatro salimos del apartamento y bajamos por el pasillo, alejándonos de la puerta del señor Subramanian.

—Genial lo de volar la puerta —le dijo Delia a la señora Thompson una vez que cerramos la puerta de mi apartamento.

—Gracias. —Se volvió hacia mí—. Ahora, ¿quién me va a contar qué está pasando aquí?

Asentí hacia Thea, quien le contó sobre la visión que tuvo del espejo.

—Bruja psicométrica, eso será útil —dijo.

—Isabella encontró el collar de Abby en el baño del apartamento vacío también —dijo Delia.

Lo saqué de mi bolsillo y se lo entregué a Thea.

Después de un minuto insoportablemente largo, Thea abrió los ojos. —Bien, he visto suficiente. Él estaba despotricando contra Abby, no pude entenderlo todo. Está enamorado de Abby y cree que si pasaran más tiempo juntos, ella también se enamoraría de él.

—Eso tendría sentido, dada la poción que estaba tratando de preparar. —La señora Thompson sacó la hoja y me la entregó—. Trina debería haber sabido que no debía tener estas —dijo.

Fruncí el ceño. —No tenía idea de que las tuviera. Pensé que sabía todo sobre el negocio, pero no tenía ni idea de lo que Trina estaba tramando.

Me volví hacia Thea. —¿Adónde fueron?

—Chuck se percató del policía de paisano que vigilaba la casa y se puso histérico. Primero, la llevó al apartamento vacío porque las ventanas están cubiertas con plástico, luego se puso más nervioso y decidió que tenían que irse.

—¿Cómo se fueron si la casa estaba siendo vigilada? —pregunté.

Thea cerró los ojos y pasó un dedo por la parte superior del medallón. —Creo que le dio algo para que hiciera lo que él quería, otra poción, me parece, porque es difícil ver lo que está pasando ahora.

—¡Ay, murciélagos! —exclamé—. Tenemos que irnos. No podemos quedarnos aquí esperando, porque no sabemos qué pasará si intenta usar más pociones.

—¿Puedo ver el medallón? —pidió la señora Thompson.

Thea le entregó el medallón, y ella cerró los ojos, murmurando un hechizo. La cadena se tensó en su mano, con el medallón apuntando directamente hacia el suelo.

—Hay otra salida del edificio —dijo la señora Thompson.

—¿Dónde? —preguntó Thea.

—La compuerta del sótano. Conduce al bosque detrás del edificio. No se puede ver desde la calle, así que podrían haberse escabullido por ahí.

—¿Qué hechizo era ese? —pregunté.

—Es un hechizo de localización. Lo usaremos para rastrearla hasta que la encontremos. Sígueme.

Estaba asombrada. No tenía idea de que existiera tal hechizo. Si la señora Thompson no hubiera estado con nosotros, ¿qué habríamos hecho? Thea no podía ver más en el medallón, los hechizos de Delia no eran confiables, y yo ya me había quedado sin ideas. —Señora Thompson —dije.

—¿Sí, querida?

—Gracias por su ayuda. Si no hubiera estado aquí, no sé qué habríamos hecho.

Se detuvo en la puerta del sótano. —No trabajamos solas, y nunca dejamos que una de las nuestras se meta en más problemas de los necesarios.

Trabajamos juntas. Este era todo el mensaje que mi familia estaba tratando de hacerme entender. De alguna manera, tenía más sentido viniendo de la señora Thompson. Juntas, podíamos hacer cosas que serían imposibles para una sola persona.

¿Podría hacerlo? ¿Podría seguir trabajando con mi familia y aun así mantener mi incipiente independencia? Probablemente era hora de hablar con las tías sobre esto.

Detrás del edificio, la señora Thompson señaló la tierra en la compuerta. —Un juego de huellas, pero profundas. Mi conjetura es que él estaba cargando a Abby en lugar de tratar de arrastrarla.

Siguió las huellas hasta el césped y luego caminó hacia los árboles, siguiendo el tirón del medallón. La seguimos en fila india hasta que llegamos al patio pavimentado que bordeaba el pequeño bosquecillo.

Salimos de los árboles, sin estar seguras de qué hacer a continuación. Corrí hasta el frente de la escuela, escudriñando la calle en busca de los dos o de su coche destartado. No vi nada.

Miré alrededor de nuevo, frenética por cualquier señal de Abby y Chuck, pero no había pistas.

El collar seguía tirando hacia la acera, y lo seguimos, cada una de nosotras con un ojo pegado al medallón y otro esperando verlo en el tráfico de la tarde, desesperadas por cualquier señal de Abby.

Capítulo 27



A tres manzanas de la casa, el Chevy Cruze verde de Chuck se detuvo detrás del 7-Eleven y el collar cambió de orientación para coincidir. Mi corazón dio un vuelco: acabábamos de encontrar a Abby. Me agaché detrás de un coche aparcado en el lateral de la calle e hice señas para que todos hicieran lo mismo.

—Es Chuck, está detrás de la tienda —dije.

Chuck apareció caminando despreocupadamente alrededor del edificio, silbando como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Una vez que entró en la tienda, le dije a la Sra. Thompson que llamara a Palmer mientras el resto de nosotros entrábamos para confrontarlo.

Ella se guardó el collar en el bolsillo y marcó el 911 mientras nosotros cruzábamos la calle corriendo y entrábamos en la tienda. Chuck era lo suficientemente alto como para que pudiéramos ver su pelo por encima de las estanterías que llenaban la tienda.

Lo encontré en la esquina del fondo, cogiendo un paquete de seis cervezas. Uf. Qué típico. —¿Dónde está Abby?

Se sobresaltó y se dio la vuelta, sorprendido de vernos a los tres. —¿Y yo qué sé?

—Ha desaparecido y tú la tienes. Dime dónde está —exigí.

Intentó empujarme para pasar por el estrecho pasillo, pero con Thea y Delia detrás de mí, no llegó muy lejos.

—Quitaos de en medio —gruñó.

Cuando no lo hicimos, se dio la vuelta y caminó por el pasillo, alejándose de la puerta. Al doblar la esquina, hizo un amago de correr hacia la puerta, tirando a la Sra. Thompson al suelo. Ella le agarró la pierna y él cayó a su lado, soltando la cerveza.

La Sra. Thompson nos había dado el tiempo justo para alcanzarlo. Me senté sobre su pecho, y cuando intentó levantarse, Thea y Delia se sentaron sobre sus piernas, manteniéndolo inmovilizado en el suelo.

—Eh, ¿qué está pasando ahí? —nos gritó el cajero.

La Sra. Thompson se levantó. —No te preocupes, Stu. Ya he llamado a la policía y estarán aquí en un par de minutos.

Al oír la palabra "policía", Chuck redobló sus esfuerzos por quitarnos de encima. Empezó

a revolcarse y casi lo consiguió cuando Stu se acercó. Stu era un tipo alto que parecía haber jugado como defensa en el instituto de Portsmouth.

—Dejadme que me ocupe yo de él, señoritas —dijo Stu. Agarró el cuello de la camisa de Chuck y lo levantó—. No estarás causando problemas a la Sra. Thompson, ¿verdad? —dijo mientras arrastraba a Chuck hasta el mostrador.

Delia giró el cartel de la puerta a "cerrado" y se quedó allí para evitar que entraran más clientes.

Thea y yo seguimos a Stu, y la Sra. Thompson susurró algo que no pude oír. Stu llevó a Chuck detrás del mostrador y lo ató con bridas a una estantería metálica a la altura de la cintura que estaba atornillada a la pared. Cuando Stu terminó, su rostro se relajó y sus ojos se cerraron.

Chuck nos miró y se encogió. —¡No! No me obliguen —balbuceó.

No tenía ni idea de lo que le pasaba, así que me volví hacia la Sra. Thompson y me sorprendió ver el fantasma de Trina detrás de ella.

—Es una proyección, y Stu está en trance. No recordará nada de esto y no se moverá hasta que yo lo libere —me susurró la Sra. Thompson.

Las proyecciones son difíciles, al menos para las brujas jóvenes como yo y mis primas. Me sorprendió lo fácil que le resultaba a la Sra. Thompson crear una.

Decidí aprovechar la situación para que Chuck confesara. —¿Por qué le tienes miedo a Trina? ¿Nos dirá algo que no quieres que nadie sepa?

Chuck se agachó detrás del mostrador e intentó hacerse lo más pequeño posible. — ¡Sácala de aquí! —gritó.

—¿Crees que es un espíritu vengativo? Dime, ¿qué venganza querría Trina contra ti? —preguntó la Sra. Thompson.

Había empezado a balancearse hacia adelante y hacia atrás, en la medida en que sus brazos atados se lo permitían.

—¿Puede hacer que hable? —le pregunté a la Sra. Thompson.

La imagen de Trina señaló a Chuck. —Diles lo que hiciste.

Él gimoteó pero no dijo nada.

—¡Díselo! —gritó el fantasma de Trina.

—No era mi intención. Por favor, no me maten —dijo, llorando y sorbiendo por la nariz.

Thea cogió una caja de pañuelos de papel de una estantería y la abrió. Caminó detrás del mostrador, se sentó junto a Chuck y le dio un pañuelo. —Todo irá bien, siempre y cuando nos cuentes lo que pasó —. Le puso una mano en el brazo—. La verdad siempre es lo mejor. Puedes contárnoslo y nos aseguraremos de que Trina nunca te haga daño.

Chuck levantó la cabeza y cogió el pañuelo. Se sonó la nariz y miró con cautela por encima del mostrador. Bajó la cabeza de golpe y susurró: —Sigue ahí.

—Se irá en cuanto digas la verdad, te lo prometo.

Chuck respiró entrecortadamente y empezó a confesar. —No quería hacerle daño, todo se me fue de las manos. Ella seguía diciendo que no tenía lo que yo necesitaba. No la creí. Finalmente, me dijo que tenía los ingredientes fuera en el invernadero. Cuando salimos, se puso a gritar como una loca y yo entré en pánico. Entré en pánico y la golpeé con una piedra —. Se llevó las manos a la cabeza y empezó a llorar—. No era mi intención...

Delia lo hizo callar. —Chuck, ¿dónde está Abby?

—Maletero. Atrás —gimió.

Thea y yo corrimos hacia el coche de Chuck. Busqué a tientas el cierre y abrí el maletero. El cuerpo de Abby yacía allí y dejé escapar un grito. —¡Abby! ¡Oh, diosa, Abby!

Giró la cabeza hacia mí y sonrió.

La saqué del coche y la abracé con todas mis fuerzas. Estaba viva. —¿Estás bien? —le pregunté, examinándola en busca de heridas.

—¿Isabella?

—Sí, cariño. Soy yo. No te preocupes, ahora estás a salvo conmigo.

Giró la cabeza frenéticamente. —¿Dónde está Chuck? Vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Suspiré. Le había dado la poción de amor después de todo. —Está dentro, cariño, pero escucha. Creo que esto es temporal y puede que cambies de opinión por la mañana.

—De ninguna manera. Él es mi alma gemela —suspiró Abby.

—Vamos a la tienda a buscarlo —sugerí, esperando que la señora Thompson pudiera revertir los efectos de la poción. Si no, tendríamos que ir con la abuela, y habría mucho que explicar. La señora Thompson era nuestra única esperanza.

Cuando volvimos a la tienda, la imagen de Trina había desaparecido y Chuck seguía sollozando. Abby corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos. —Está bien, superaremos lo que sea que esté pasando —arrulló. Entonces notó las bridas. —¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué le has hecho? Córtalas inmediatamente —exigió.

Me volví hacia la señora Thompson. —¿Puede ayudarla?

—Puedo arreglar esto solo temporalmente. La solución permanente debe venir de una poción que tendrás que hacer tú. —Levantó los brazos—. Toma a esta niña y hazla entera, deshaz el daño de su corazón y mente, límpiala de la poción y deja que vea la luz.

Se paró frente a Stu y chasqueó los dedos. Él parpadeó y sacudió la cabeza.

—Está bien, Stu. La policía estará aquí en cualquier momento.

Abby miró a Chuck antes de darse cuenta de que tenía el brazo a su alrededor. —¿Qué? —Dio varios pasos hacia atrás—. ¿Chuck? ¿Intentaste robar la tienda? —Se dio la vuelta y nos vio al resto al otro lado del mostrador—. Eh, um —dijo mientras se frotaba la cabeza—. ¿Qué está pasando?

Le agarré la mano y se la apreté. —No estamos seguros, pero creemos que te dio un nuevo tipo de droga de club, como un roofie. Puede que no recuerdes todo bien, o incluso nada en absoluto.

Se le cayó la mandíbula. —¿Que hizo qué?

—No te preocupes. Palmer estará aquí en cualquier momento y entonces se llevarán a Chuck.

Como si fuera una señal, Palmer y un oficial de patrulla entraron en la tienda y se acercaron a nosotros, sus ojos finalmente posándose en Chuck atado. —¿Qué demonios...?

—Este es el secuestrador de Abby —dijo la señora Thompson.

—¿Es cierto? —le preguntó a Abby.

Abby rompió en llanto, la realidad de lo que estaba pasando finalmente parecía golpearla. —Sí —susurró.

—También tiene botas en su apartamento del mismo tamaño que la huella que encontraste en la oficina de la botica —dijo.

—Ni siquiera quiero saber cómo averiguaste eso —dijo.

Palmer cortó las bridas, solo para reemplazarlas con esposas. Le entregó Chuck al oficial de patrulla. —Léele sus derechos y llévalo a la comisaría.

Palmer se volvió hacia nosotros, frunciendo el ceño. Estoy segura de que estaba molesto con nosotros, pero habíamos encontrado a Abby, así que ¿qué tan enojado podría estar

realmente?

—¿Esta es tu compañera de piso? —preguntó.

Asentí. —Ha sido drogada, así que no creo que vayas a sacar mucho de ella esta noche.

Thea, Delia, la señora Thompson y yo salimos de la tienda y Palmer me tomó del brazo y me llevó al lado del edificio. —Podría arrestarte.

—¿Por qué?

—Por interferir en una investigación, falso encarcelamiento y, en general, no hacer lo que te digo.

Le sonreí. —Difícilmente creo que no hacer lo que me dices sea ilegal.

—Si Kate no me hubiera llamado para decirme que todos se habían escapado, puede que no hubiera llegado a tiempo. ¿Qué hubiera pasado si Chuck se hubiera soltado?

Kate. Me había olvidado por completo de ella. ¿Cómo iba a explicarle lo que había pasado? ¿Era yo mejor que Chuck si le daba una poción para dormir? Ambos usamos pociones para hacer que la gente hiciera lo que queríamos.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas y Palmer me rodeó con un brazo para sostenerme. —Hey, está bien. Abby está a salvo ahora. Tú estás a salvo ahora.

Miré fijamente sus ojos marrones oscuros y supe que no podía explicarlo. No había manera de convencerlo de que mis motivos eran buenos, mientras que los de Chuck eran malos. Ambos habíamos hecho algo mal.

Me di la vuelta y vomité sobre el coche de Chuck, mi té subiendo, amargo como la realización de que no siempre podía confiar en mis acciones o motivos.

—Nosotras nos encargamos de ella —le dijo Delia a Palmer mientras llegaba la ambulancia—. Tú lleva a Abby al hospital. Nosotras los seguiremos en unos minutos.

Él acompañó a Abby hacia la ambulancia.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Thea—. De repente te pusiste pálida como la luna y parecía que ibas a desmayarte.

—Kate —susurré—. La poción para dormir. Díganme cómo eso es mejor que lo que Chuck le hizo a Abby, o lo que James me hizo a mí. —Mi corazón se encogió de culpa.

Delia frunció el ceño. —Entiendo lo que quieres decir.

La señora Thompson, sin embargo, no lo hizo. —No seas tonta. Pusiste a Kate a dormir para mantenerla a salvo y fuera de peligro. Tanto James como Chuck usaron drogas para obtener lo que no era suyo. Hay un mundo de diferencia, y el hecho de que estés molesta pensando que no lo hay es una buena señal. Sigue examinando tus motivos así, y no te desviarás.

No estaba segura de si le creía, pero me sentí un poco reconfortada de que otra bruja pensara que no había hecho algo malo.

—Aunque examinar tus motivos antes de actuar es una mejor forma de abordar todo esto. Tendrás que hacerlo de ahora en adelante —dijo la señora Thompson.

Pensar antes de actuar. Algún día recordaría hacerlo.

Nos reunimos con Palmer junto a su coche, donde el oficial le estaba informando. —Chuck ha confirmado lo que me dijiste. Nunca estuvo en nuestro radar como el asesino de Trina. También se siente culpable, parece que cree que está siendo atormentado por el fantasma de Trina.

—Suenas como si estuvieras diciendo que sin nosotros, nunca lo habrías atrapado —dije.

Palmer tosió. —Nunca digo eso a los civiles. Les hace pensar que pueden andar por ahí jugando a ser Nancy Drew sin consecuencias. Y ustedes cuatro no harán eso, ¿verdad?

Abrí los ojos de par en par, fingiendo inocencia. —Detective Palmer, no sé a qué se

refiere. Le llamamos tan pronto como pensamos que algo andaba mal.

—Ja —resopló—. Si crees que me voy a tragar eso, estás muy equivocada. ¿Puedo confiar en que ustedes tres irán directamente a casa, o necesito que Kate los escolte?

Espera, ¿tres de nosotros? —¿Dónde está la señora Thompson?

—La envié con la ambulancia. Se golpeó la cabeza cuando Chuck la derribó, y le estaba saliendo un gran chichón en la frente —dijo Thea.

—¿Y en qué estaban pensando? —Los ojos de Palmer brillaron y mi pulso se aceleró—. ¿Traer a una ancianita a una estúpida cacería de un hombre que resulta ser un asesino? Podría haberlos matado a todos.

—En primer lugar, detective, si hubiera hecho bien su trabajo, él no habría estado libre para secuestrar a Abby en primer lugar. En segundo lugar, no estábamos en peligro real aquí. Éramos cuatro contra uno. Lo teníamos inmovilizado en el suelo y no iba a ir a ninguna parte.

Palmer levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos. —Prométeme que no volverás a hacer una locura como esta.

La palabra de una bruja era su compromiso, pero somos un grupo astuto, y dudaba seriamente que Abby fuera secuestrada de nuevo. —Por supuesto. Lo prometo —dije.

—Bien. Ahora vayan a casa. Tendrán que dar declaraciones por la mañana.

Capítulo 28



No pudimos ocultar el arresto de Chuck y nuestra participación en él a la abuela y las tías. Dos horas después de regresar a mi apartamento, ya estaban allí.

—¿Saben lo que podría haberles pasado? —preguntó cada una de las tías a su hija en algún momento durante el extenuante interrogatorio.

Thea, Delia y yo finalmente cedimos y les contamos toda la historia: por qué Chuck asesinó a Trina, cómo la señora Thompson nos ayudó cuando lo necesitábamos y cómo nunca estuvimos en peligro en absoluto.

—Díselo a Abby —dijo la abuela.

Pensé que estaba siendo injusta. Thea, Delia y yo nunca íbamos a ser secuestradas; solo Abby estaba en peligro.

—Y no olvides lo que te pasó a ti —dijo mi madre.

—Eso no tuvo nada que ver con el secuestro de Abby —dije—. No es mi culpa que James me drogara.

—Aun así, quiero que te mudes a casa inmediatamente —exigió.

Me esperaba esto. —No. De ninguna manera voy a dejar a Abby sola aquí. De ninguna manera voy a abandonar a mi mejor amiga cuando necesitará apoyo. —Y entonces la atacé con mi mejor argumento—: No me criaste para abandonar mis obligaciones. Además, no hay nada que diga que la profecía de la tía Lily fuera siquiera sobre mí. Todo lo que decía era mantener a tus hijos cerca. Tal vez significaba que tú necesitas estar cerca de la abuela.

Me miró con el ceño fruncido. —Posiblemente. Pero podría pasar mucho tiempo antes de que lo averigüemos.

Se fueron antes de que Abby llegara a casa, escoltada por sus padres.

El señor Allen siempre era serio, y aún más esta noche. Sus cejas blancas se fruncieron y se cernió sobre mí, como si los eventos del día fueran mi culpa. —No me escucha y se niega a pasar siquiera una noche en casa, así que insistí en venir a verificar la seguridad del edificio.

Caminó alrededor, revisando las ventanas y las cerraduras de las puertas.

La señora Allen, no menos protectora pero mucho menos intimidante que su marido, dijo: —Isabella, querida, estamos agradecidos de que la hayas encontrado. —Me dio un abrazo y sorbió por la nariz.

—Está bien, Chuck ha confesado y estoy segura de que irá a la cárcel por mucho tiempo —la tranquilicé.

Al menos eso esperaba. Planeaba hablar con la señora Thompson sobre hacer que pareciera que estaba embrujado si alguna vez se acercaba a Abby de nuevo. Eso, más que cualquier otra cosa, la mantendría a salvo.

Ella fue a la cocina. —¿Por qué no preparo un té? Creo que todos podemos usar uno para calmar los nervios.

—Voy a hablar con tu casero. No me gusta esta puerta. Parece demasiado fácil de derribar —dijo el señor Allen.

Abby puso los ojos en blanco. —Será así por un tiempo, luego se calmarán. Siempre lo hacen.

Tenía razón. Nunca se metió en problemas serios mientras crecía, y a estas alturas podíamos predecir prácticamente cuándo sus padres sobreprotectores dejarían de preocuparse. La abracé. —Si ya no eres feliz aquí, o si no quieres vivir aquí, podemos mudarnos. Es completamente comprensible, y no te culparía en absoluto por no querer volver a ver este apartamento.

Abby tomó la taza de té que su madre preparó y se sentó en el sofá. —Lo pensé. No quiero huir de mis problemas. Además, conocemos a todas las demás personas en el edificio, y me siento más segura con mis vecinos —bueno, los que no son Chuck, de todos modos— que con un montón de extraños.

Asentí. Esa es la mejor amiga que conocía: nunca una que retrocediera ante un desafío o que evitara enfrentar sus miedos.

Después de varias horas incómodas de preguntas sobre el día, los padres de Abby finalmente se fueron a casa por la noche. Abby se relajó en el sofá. —Por fin. Mira, si no te importa, voy a darme una ducha rápida e irme a la cama.

Le di otro gran abrazo. —Ve. Haz lo que creas mejor. Estaré aquí si me necesitas. Y no te sientas mal si quieres hablar en medio de la noche. Estoy aquí.



Dar una declaración es aburrido. Repasar cada detalle una y otra vez me hizo preguntarme si Palmer no pensaba que nosotras también éramos sospechosas de alguna manera.

Es bueno que Thea, Delia y yo pasáramos una hora después de despertar repasando nuestras historias y asegurándonos de que fueran iguales, pero lo suficientemente diferentes para que Palmer no pensara que las habíamos ensayado.

La señora Thompson aún estaba en observación, y Palmer no había podido interrogarla todavía. Thea, que fue la primera de nosotras en ser interrogada, fue directamente a hablar con la señora Thompson una vez que terminó su entrevista.

Durante mi entrevista, se me escapó que Frank se había pasado para mencionar que iba a empezar de nuevo pagando a su corredor de apuestas y mudándose lejos. No quería contarle todo lo que sabía; podía trabajar para obtener los detalles. A cambio, me dijo que James y Mick, el camarero sórdido, habían sido detenidos en Boston. Mick había sido acusado de posesión de Rohypnol, y ya había implicado a James. Ambos se enfrentaban a cargos de agresión con agravantes y pasarían algún tiempo en la cárcel. Cuando terminé con mi entrevista, fui a la

botica, con horas de retraso, pero al menos no era un día completo perdido.

Abrí la puerta y respiré los aromas de lavanda y lila que impregnaban el aire. Me sentí más en paz ahora, sabiendo que Chuck había sido arrestado y que el espíritu de Trina podría descansar tranquilo.

Antes de dejar entrar a los clientes, fui al invernadero y cerré los ojos, pensando en Abby y la poción que Chuck le había hecho. Inmediatamente vino a mi mente el antídoto. Col de mofeta y milenrama, con menta y miel para ayudar a que supiera un poco menos repulsivo.

Corté algunas hojas de cada una y las preparé en la pequeña placa calefactora del invernadero. No quería de ninguna manera que la tienda oliera a col de mofeta.

Una vez que el agua llegó a ebullición, vertí el té en un termo de viaje y rápidamente le puse la tapa. Sabía que mi poción eliminaría cualquier efecto de la poción de amor que Chuck le dio a Abby ayer, porque todo lo que él podía hacer era juntar ingredientes. La intención que agregué después de terminar mi hechizo anti-amor aseguraría que ella volviera a sus sentimientos normales hacia él.

Abby tenía el día libre, y le había pedido que se reuniera conmigo cuando terminara con Palmer. Entró y levantó una bolsa de papel de The Fancy Tart.

—¿Adivina qué tengo? —dijo.

Me llevé la mano a la cabeza como si pudiera ver a través de la bolsa.

—Dos éclairs. La verdadera pregunta, sin embargo, es ¿voy a tener que compartirlos?

Ella se rio.

—Por supuesto que sí —Se frotó las sienes—. Maldición. Lo que sea que Chuck me dio tiene una resaca seria.

La miré, tratando de ver si alguno de los efectos de la poción de amor estaba regresando. No tenía un halo de magia a su alrededor, así que parecía que la poción se había disipado rápidamente. Le entregué la taza de té.

—Tengo justo lo que necesitas. Tienes que bebértelo todo, así que es mejor que lo hagas rápido. Ven a la oficina y siéntate.

Abby arrugó la nariz.

—Esto es una de esas cosas medicinales, ¿verdad?

Sonreí.

—Bébelo, luego podrás comerte el éclair, y te quitarás el sabor de la boca.

Frunció el ceño e hizo lo que le pedí.

—¡Oh! —dijo mientras se atragantaba—. Esto es horrible.

—Éclair —dijo, entregándoselo.

Ella le dio un gran mordisco al suyo y tragó.

—Si no te conociera mejor, pensaría que estás tratando de envenenarme. ¿Eso era... mofeta?

Sonreí.

—Es solo col de mofeta. ¿Cómo te sientes ahora?

Ella dio otro mordisco.

—El dolor de cabeza se ha ido.

—¿Y cómo te sientes respecto a Chuck?

Se enderezó y le dio un mordisco mucho más pequeño a su pastel.

—Había planeado visitarlo, ahora no quiero. Mis padres querían que estuviera furiosa con él. Anoche me negué. Hoy, sin embargo, estoy lista para presentar todos los cargos posibles y algunos más.

—Esa es mi chica. Ve a casa, llama a Palmer y luego díselo a tus padres. Se alegrarán de que estés haciendo lo correcto.

La acompañé fuera de la tienda y colgué el cartel de abierto. Chasquéé los dedos para encender la vela conmemorativa de Trina.

—Lo conseguí, Trina, y todo va a estar bien.

Nunca he sido una persona con sensibilidad para los fantasmas, pero no podía haber otra explicación para el parpadeo de la llama de la vela, o el humo en forma de corazón que se formó sobre su foto.

¿Es este el final de la historia de Isabella y Palmer? ¡De ninguna manera!

para obtener tu copia de What in Carnation para que puedas seguir leyendo esta serie hoy mismo.

¿QUÉ SIGUE?

**Isabella Proctor tiene un nuevo superpoder...
...encontrar cadáveres.**

¿Qué hizo ella para merecer esto?

Le gustaría cambiar este poder por cualquier otra cosa: hablar con las hormigas, preparar el mojito perfecto, cualquier cosa menos encontrar a sus amigos muertos.

Después de que asesinan a su vecina, su vida no tan ordinaria da un giro brusco hacia lo extraño: amuletos mágicos, sociedades secretas, rivalidades mortales y gatos parlantes.

Las cosas van de mal en peor cuando asesinan a otra amiga y no puede acudir al detective Palmer en busca de ayuda.

¿Podrá capturar a una bruja mucho mayor y más fuerte que ella o se convertirá en la próxima víctima?

QUÉ EN CLAVELE ya está disponible.

ADELANTO

QUÉ EN CLAVEL

Habían pasado tres meses desde que heredé el negocio de mi mentora y amiga, Trina Bassett, después de su asesinato a manos de un hombre obsesionado que había secuestrado a mi mejor amiga, Abby.

Había estado trabajando duro toda la mañana y necesitaba un descanso. Agarré mi taza y salí a la zona de ventas, dirigiéndome a la estación de té de cortesía para obtener más cafeína.

El té del día era matcha de mango, y había establecido tener una tetera con cafeína y otra descafeinada disponibles para los clientes. Me serví más del cafeinado en mi taza y le añadí una cucharada de miel. Que la Diosa me diera fuerzas para lidiar con todo esto. Le pedí a John que eligiera nuevos proveedores para mí, pero se rio. No había forma de que él pudiera elegir calidad; solo podía elegir lo más barato. Acordamos que no necesariamente queríamos eso. Mis clientes merecían algo mejor.

Adoraba a mis clientes y ellos hacían que todo este trabajo valiera la pena. La tos ronca de la Sra. Newcomb parecía estar mejorando con su nueva poción y últimamente había notado un aumento en los clientes primerizos. Con suerte, en una o dos semanas, muchos de ellos volverían para ser clientes por segunda vez y luego a largo plazo.

Sonaron las campanillas de la puerta y entró Agatha. Agatha era la única clienta con la que sentía que había fallado. Su cabello castaño estaba enmarañado y llevaba zapatos que no hacían juego. Su blusa estaba medio metida en unos vaqueros sueltos que colgaban bajos en sus caderas, lo que me indicaba que no había estado comiendo lo suficiente. La voz en su cabeza, Alice, debía de estar fuerte.

—Buenas tardes, Agatha. ¿Cómo estás? —dije.

Caminó directamente a la estación de té y se sirvió una taza de descafeinado.

—Horrible.

No dije nada porque sabía que continuaría mientras no la interrumpiera.

—Alice está enojada porque sigo intentando callarla y a veces no me deja tomar mi medicina. Me hace tirarla. —Miró de su taza hacia mí, con lágrimas asomándose en sus ojos—. Intento no hacerlo, pero ella es más fuerte que yo y cuando no me deja dormir, no tengo la fuerza para detenerla.

Puse mi mano en su hombro.

—Oh, Agatha, eso es terrible.

Dio un sorbo a su té.

—No sé qué hacer y siento ganas de rendirme. Simplemente dejar que ella tenga el cuerpo para que yo pueda dormir y no luchar por cada cosa.

Se me partió el corazón por ella. No había podido encontrar una poción que hiciera más que mantener algunos de sus síntomas a raya. Honestamente, tratar enfermedades mentales estaba muy fuera de mis capacidades, pero ella se negaba a buscar ayuda en otro lugar.

—Tal vez sea hora de ir a ver a mi amiga, la Dra. Rebecca. —Levanté las manos para evitar sus objeciones—. Sé que no quieres, pero no hay nada más que pueda hacer por ti.

Rebecca Cleary era una psiquiatra local a la que había llamado cuando me di cuenta de que mis pociones no podían curar a Agatha. No estaba contenta con que Agatha dependiera de pociones y quería que la llevara a una consulta. No quería presionar a Agatha, porque hasta

donde yo sabía, era la única persona pendiente de su salud mental. Si dejaba de venir a verme, no estaba segura de que tuviera a alguien en su vida que se preocupara por ella.

—Sabes que Alice no me dejará.

—Por favor. Iré contigo y me aseguraré de que no pase nada malo. Todo lo que tenemos que hacer es hablar con la doctora un poco. No tienes que tomar ningún otro medicamento, solo hablar.

Agatha negó con la cabeza y golpeó su taza sobre la mesa de té.

—Necesito mis medicamentos, luego tengo que irme.

Suspiré.

—De acuerdo. Pero toma la primera dosis aquí, donde pueda verte. —Había establecido esta regla con ella meses atrás, esperando que la pusiera de vuelta en el camino de las dosis regulares. Dado su aspecto hoy, no parecía estar funcionando. Antes de darle la botella, cerré los ojos y usé mi intuición para asegurarme de que la poción que había preparado para ella seguía siendo la correcta. Todo lo que vi fue ashwagandha, que era lo que la esperaba detrás del mostrador.

Mi intuición me guiaba para hacer las pociones apropiadas para la gente. Cerraba los ojos, pensaba en la persona y luego veía lo que necesitaban. Una vez hice una poción para mi abuela sin tenerla conmigo y la hizo alucinar. Ahora siempre me aseguro de verificar mi trabajo con la persona en la habitación.

Se frotó las manos en los pantalones.

—Bien. Lo que sea.

—Genial. Te espera en la caja registradora.

Caminamos hacia la parte trasera de la tienda y saqué su botella de debajo del mostrador. La abrí y se la ofrecí junto con una cuchara de plástico.

—Dos cucharadas.

Frunció el ceño pero tomó la cuchara y la botella. Vertió una cucharada y la tomó, luego la segunda.

—Ahí tienes. ¿Estás feliz ahora?

—Lo estoy. Me preocupo por ti. Temo que algún día Alice te haga daño.

Tomó la tapa de mi mano y la enroscó en su botella.

—Yo también —susurró antes de huir del edificio.

Apoyé la cabeza en mis manos, deseando que hubiera algo más que pudiera hacer. Ya había hablado con la abuela y las tías, pero aunque eran brujas más experimentadas que yo, no tenían ni de cerca tanto conocimiento sobre pociones y no tenían otras sugerencias.

La bruja de pociones más cercana que conocía estaba en Sewell, pero aún no había tenido tiempo de visitarla. Iba a tener que hacer de eso una prioridad. Tal vez podría convencer a Agatha de que viniera conmigo para una consulta.

Miré por el ventanal, observando a la gente pasar, y me sorprendió ver a Caroline Arneson mirándome fijamente a través de la ventana. Había estado parada afuera de la botica de manera intermitente durante el último mes más o menos. No sabía por qué, ¿tal vez estaba tratando de intimidarme?

Agatha no me había pagado. De hecho, no me había pagado durante semanas. Saqué diez dólares de mi bolsillo y registré la transacción. Mi contador tendría un ataque si supiera que estaba haciendo esto, pero mantendremos esto en secreto.

Estaba a punto de volver a mi computadora y sus cientos de pestañas abiertas cuando mi vecina, la señora Thompson, entró en la tienda. Sin ella, quizás nunca hubiéramos atrapado al

hombre que mató a Trina y secuestró a Abby, mi mejor amiga. Desde aquella horrible semana del pasado marzo, la señora Thompson y yo tomábamos el té juntas un par de veces a la semana. Me invitaba a su casa en momentos que parecían totalmente aleatorios para charlar. Ella también era una bruja, aunque nunca me contaba mucho sobre sí misma. Todo lo que sabía era que podía rastrear y encontrar personas con su magia. Quería saber de mí, mis planes y cómo me veía en el futuro. Algunos días sentía como si estuviera en una entrevista de un mes para un trabajo sin nombre.

Mi futuro me parecía bastante definido: dirigir la botica, aprender todo lo posible sobre la elaboración de pociones y ayudar a la gente siempre que pudiera.

Ella nunca parecía satisfecha con esa respuesta, pero no insinuaba qué más quería escuchar. También jugaba una partida formidable de cribbage y más de una vez me pregunté si sus cartas estaban marcadas o si usaba magia para ganar. La cantidad de manos de veinticuatro puntos que conseguía era ridícula.

Hoy vestía pantalones capri de seersucker, zapatos náuticos y un polo azul. Parecía cualquier otra abuela de pelo gris de compras, pero yo sabía que no era así. Tenía una mente aguda y un sentido del humor seco.

—Hola, señora T., ¿cómo está? —pregunté mientras se acercaba al mostrador donde yo estaba.

—Muy bien, señorita P.

Me había pedido que la llamara Mary, pero no me sentía cómoda haciéndolo. Era mi mayor, y la abuela se había asegurado de que todos respetáramos a nuestros mayores, especialmente a los que eran brujas. En represalia, ella me llamaba señorita P. en lugar de Isabella. Podía vivir con eso.

Miré en mi estante de pociones preparadas bajo el mostrador, pero no había ninguna con su nombre. —¿Viene a recoger algo? —pregunté.

—Oh, no, querida. Jameson está bien. Lo que sea que hayas hecho para cambiar su tónico ha funcionado de maravilla.

Jameson era su gato negro. Ya sé, ya sé, qué estereotipo. Aunque, por otro lado, los gatos negros también necesitan buenos hogares. Jameson tenía problemas renales, y la botica le había estado dando una poción semanal. Yo le preparaba la misma poción que Trina, pero la mía le funcionaba mejor.

—¿En qué puedo ayudarla? —pregunté.

Una expresión de tristeza cruzó su rostro por un momento, pero desapareció. —Tengo que hacer un viaje pronto y quería pedirte que cuides de Jameson.

—Por supuesto —dije. Él y yo nos llevábamos bien y ni siquiera le importaba mudarse a mi apartamento las otras veces que lo había cuidado—. ¿Va a algún lugar divertido?

—Me temo que esta vez no. Tengo asuntos familiares que atender y no se pueden resolver por teléfono.

—No hay problema. Solo dígame cuándo y estaré allí. ¿Cuánto tiempo cree que estará fuera?

Suspiró. —Varios días, así que asegúrate de llevarte la comida y la arena para gatos.

Me agarró la mano y la apretó. —Sabes que no hay nadie en quien confíe más que en ti para cuidar a Jameson, ¿verdad?

Sonreí. —Es muy amable de su parte decir eso. Creo que a él también le caigo bien.

Soltó mi mano y forzó una débil sonrisa en su rostro. —Bien. Me alegro de que ustedes dos se lleven tan bien.

Quería saber por qué parecía triste. —Quédese a tomar un té. Tengo oolong de granada, pero puedo preparar cualquier otra cosa que quiera.

—No, gracias querida. Tengo otros recados que hacer antes de irme de la ciudad. Y cuando regrese, tú y yo necesitamos tener una larga conversación.

No tenía idea de lo que estaba hablando. —Claro. ¿Sobre qué?

Frunció el ceño. —Tu futuro.

Nunca es bueno si alguien frunce el ceño cuando menciona tu futuro. Salió a la luz del sol y una sensación de temor me invadió. Este viaje no sería bueno para ella.

Apenas se había cerrado la puerta cuando Caroline Arneson entró decidida.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla hoy? —pregunté. No tenía sentido asumir que estaba aquí para presionarme a dejar mi contrato de arrendamiento.

Bajó sus gafas de sol para revelar un ojo morado. Bueno, digo morado, pero era más bien amarillo-verdoso, lo que significa que tenía unos días y estaba sanando. Cuando pensé que ella había matado a mi mentora, Trina, Caroline me confió que sabía cómo manejar la ira de su marido. No parecía que lo hubiera logrado hace un par de días.

—¿Está bien? —pregunté.

—Por supuesto que sí. Solo necesito algo para acelerar la curación.

Me mordí el labio. Había estado reuniendo recursos para mujeres maltratadas durante meses, con la esperanza de tener la oportunidad de dárselos. —Puedo ayudarla con eso. Pero, ¿podemos hablar en mi oficina primero?

Sonrió. —¿Estás lista para mudar este negocio que está fracasando para que pueda hacerme cargo de tu contrato de arrendamiento?

—No. Solo tengo algo para usted.

Me siguió a mi oficina y se sentó. Abrí uno de los cajones de mi escritorio y saqué una carpeta. —Me preocupo por usted, desde que me contó sobre su marido. —Le entregué la carpeta.

La abrió y se burló. —Esto no es para mí. Puedo manejarlo.

Arrojó la carpeta sobre mi escritorio.

—¿Está segura de eso? Su ojo parece contar una historia diferente.

Se puso de pie. —Eres solo una niña, ¿qué sabes tú? Ahora, ¿tienes algo para mí o no?

—Sí. Tengo una buena mezcla de áloe, árnica y bromelina que debería funcionar. Está en la tienda.

La seguí fuera de la oficina.

—Parece que te has recuperado del robo. Se ve bien aquí —dijo.

Le entregué un pequeño frasco de una tintura para desvanecer moretones. —Gracias. Ha sido mucho trabajo, pero creo que me va bien.

—¿Cuánto te debo?

Solté un suspiro. —Nada, si dejas de pedirme que abandone el edificio.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa. —Supongo que será mejor que te pague, entonces.

—Once dólares —dije.

Mientras rebuscaba en su bolso el dinero, la miré fijamente, dejando que mi intuición detectara si necesitaba algo más. ¡Por supuesto! Los ingredientes para el Baño de Armonía llenaron mi visión: pétalos de rosa roja, violetas africanas, trébol, azafrán, helenio, cedrón y canela. —Tengo una cosa más para ti.

—¿Para el moretón?

—No. Es solo para... relajarte. Es un baño de burbujas floral. Parece que lo necesitas. —
En realidad no le estaba mintiendo. Era un baño de burbujas floral, pero si le decía que traería
armonía a su hogar, se reiría de mí y no lo usaría—. Está justo aquí.

Agarré el desvanecedor de moretones y la llevé a la exhibición de baños de burbujas que
había creado durante el último mes. —Es una nueva línea de productos que he desarrollado.

Le ofrecí un frasco. —Cortesía de la casa.

Me entregó once dólares y tomó ambos frascos de mis manos. —Gracias, chica.

¡QUÉ CLAVELES! ya está disponible.

Sobre la autora

Todo comenzó cuando aprendió a leer a los cinco años. Uno de sus primeros y más preciados recuerdos es el de palabras pegadas con cinta adhesiva a todos los objetos de la casa. Poco después, los libros se convirtieron en lo mejor del mundo y ya no hubo vuelta atrás.

Sufrió una crisis de confianza en el instituto y la universidad y decidió que escribir era demasiado difícil, así que se licenció en Química y más tarde se matriculó en un programa de doctorado en Física. Tres cambios de carrera y cuatro hijos después, ha vuelto a escribir y es mucho más feliz por ello.

Ahora trabaja desde su despacho en casa en New Hampshire, rodeada de libros, niños y mascotas ocasionales.

Conoce más sobre Lisa y sus libros, y asegúrate de suscribirte a su boletín en LisaBouchard.com

Al norte de los cuarenta

Rebecca Wright por fin ha tenido suficiente. Suficiente de su marido infiel, suficiente de moldearse a la imagen que él cree que debería presentar, y suficiente de su superficial vida en la ciudad. Cuando se vuelve telepática a mitad de su vida, sabe que todo tiene que cambiar. Síguela mientras regresa al pueblo que ama y reinicia su vida como investigadora privada. Los casos deberían ser fáciles de resolver con la telepatía, ¿verdad? No cuando la gente se miente a sí misma tanto como a los demás.

Misterios paranormales acogedores de Isabella Proctor

Sigue a Isabella, una joven y vivaz bruja, mientras florece en su poder y protege su pueblo. Junto al detective Palmer y su gato parlanchín y descarado, Jameson, descubre misterios y combate amenazas sobrenaturales. Una cautivadora mezcla de humor, corazón y fantasía teje aventuras mágicas que resuenan tanto con los fans de lo paranormal como con los de los misterios acogedores. Únete a Isabella mientras navega por amistades, familia, amor y el fascinante mundo de la magia.